

637

GIAYERO

TESTRO

2

PQ7297

.C5

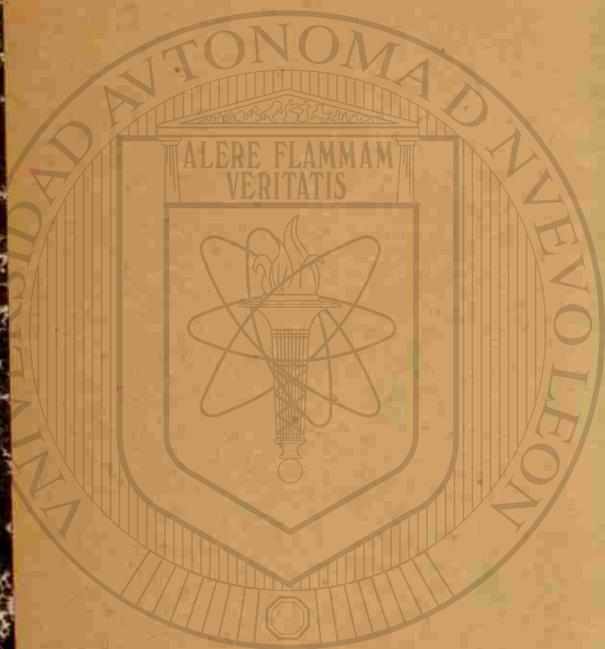
X6

1978

B. C.



1080013798

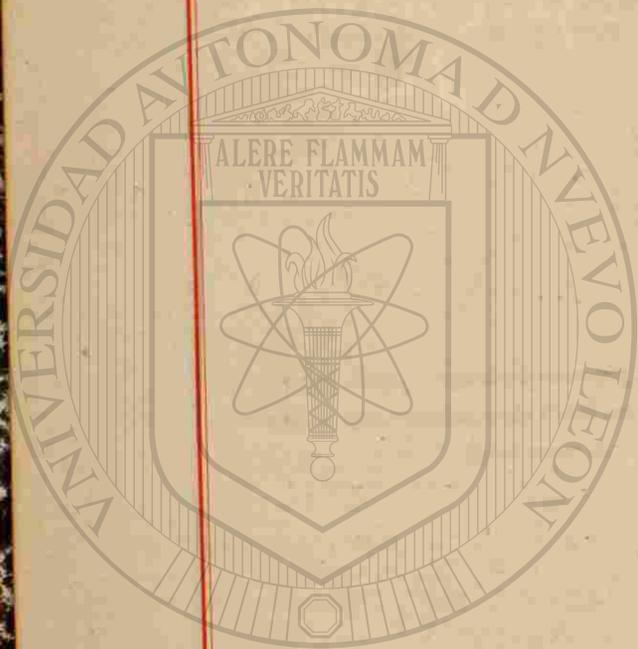


A mi buen amigo el Sr. D. José
Joachim García Garza
el autor.

XÓCHITL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

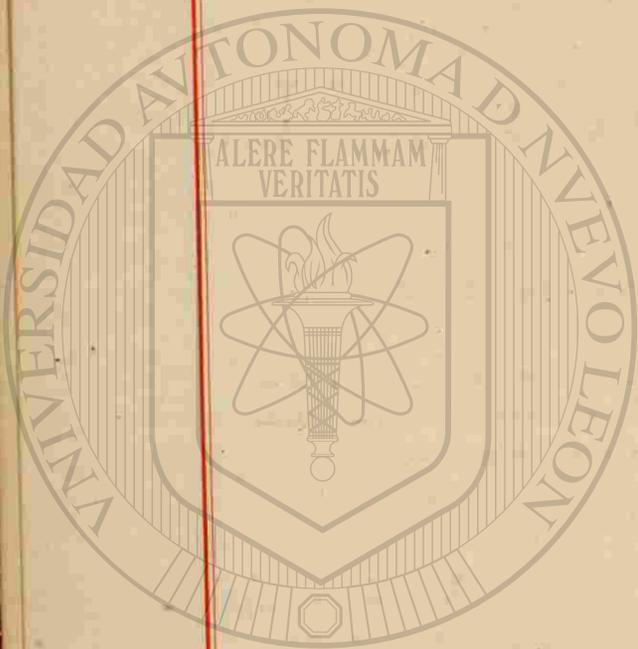
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá re-
presentarla ni reimprimirla sin su consentimiento.—Queda
hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALFREDO CHAVERO.

—S.M.—

XÓCHITL

DRAMA
EN
TRES ACTOS Y EN VERSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

Tipografía de Gonzalo A. Esteva.

Calle de Santa Isabel, número 2.

1878

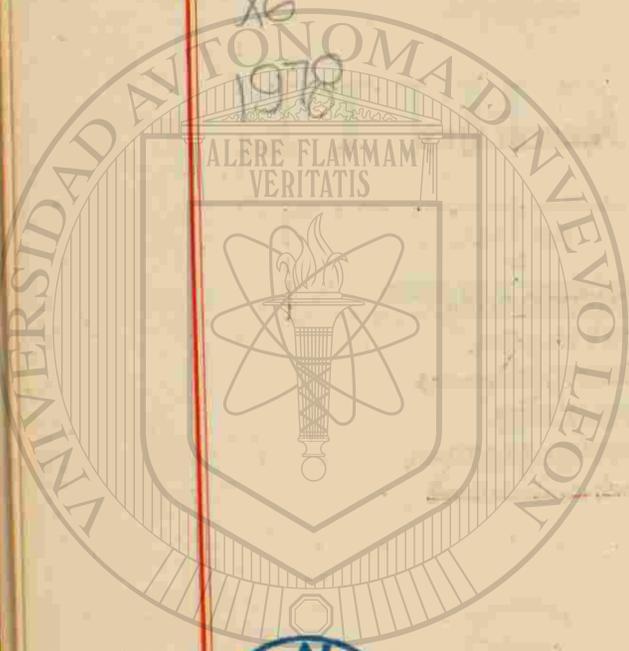


P07297

C5

X6

1978



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

155232

PERSONAJES.

3-2

HERNAN CORTÉS.

DOÑA MARINA.

XÓCHITL (Concepcion).

BERNAL DÍAZ.

GONZALO ALAMINOS,

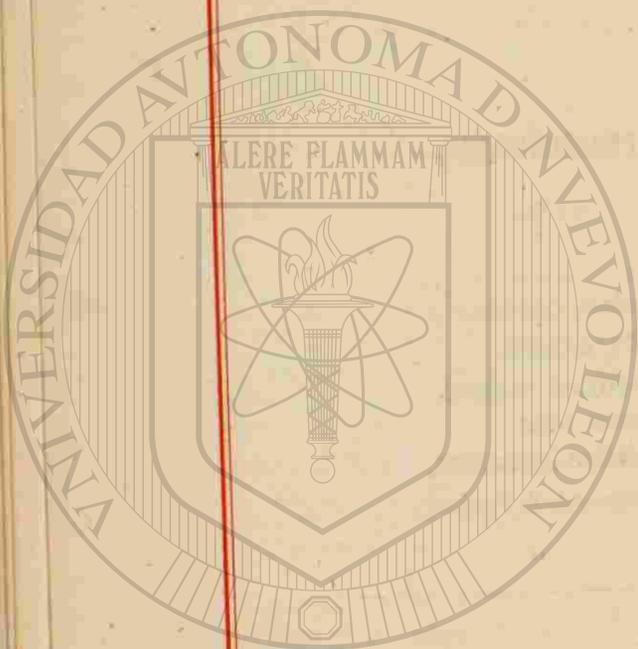
antiguo paje de Cortés.

*La escena pasa en las casas de Cortés, en la calle que hoy se
llama del Empedradillo, al principio del año de 1528.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ACTO PRIMERO

SALONES

Sala en casa de Cortés. Galería de salida en el fondo. Dos puertas á la izquierda: la primera, de la habitación de Marina; la segunda, de la de Xóchitl. Balcon á la derecha: cerca de él una mesa con recado de escribir. Sillones, estilo renacimiento. Son las cinco de la tarde.

ESCENA I

BERNAL DÍAZ.—GONZALO (entrando).

GONZALO. ¡Bernal Díaz, en mis brazos!

BERNAL. ¡Gonzalo, ven á los míos!

¿Llegas ahora? ¿De dónde?

Cuéntame cómo te ha ido

En la campaña. Don Nuño

De Guzman, con grande tino,

Ha dirigido la guerra,

Que es valiente y atrevido.

Sabemos que victorioso

Llevó sus huestes, bravísimo
 Como siempre, y buen cristiano,
 Qué eso, Gonzalo, lo ha sido.

GONZALO. Si talar campos y pueblos,
 Si ser del preso asesino,
 Si violar la fe jurada,
 Es ser cristiano, concibo
 Que Don Nuño de Guzman
 Es de cristianos el tipo.
 Quéjense los tlaxcaltecas,
 Que aliados buenos han sido,
 De que, cual bestias de carga,
 Los lleva por los caminos
 Ásperos, no peleando,
 Como les fuera ofrecido,
 Mas conduciendo á la espalda
 Grandes fardos pesadísimos;
 Y que los que de fatíga,
 Bernal, no pueden seguirlo,
 Son al punto aperreados,
 Ó dejados sin auxilio
 En las selvas. Sus espaldas
 Llenas de llagas he visto;
 Sobre horribles mataduras,

Que al recordarlas me aflijo,
 Cargan nuestras provisiones;
 Miéntras Don Nuño tranquilo,
 Ó busca gloria en la guerra,
 Ó procura hacerse rico
 Robando indefensos pueblos.
 Calcula, Bernal amigo,
 Si á sus aliados maltrata,
 Qué hará con los enemigos.

BERNAL. Villano es quien así olvida
 Sus deberes. Y de fijo,
 Si Don Hernando lo sabe,
 Y luégo habré de decírselo,
 Pondrá coto á tanta infamia,
 Que es hidalgo y bien nacido.
 Verdad que lo mismo hacen
 Con nuestras tropas los indios.
 Recuerda la *Noche Triste*,
 En que el celestial auxilio
 Tan sólo pudo salvarte,
 Cuando enfrente de su ídolo
Huichilobos, á los presos,
 En el combate prendidos,
 De los pechos arrancaron

Los corazones aún vivos.

GONZALO. Celestial auxilio entónces,
Dices bien, Bernal amigo,
Fué el que salvó mi existencia;
Que sólo el cielo divino
Pudo crear á mi Xóchitl,
Por quien sin vida suspiro.

BERNAL. Jamas me hablaste del lance.

GONZALO. Fué lance comprometido.

BERNAL. Cuéntalo, tiempo tenemos:
Don Hernando está en Cabildo,
Y hasta que puedas hablarle,
Aquí estaremos tranquilos.

GONZALO. Recuerdas que todo estaba
Para la salida listo:
Del cuartel el ancho patio
Era inmenso laberinto
De valientes españoles

Y de tlaxcaltecas indios.
Exhortaba el padre Díaz,
Con discursos muy prolijos,
Y con palabras de miedo,
El valor no desmentido
Dé las huestes que guíaba

La enseña de Carlos Quinto.
Poco á poco, y en silencio,
Sin que se escuchara ruido
Alguno, veinte ginetes
Salieron; luégo los indios;
Despues los arcabuceros
Y las gentes de servicio.
Quedamos en la reserva;
Luégo escuchamos gemidos.
¿Recuerdas? fueron tres ayes.

BERNAL. Fueron tres ayes trístisimos.

GONZALO. Sobre la tortuga horrible
De la puerta, cayó herido
De muerte el rey Moteczuma.

BERNAL. En la puerta del rastrillo. . . .

GONZALO. Sí, tres metidas de estoque. . . .

BERNAL. Sigue, Gonzalo.

GONZALO. Vacilo.

Fué un estoque castellano.

(Pausa).

Despues del grupo escogido
Que formó la retaguardia,
Salió Don Hernando, altivo,
Caballero sobre el bayo,

Tan famoso por su brío
 Y su nombre "el Molinero;"
 Y con él ambos partimos.
 Pasamos la cortadura
 Sin que fuésemos sentidos.
 Negra la noche y lluviosa,
 Parecía en nuestro auxilio
 Tender su manto de sombras.
 De los cañones el ruido
 En el lodo se apagaba;
 De los arneses el brillo
 La oscuridad escondía;
 Y del acero el chasquido
 Con el viento confundíase.
 Alzar el puente quisimos:
 El puente estaba atascado.
 Con ánimo decidido
 Hacia la otra cortadura
 Caminamos. De improviso,
 Granizada de saetas
 Y tormenta de rugidos
 Cayó sobre nuestras huestes:
 A ambos lados del camino,
 Nos batían en canoas,

Con furia tenaz los indios.
 Como la sierpe extendida,
 Al contemplar el peligro,
 Se repliega y culebrea
 En desconcertado giro,
 Se confundieron las tropas,
 Y el aliento contenido,
 Por un momento temblamos. . . .
 Mas despues. . . cobramos bríos.
 Avanzábamos muriendo. . .
 Y matando. . . Al fin pudimos
 La segunda cortadura
 Salvar compactos y unidos.
 Llegamos á la tercera,
 Petlacalco. . . . un son fatídico
 De terribles teponaxtlis,
 Del viento sobre el gemido,
 Nos llegaba del teocalli;
 Y algazara de alaridos
 Por todas partes se oía,
 Destrozándonos los indios.
 GONZALO. ¿Entonces saltó Alvarado?
 BERNAL. No es verdad; que combatimos
 Juntos, y la cortadura

Parecía un amasijo
 De cadáveres: soldados
 Y caballos confundidos.
 En lo duro del combate
 Perdió su árabe rosillo
 Alvarado: ya sin casco,
 Y con la espada sin filo,
 Viendo á su lado á Gamboa,
 De Cortés caballero,
 Á la grupa de su overo,
 Huyó cobarde el peligro.
 Ya Don Hernando en Popotla
 Se hallaba, cuando, sin tino,
 Alvarado y el Gamboa
 Llegaron. Cómo perdido
 Dijeran que estaba todo,
 Volvió riendas al camino
 Á todo escape, y luchando
 Entre nosotros le vimos.
 Lanzando llamas los ojos,
 Alzaba la frente altivo;
 Si sus miradas relámpagos,
 Rayo era su brazo invicto.
 Como arroyo desbordado,

Que en torrente convertido,
 Á su paso despedaza
 Campos cubiertos de trigo,
 Destrozaba á los aztecas;
 Y á su vista nos sentimos
 Fuertes otra vez, Gonzalo,
 Y de ¡cierra España! al grito,
 Con empuje de gigantes
 De la calzada salimos.
 Rotos y llenos de pena,
 Despues tomamos respiro,
 Desde Popotla á Tlacópan
 En varios grupos tendidos.
 En el cielo negras nubes,
 Empujadas por un frío
 Y desagradable viento,
 Relámpagos fugitivos
 De su seno despedían;
 Y á trechos, con sordo ruido,
 Cóncavo trueno rodaba
 Sobre los montes. Al brillo
 De un relámpago, vi el templo
 De Tlacópan, escondido
 Coloso en las negras sombras:

Sobre sus gradas, tranquilo,
Sin el casco en la cabeza
Y sin la espada en el cinto,
Lloraba un hombre en silencio.

GONZALO. ¿Era Hernan Cortés?

BERNAL. El mismo.

*(Pausa. Bernal observa hacia la galería,
por donde atraviesan los regidores).*

Puedes ver á Don Hernando,
Porque salen de Cabildo.

GONZALO. Voy, y despues seguiremos
El relato interrumpido. *(Vase).*

ESCENA II

BERNAL.—XÓCHITL, (entrando).

XÓCHITL. Bernal Díaz, tu amparo necesito.

BERNAL. Siempre tu amigo fui.

XÓCHITL. ¡Eres tan bueno!

BERNAL. Díme qué pena causa tus dolores.

XÓCHITL. Oye una historia que parece sueño.
Era yo niña. . . . mis ancianos padres
Me dedicaron en su amor al templo,

Y al pié de los altares de mis dioses
Crecí como la rosa de los huertos.
Yo era feliz. . . . Mas una vez, ansiosa
Escuché que llamaban á mi seno.
Era mi corazon que despertaba,
Y tocaba en las puertas del deseo
Con pulsaciones fuertes y violentas,
Pretendiendo saltarse de mi pecho.
Era la noche, y parecióme día;
Más estrellas miré en el firmamento;
Y al despuntar la aurora en el oriente,
Turquesa inmensa figuréme el cielo.

BERNAL. Era la juventud con sus quimeras.

XÓCHITL. Era un volcan que vomitaba fuego.

En la fuente miré mis negros ojos,
Y lánguidos miré mis ojos negros.

Mi talle, ántes erguido, se inclinaba,
Como á compas, en dulce movimiento.

BERNAL. Así las palmas, al caer la tarde,
Airosas se columpian en silencio.

XÓCHITL. Sin saberlo, mis labios entonaban
No sé que canto de delicias lleno;
Y mis manos buscaban, sin sentirlo,
Los yoloxóchitl del callado huerto.

Mi frente, antes brillante, se anublaba
Con dulcísimas sombras de misterio....

BERNAL. Cual esconde su faz plácida luna
Tras blanca nube que arrebató el viento.

XÓCHITL. Junto al arroyo á veces reclinada,
Lloraba sin pesar y sin tormento,
Y si á veces mis lágrimas caían
Del arroyo en las aguas, y su espejo
Un momento empañaban, al instante
Retrataban más limpio el claro cielo.

"¿Adónde va el arroyo?" me decía;
"¿Adónde va fugaz mi pensamiento?"
Á perderse en regiones ignoradas
El pensamiento y el arroyo fueron.

BERNAL. Era el amor naciente.

XÓCHITL. No sabía

Lo que era amor. Encantos y misterios,
Si era amor, murmuraban á mi oído
Mil notas de dulcísimos conciertos.

(Pausa).

Una noche, el sonoro teponaxtli
Con furia retumbaba sobre el templo.
Me levanté asustada; salí al patio:
Clamor horrible se escuchaba lejos.

Después soldados de feroz mirada
Del teponaxtli al son allí acudieron;
Y después un gran grupo de españoles
Sin casco y sin espada: estaban presos.
Entre ellos llegó un joven sostenido
Por dos soldados; de su blanco pecho
Brotaba sangre... desmayóse al punto:
"Y cuidale," apiadados me dijeron.
De Quetzalcoatl, el de las ricas plumas,
Marché á ocultarle en el redondo templo.
No sé si le olvidaron. En la noche
Yo iba oculta á curarle; y en mi pecho
Sentí por fin brotar amor gigante,
Como en el Oceano turbulento
Brotó, saliendo de las negras aguas,
El sol de luces y de llamas lleno.

BERNAL. ¿Y él te amó?

XÓCHITL. Con pasión embriagadora.

Cual se confunden el azul del cielo
Y el azul de los mares, nuestras almas
En un sublime amor se confundieron.
Pasaron, ocultando nuestra dicha,
Diez meses. Una noche trajo el viento
Un ruido atronador de artillería.....

Eran los españoles..... De mi pecho
Saltarse quiso el corazon..... Gonzalo
Tomó en sus manos su amellado acero;
"Voy á morir, me dijo, por mis reyes:"

Y desmayada me dejó en el templo.

(Pausa).

Despues en la ciudad, al conquistarla,
Presa las tropas de Cortés me hicieron;
Y de la favorita á los parientes,
Sin escuchar mis quejas ni mis ruegos,
Como rico presente, me mandaron
Á Tabasco cautiva.... Pasó el tiempo;
Y de la hermana de Marina un día
El lugar usurpando, con anhelo
En pos de mi Gonzalo vine amante;
Y ¡áun ver no pude á mi adorado dueño!
Ésta á su hermana, en Xáltipan, pequeña
Dejó, sin conservar de ella recuerdo;
Y al besar á su hermana, no comprende
Que en mis labios apura su veneno.
No lo dice Cortés..... pero me ama.
No lo sabe Marina..... y tiene celos.

BERNAL. ¡Cuánta desdicha miro en lontananza!

XÓCHITL. Y yo miro, Bernal, tranquilo puerto.

BERNAL. ¡ Del naufragio, infeliz, Dios te liberte!
XÓCHITL. Bernal, la vida es débil barquichuelo,
Siempre azotado por rugientes olas,
Siempre impelido por contrarios vientos.
Sólo un puerto en la vida se ha encontrado,
Y es la tumba... ¡Ya ves si miro el puerto!

BERNAL. Allí viene Cortés.

XÓCHITL. Deja que parta. (Se va.)

BERNAL. Del buitre la paloma tiene miedo.

ESCENA III

BERNAL.—CORTÉS (que deja un pliego sobre la mesa).

BERNAL. Los franciscanos, señor,
En el Cabildo estuvieron.....

CORTÉS. Sí, Bernal Díaz; vinieron
Á exagerar el dolor
Que causa en ellos la pena
De los indios. Mas si están
Vencidos, ¿por qué no van
Tranquilos con su cadena?

BERNAL. Piadosos los padres son,
Y amparan al desvalido.

CORTÉS. Tan sólo es grande el caído,
Si es grande su corazón.

BERNAL. Á esos frailes mucho aman
Los indios.

CORTÉS. Mucho los quieren.
Sobre todos los prefieren,
Bernal, y padres los llaman.
Desde que han llegado aquí,
Todo es gozo y alegría:
¡Y sólo melancolía
Miro al rededor de mí!
Yo soy el conquistador,
¡Y ellos son frailes mendigos!
¡Y á ellos los ven como amigos!
¡Y á mí me ven con horror!
Los quieren con tierno afán,
Y es justo; pues si en la guerra
Quité á los indios la tierra,
Ellos el cielo les dan.

BERNAL. Os miro triste.....

CORTÉS. Me siento
Inquieto, intranquilo, mal.
Déjame solo, Bernal.

BERNAL. Llamad, y vendré al momento. (*Vase*).

ESCENA IV

CORTÉS solo.

CORTÉS. Luchar desde que nací,
Y luchar eternos días;
Ambicionar alegrías;
Fama ansiar con frenesí;
Sentir al fin junto á mí
Los encantos de la gloria;
Robar su pluma á la historia,
Para que el mundo se asombre;
En ella esculpir mi nombre.....
Y eternizar mi memoria.
Lanzarme fiero, iracundo,
Á decidir la batalla,
Y al tronar de la metralla
Conquistar audaz un mundo;
Alzarme de lo profundo
De mi humildad, soberano;
Sentir que toca mi mano
El cielo..... ¡y loco gemir!
¡Que siempre habrá de vivir
Dentro del hombre el gusano!

Hoy sufre crudos rigores
 Quien es señor de esta tierra,
 Y en su corazón encierra
 Historia triste de amores.
 En páginas de dolores
 Está grabada mi pena,
 Y gozo con mi cadena,
 Porque mi alma adolorida,
 Cuando me siento sin vida,
 De alas de ángel está llena.
 Nacer para la victoria,
 Y como el águila altiva
 Contemplar la lumbre viva
 Del sol; alcanzar la gloria;
 Ver el mundo como escoria
 Pensar, querer, y poder
 En mi senda, por do quier
 Cuanto encuentro avasallar;
 Y no poder conquistar
 El amor de una mujer.
 ¡Y proclaman mis hazañas!
 ¡Envidian todos mi suerte!
 ¡Y el grande, el altivo, el fuerte,
 Me dicen ambas Españas!

Mas como débiles cañas
 Que destroza el viento airado,
 Siento inclinarse humillado
 Mi corazón al amor.
 Me llaman conquistador
 Y yo soy el conquistado.

ESCENA V

DICHO.—XÓCHITL (entrando).

CORTÉS. ¡Ella!
 XÓCHITL. Señor, os buscaba.
 CORTÉS. ¿Qué quieres?
 XÓCHITL. En su delirio
 Doña Marina
 CORTÉS. ¡Oh martirio!
 XÓCHITL. Con ansiedad os llamaba.
 CORTÉS. Esa mujer ¿qué procura?
 XÓCHITL. Su exaltación es tan fuerte,
 Que yo temo que la muerte
 CORTÉS. Mal es ése que se cura.
 XÓCHITL. Ó que mata tiene celos

En su fiebre..... se enfurece
 Á ratos..... loca parece.....
 Pide favor á los cielos.....
 Se agita..... llora..... y se calla.....
 Y vuelve á hablar inconsciente.....
 É infeliz, constantemente
 Con su delirio batalla.

ESCENA VI

DICHOS.—MARINA (que entra violentamente).

(Durante esta escena, Cortés habla á Marina con despego).

MARINA. Te llamaba el ansia mía.....

¡Te llamaba en mi aflixion!

CORTÉS. Me contaba Concepcion

Lo que el médico decía.

MARINA. ¡Médicos! ¡cuando sin calma

Sufro en continuos desvelos!

¡Cuando me muero de celos,

Y estoy enferma del alma!

XÓCHITL. Celos.....

CORTÉS. Sin causa, Marina.....

MARINA. Hoy tranquila reposaba

Junto á mi hijo: soñaba

Con él. De pronto, neblina

Color de sangre empañó

La estrella de mi existencia.....

XÓCHITL. *(aparte).* ¡La niebla de la conciencia!

MARINA. Y los ámbitos llenó

Ronca voz aterradora,

Que de lo alto de los cielos,

Una vez gritaba: “¡celos!”

Y otra exclamaba: “¡traidora!”

Te buscaba, y no te hallé.....

Te llamaba, y no me oías.....

Y en terribles agonías

Con ese sueño luché.

CORTÉS. Calma tu cruel ansiedad:

Te hace daño la fatiga.

MARINA. Dí que se yerga á la espiga

Que tronchó la tempestad.

(Pausa).

Otra vez volví á dormir,

Y otra vez torné á soñar:

¡Cortés! te volví á llamar,

En su fiebre..... se enfurece
 Á ratos..... loca parece.....
 Pide favor á los cielos.....
 Se agita..... llora..... y se calla.....
 Y vuelve á hablar inconsciente.....
 É infeliz, constantemente
 Con su delirio batalla.

ESCENA VI

DICHOS.—MARINA (que entra violentamente).

(Durante esta escena, Cortés habla á Marina con despego).

MARINA. Te llamaba el ansia mía.....

¡Te llamaba en mi aflixion!

CORTÉS. Me contaba Concepcion

Lo que el médico decía.

MARINA. ¡Médicos! ¡cuando sin calma

Sufro en continuos desvelos!

¡Cuando me muero de celos,

Y estoy enferma del alma!

XÓCHITL. Celos.....

CORTÉS. Sin causa, Marina.....

MARINA. Hoy tranquila reposaba

Junto á mi hijo: soñaba

Con él. De pronto, neblina

Color de sangre empañó

La estrella de mi existencia.....

XÓCHITL. *(aparte).* ¡La niebla de la conciencia!

MARINA. Y los ámbitos llenó

Ronca voz aterradora,

Que de lo alto de los cielos,

Una vez gritaba: “¡celos!”

Y otra exclamaba: “¡traidora!”

Te buscaba, y no te hallé.....

Te llamaba, y no me oías.....

Y en terribles agonías

Con ese sueño luché.

CORTÉS. Calma tu cruel ansiedad:

Te hace daño la fatiga.

MARINA. Dí que se yerga á la espiga

Que tronchó la tempestad.

(Pausa).

Otra vez volví á dormir,

Y otra vez torné á soñar:

¡Cortés! te volví á llamar,

Pero no quisistes ir.
 "¡Celos!"..... "¡Traidora!"..... gritaba
 La voz con terrible empeño.....
 XÓCHTL. ¡Oh Dios, qué espantoso sueño!
 MARINA. Ese sueño me mataba!
 Despues en mi sueño vi,
 En la soledad desierta,
 Tendida á la patria y muerta:
 Y de pié, junto á ella, á tí.....
 Á tí..... te alzabas gigante
 Empuñando el fuerte acero,
 Con el semblante severo
 Y la mirada arrogante.
 Yo, á tu lado, contemplaba
 Tu altivez y tu grandeza.....
 Tú volvías la cabeza
 Cada vez que te miraba.
 Dos rayos del sol fulgente,
 Uno á la patria, otro á tí,
 Alumbraron: solo vi
 Tinieblas sobre mi frente.
 Un ángel sus alas de oro
 Sobre tu yelmo batía.....
 Yo en las sombras me veía

Acongojada en mi lloro.....
 En el ángel de los cielos
 La vista fijaste amante.....
 CORTÉS. Soñabas, y delirante.....
 MARINA. ¡Ay! de ese ángel tengo celos.
 "¡Gloria al gran conquistador!"
 Clamó una voz en la altura;
 Y luégo vi con pavura
 Que aquel ángel seductor,
 Con acento inexplicable
 Y con mirada terrible,
 Que pintarla es imposible,
 Me vió, gritando implacable:
 "Ámas á Cortés, y quiero
 "Que en horribles celos vivas;
 "Que sus miradas, esquivas
 "Halles, y su rostro fiero;
 "Que no se tenga memoria
 "De tus postrimeros años,
 "Y no encuentren los extraños
 "Ni tu lápida mortuoria.
 "Que en continua agitacion
 "Vivas en horror profundo,
 "Y sólo recuerde el mundo

"Lo horrible de tu traicion.

"Y que la tierra se asombre

"De ver como se derrumba,

"Sin patria, nombre, ni tumba,

"La Malíntzin."

XÓCHITL. (*aparte*). ¡Pobre hombre

El que á la traidora amó!

¡Pobre Cortés! si la fama

El conquistador te llama,

Y si á tus plantas tendió

Cien naciones por alfombra;

Nunca podrás libre verte:

De tu lado, ni la muerte

Borrará esa negra sombra.

CORTÉS. Tan continua agitacion.....

MARINA. (*con exaltacion*).

Calla..... deja que un momento

Recuerde mi pensamiento

La historia del corazon.

Esclava, sobre la puente

Lloraba de hermosa nave,

Como gime triste el ave

Que pierde el nido caliente.

Sobre la mar me miraba

Pobre, abandonada, sola.....

La ola busca otra ola.....

Á mí nadie me buscaba.

En la noche, el claro cielo

Ennegreció la tormenta.....

La mar airada y violenta

Sembraba el terror y el duelo.

Olas del mar colosales

Se alzaban al firmamento,

Y el cielo con ronco acento

Lanzaba rayos mortales.

Arriba la tempestad

Las torvas alas tendía:

Abajo el abismo abría

Sus negras fauces. ¿Piedad

De las naves quién tuviera,

Si el cielo y la mar gigantes,

En combates delirantes,

Luchaban con zaña fiera?

Mas las naves arrostraban

Impasibles la tormenta,

Y sobre la ola violenta

La mar inmensa surcaban.

¡Aun las contempla mi afán!

Sus blancas velas tendían.....
 Y corrían, y corrían,
 A impulsos del huracán.
 Inmenso estruendo escuché.....
 Un rayo el mar incendió.....
 Y mi amor te descubrió
 Sobre la puente de pie.
 Ya no un hombre, sino un dios,
 Luchando me pareciste.....
 Al cielo y la mar venciste.....
 ¡Y nos miramos los dos!
 Negro el mar bramaba fiero.....
 Negro el cielo retumbaba.....
 ¡Y la noche se alumbraba
 Con nuestro beso primero!

CORTÉS. Te fatiga esa ansiedad:
 Ve á descansar un momento.

MARINA. Deja que sienta el aliento,
 Cortés, de esa tempestad,
 Deja que escuche impaciente
 El tronar de la metralla,
 Y te mire en la batalla,
 Con noble serena frente
 El combate dominando,

Como domina el volcan
 Valles que á su planta están.
 ¿Quién no te adorara, Hernando!

CORTÉS. Ve, Marina, á reposar.

MARINA. (*con exaltacion*).

Quiero estar cerca de tí.

CORTÉS. Vete.....

MARINA. Te espero.

CORTÉS. Sí..... sí.....

No temas..... Ve á descansar.

(*Se va Marina*).

ESCENA VII

CORTÉS.—XÓCHITL.

CORTÉS. ¿Tú, mi desden no comprendes
 Con Marina? Y de sus celos,
 Y de sus tristes desvelos,
 ¿Quién es la causa no entiendes?

XÓCHITL. (*aparte*). ¡Cielo santo!

CORTÉS. Concepcion.....
 No te vayas: oye atenta.

Yo lo quiero: y ten en cuenta
 Que es inmensa mi pasión.
 Una tarde en Coyuacan
 Regia fiesta me ofrecieron;
 Nobles indios asistieron;
 Montada en brioso alazan.....

XÓCHITL. (*aparte*). ¡Cielos!

CORTÉS. Llegó una doncella:

Admiróme ver su porte,
 Que de Castilla en la corte,
 No se encontrara tan bella.
 ¡Celeste vision divina!
 Quién era, quién, pregunté:
 Y me contestaron que
 Era hermana de Marina;
 Que de Tabasco llegado
 Había en pos de su hermana.
 Jamas hermosura humana
 Miré igual: quedé extasiado.
 Á vivir vino conmigo,
 Que con Marina vivía,
 Y orgulloso me sentía
 De contemplarla á mi abrigo.
 Jamas se acercó un doncel

Á su reja, que afanoso
 La oculta mi amor celoso,
 Cual codiciado joyel.
 Como el avaro, escondido
 Guarda el oro, así la tengo;
 Y en la noche, ansioso vengo
 Á ver á mi bien dormido.
 Callado mi amor le había;
 Mas volcan que oculta fuego,
 ¡Qué mucho si estalla ciego!
 Yo te adoro, vida mía;
 Y es este amor tan profundo,
 Que por tí, con saña fiera,
 Mi flota otra vez hundiera,
 Y conquistara otro mundo.

XÓCHITL. La voz de Doña Marina
 Que reclama vuestro amor.

CORTÉS. (*yéndose*). ¡Yo soñaba con la flor,
 Y me despierta la espina!

ESCENA VIII

XÓCHITL.—BERNAL Y GONZALO.

XÓCHITL. Buscando vine mi cielo,
Y hallo un abismo á mis piés.

(En este momento entran por la galería Bernal y Gonzalo; y desde el fondo, dice el primero al segundo):

BERNAL. (á Gonzalo).
Esperar aquí á Cortés
Puedes. No sé qué recelo
Me da ese pliego.

(Bernal atraviesa la galería, y desaparece).

GONZALO. (adelantándose al proscenio, y reconociendo á Xóchitl).

¡Ella es!

¡Xóchitl!

XÓCHITL. (sorpresa, y abrazándole).

¡Gonzalo!..... ¡Mi amor!.....

¿Es verdad ó es que deliro?

¡Oh! sí, el perfume respiro
De tu aliento embriagador.....

Y en tus pupilas me miro.
Yo que te juzgaba muerto.....
Yo que me vi abandonada
Como palma en el desierto.....
De mi letargo, extasiada
Hoy en tus brazos despierto.

GONZALO. Por donde quiera que fuí,
Con anhelo te busqué;
Que estabas muerta creí:
Dormía..... y ya desperté
Viéndote cerca de mí.

XÓCHITL. ¿Viste brotando dos fuentes
Que en arroyos convertidas,
Van por rumbos diferentes,
Por dos sendas, con dos vidas,
En dos distintas corrientes
Perderse en la selva oscura
Con opuestas direcciones,
Y una cual otra murmura
Las mismas dulces canciones
Del pinal en la espesura?
¿Que se buscan con anhelo
¡Ay! sin poderse encontrar,
Y que tienen por consuelo,

Miéntras se pueden hallar,
 Retratar un mismo cielo?
 ¿Y al fin tras mucho correr
 Y tras padecer insano,
 Juntas se vuelven á ver,
 Y juntas van á caer
 Una sola al Oceano?
 Así fueron nuestras almas.....
 En vano las separaron.....
 Blancas palomas volaron,
 Y sobre distintas palmas
 Un instante se posaron.
 Pero emprendieron el vuelo
 Para juntarse, afligidas;
 Y fué tan grande su anhelo,
 Que hoy nuestras almas unidas,
 Son, Gonzalo, un mismo cielo,
 ¿Me buscabas?

GONZALO. Te busqué.

XÓCHITL. ¿Me adorabas?

GONZALO. Siempre, sí.

Tú, ¿te acordabas de mí?

XÓCHITL. ¡Mi esperanza eras, mi fe!

¡Si sólo vivo por tí!

GONZALO. Algo en mi pecho decía
 Que á encontrarte volvería.
 XÓCHITL. Mi alma en constante desvelo
 Hallarte se prometía.....
 En la tierra ó en el cielo.
 GONZALO. Ven y reclina la frente
 En mi seno delirante;
 Ven y reposa un instante
 Sobre el corazon ardiente
 Que siempre palpita amante,
 ¡Tierno amor de mis amores,
 Flor hermosa de mis flores,
 Mirada de mi mirada,
 Dulce ardor de mis ardores,
 Alma de mi alma adorada!
 (Pausa.—Xóchitl se estremecí).
 ¿Qué tienes?..... ¿Tiemblas, bien mío?
 XÓCHITL. En tan dulce desvarío,
 Que nos acecha olvidaba
 ¡Ay Dios! el destino impío.
 GONZALO. ¿Qué tienes?..... Dímelo..... Acaba.....
 Dí..... ¿Que me muero no ves?
 XÓCHITL. Terrible pasion odiosa
 Por tu Xóchitl, por tu esposa,

El alma de Hernan Cortés
Quema con llama impetuosa.

GONZALO. ¿Hernan Cortés?

XÓCHITL. Sin piedad,

¡Ay! de nosotros en pos
Viene la fatalidad.

GONZALO. No: nuestra felicidad
Disputaré al mismo Dios.

XÓCHITL. Yo no sé qué discurrir
Para podernos salvar.

GONZALO. Hay que marchar y vivir,
Ó bien quedarse y morir.

XÓCHITL. Su ira inmensa va á estallar.

(Pausa).

GONZALO. En la noche silenciosa,
Cuando todo aquí reposa,
Vendré por ese balcon.

XÓCHITL. Y te seguirá tu esposa
Con todo su corazón.

GONZALO. Tendré listo mi corcel:
Á las cuatro partiremos
Juntos y amantes en él;
Y en otro mar buscaremos
Á nuestra dicha un bajel.

Cuando despunte la aurora,
Iremos por los cedrales
De Tlálpan. Allí en buen hora,
Se alza montaña, señora
De los fieros vendabales.
Del verano á los ardores,
Con zafiros adereza
Su frente; y en los rigores
Del invierno, su cabeza
Cubren nieve y resplandores.
Tras del Axochco se mira
Mar de plátanos y palmas:
Allí la brisa suspira,
Y entre las hojas espira,
Para que sueñen las almas.
Allí arroyos bullidores,
En tierna melancolía,
Murmuran cantos de amores;
Con rayos de sol de día,
De noche con blancas flores.
En hamacas recostadas
Se columpian las doncellas;
Y en las noches perfumadas,
Se confunden sus miradas

Con la luz de las estrellas.

Naranjos y limoneros

Forman rústico palacio;

Y á los albores primeros,

Cantan cezontlis parteros

Volando por el espacio.

En esa inmensa región

Serás la reina, la diosa.

Tú serás mi religión.

Tú serás mi patria hermosa.

XÓCHITL. ¡Yo seré tu corazón!

GONZALO. Allí, alejados del mundo,

Sólo por tí viviré.

XÓCHITL. Tan sólo en tí pensaré.

GONZALO. Allí, en el bosque profundo,

Sola, Xóchitl, te veré.

XÓCHITL. ¡Celoso!

GONZALO. ¡Te adoro tanto!

Allí, ¡cómo reiremos,
De la natura al encanto!

XÓCHITL. Y felices lloraremos:

¡Tambien es feliz el llanto!

(Pausa).

Prudentes debemos ser.....

Vete, Gonzalo.

GONZALO. ¡Mi vida!

XÓCHITL. Vete.

GONZALO. Voy para volver.

XÓCHITL. Aquí nos hemos de ver.

GONZALO. Á las cuatro la partida.

(Se alejan, y vuelven).

XÓCHITL. Vuelve pronto, mi ilusion.

GONZALO. Antes en abrazo estrecho,

Que sienta tu corazón

Palpitar sobre mi pecho.

(Se abrazan con efusion).

XÓCHITL. Á las cuatro en el balcon.

(Gonzalo se marcha por la galería de salida del fondo, y Xóchitl por la segunda puerta de la izquierda; dirigiéndose ambos una mirada amorosa).

ESCENA IX

BERNAL DÍAZ, — Juégo CORTÉS.

BERNAL. *(viendo salir á Gonzalo y á Xóchitl).*

Contento se va el doncel.....

Contenta va la doncella.....

En verdad que es pura y bella.....

Y por cierto bello es él.

CORTÉS. ¿Nadie vino?

BERNAL. Nadie vino.

(*Aparte*). Triste está.

CORTÉS. (*aparte*). Lucho afanoso:

¿Y no habré de hallar reposo

En mitad de mi camino?

(Se dirige á la mesa, y observa el pliego que
había dejado en ella).

(*Alto*). ¿Este pliego?..... Ya olvidado

Lo había.

(Lo abre, y según va leyendo, se nota su cólera).

Guzman está

Loco. Pronto sentirá

Mi poder ese menguado.

BERNAL. ¿Qué os escribe?

CORTÉS. Que la Audiencia,

De orden del Emperador,

Con ultraje de mi honor,

Me va á tomar residencia.

¡Mis soldados! ¡Por Pelayo!

La sangre á mis sienes sube.

Si están mirando la nube,

¿No temen que caiga el rayo?

¿Y ellos y el Emperador

Me vilipendian así?

Ellos ¿qué fueran sin mí?

¡Yo soy el conquistador!

Mañana inmensa jauría

Irá con los cazadores,

Y los perros ladradores

Dirán: "esta presa es mía."

¡Por Dios! que es muy grande yerro

El que cometiendo están.

Que hay gran distancia verán

Entre el cazador y el perro.

No bien consumé mi empresa,

Caballeros y golillas

Salieron de ambas Castillas

Á repartirse la presa.

Mas esa gente menguada

Olvida, por vida mía,

Que conservo todavía

Pendiente al cinto mi espada.

BERNAL. Que se roban, es verdad,
Cuanto la conquista encierra.....

No importa; roben la tierra.....

Nuestra es la inmortalidad.

CORTÉS. Pero olvidemos un punto

Á esa gente, porque hoy,

Bernal, empeñado estoy

En más importante asunto.

Tú sabes bien, cómo y cuándo

Á Marina conocí;

Que á su lado combatí,

Batallando y conquistando;

Que á veces de la victoria

Fué ella mi sola esperanza;

Y á veces, en la venganza,

Fué la sombra de mi gloria.

Recuerdas que era muy bella,

Pero tambien muy cruel.

Yo no tuve en mi bajel

Para guiarme otra estrella.

BERNAL. La amasteis.

CORTÉS. Amé á esa fiera:

Que á veces en noche oscura,

Van juntos por la espesura

El leon y la pantera.

Pero hoy cansado me siento,

Y me pesa su presencia,

Como pesa en la conciencia,

Bernal, el remordimiento.

He meditado casarla;

Darle riquezas y honores.....

BERNAL. No se pagan así amores.

CORTÉS. Bernal, ya no puedo amarla.

De la posicion el brillo

Mitigará su afliccion.

BERNAL. Ella os dió su corazon.

CORTÉS. Le pago con Jaramillo,

Que acepta con alegría

Su amor, y le da su mano.

BERNAL. Jaramillo es un villano.

CORTÉS. Calma, Bernal. Te decía

Que ya decidido estaba

Á casarla. Ya su esposo

La estará esperando ansioso

Y anhelante en Huirizaba.

Que mañana parta quiero;

Y que Gonzalo la lleve

Á Jaramillo: á las nueve

Con Gonzalo aquí te espero.

(*Se van alejando*).

Quiero que al salir la aurora

Deje á México, Bernal.

(*Vanse.*)

ALERE FLAMMAM
VERITATIS **ESCENA X**

MARINA.

(Al desaparecer Cortés y Bernal por la galería, sale Marina de su habitacion, aterrorizada, y como si fuera presa de una espantosa pesadilla; manifestando en lo descompuesto de su peinado y de su traje, y en su semblante y ademanes, el terror de que está poseída. Avanza al medio de la escena, fijando sus ojos desencajados en la puerta de su habitacion, diciendo fuera de sí):

¡Cálmate, sueño infernal!

(Después, como repitiendo una voz que oye en su interior, dice con desesperacion):

¡La traidora! ¡la traidora!

(Cae cerca del sillón que está junto á la mesa, apoyándose en el asiento con la mano derecha, y viendo siempre con espanto la puerta de su habitacion).

(*Te'ón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

~~~~~

*La misma decoracion del primer acto.—Son las nueve de la noche.—En la mesa hay un velon de cera que alumbrá la escena.*

### ESCENA I

BERNAL DÍAZ—XÓCHITL.

(Bernal está sentado delante de la mesa, en actitud de quien ha suspendido su tarea: á su lado Xóchitl, sentada en otro sillón, hablando con él).

BERNAL. Es grave la situacion  
En que te hallas. No es  
Posible que Hernan Cortés  
Á tí ceda, Concepcion.  
Dices que horrible pasion  
Su pecho abrasa por tí.....

Quiero que al salir la aurora

Deje á México, Bernal.

(*Vanse.*)

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS **ESCENA X**

MARINA.

(Al desaparecer Cortés y Bernal por la galería, sale Marina de su habitacion, aterrorizada, y como si fuera presa de una espantosa pesadilla; manifestando en lo descompuesto de su peinado y de su traje, y en su semblante y ademanes, el terror de que está poseída. Avanza al medio de la escena, fijando sus ojos desencajados en la puerta de su habitacion, diciendo fuera de sí):

¡Cálmate, sueño infernal!

(Después, como repitiendo una voz que oye en su interior, dice con desesperacion):

¡La traidora! ¡la traidora!

(Cae cerca del sillón que está junto á la mesa, apoyándose en el asiento con la mano derecha, y viendo siempre con espanto la puerta de su habitacion).

(*Te'ón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

~~~~~

La misma decoracion del primer acto.—Son las nueve de la noche.—En la mesa hay un velon de cera que alumbrá la escena.

ESCENA I

BERNAL DÍAZ—XÓCHITL.

(Bernal está sentado delante de la mesa, en actitud de quien ha suspendido su tarea: á su lado Xóchitl, sentada en otro sillón, hablando con él).

BERNAL. Es grave la situacion
En que te hallas. No es
Posible que Hernan Cortés
Á tí ceda, Concepcion.
Dices que horrible pasion
Su pecho abrasa por tí.....

XÓCHITL. Bernal, me lo dijo aquí.

BERNAL. Yo conozco su entereza,
Su carácter, su fiereza.....
No cederá.

XÓCHITL. Tal vez sí.
Le contaré mis dolores,
Y la pena con que muero;
No es su corazón de acero,
Y aplacará sus rigores
La historia de mis amores.
A mi llanto cederá;
Mi pena le ablandará;
Sabrá que mi amor es santo.....
¡A Gonzalo adoro tanto!

BERNAL. A Gonzalo matará.

XÓCHITL. ¡Matarle a él!..... imposible.
¡Matar a Gonzalo!..... no.
Antes me matara yo.
¿Un corazón insensible
Acaso ese monstruo horrible
En las entrañas encierra?
Lo dices..... y ya me aterra
Como si fuera verdad.
Tal prodigio de maldad

Caber no puede en la tierra.

(Pausa).

Tranquila y feliz vivía,
Soñando con mi ventura;
Y como la alondra pura
En los aires me cernía.
Estrella clara lucía
Sobre transparente cielo.
Nube como blanco velo
Me perdía en lontananza.
Barca en risueña bonanza
Tendí sobre el mar mi vuelo.
¿Quién a la alondra dijera,
Cuando cantaba a la aurora,
Que en pena devoradora
Su canto se convirtiera?
Reina de los aires era,
Su voz himno de placer;
Y cuando, para volver
A su nido, abrió las alas,
A tierra rotas sus galas,
La hizo el cazador caer.
Estrella, brillaba hermosa
En el ancho firmamento,

Como claro pensamiento
 Sobre una frente espaciosa;
 Pero su faz luminosa
 Se ocultó tras la montaña,
 Porque la tierra, en su saña,
 Da vueltas para cubrir
 Todo lo que ve lucir;
 Y ve á la estrella, y la empaña.
 Llevada del viento sube
 Desde el lago adormecido,
 Como velo desprendido
 De los cielos, una nube.
 Forma toma de querube
 De alas de púrpura y oro:
 Parece que vuela al coro
 De la celestial mansion;
 Y el viento la hace un giron.....
 Y en lluvia vierte su lloro.
 Sale la barca del puerto,
 É hincha sus velas la brisa;
 Y marcha, y marcha de prisa,
 ¡Infeliz! con rumbo incierto.
 Ya del mar en el desierto,
 En vano piedad invoca:

Corre, y corre como loca
 Á impulsos del huracan;
 Y sus fuertes tablas van
 Á destrozarse en la roca.
 Tal es mi suerte, Bernal:
 Á impulsos del corazon,
 Ansié del bien la ilusion,
 Y tan sólo encuentro el mal.
 Busco luciente fanal
 Do quiera mi vista abarca.....
 En mi frente, de la marca
 Del esclavo está la huella.....
 ¡Y soy la alondra y la estrella!
 ¡Y soy la nube y la barca!
 (Pausa).

BERNAL. Pero dime: ¿antes de ahora
 Su amor te dijo Córtes?

XÓCHITL. Hasta hoy no le vi á mis piés.
 Su pasion devoradora,
 En su mirada traidora
 Ha tiempo que sorprendí:
 Por eso, Bernal, huí

De á solas con él hallarme.
 BERNAL. Te marcharas.....

XÓCHITL. Encontrarme
Sola en el mundo temí.
BERNAL. Pero cuando el gavilan
Ve solitaria paloma,
Entre sus garras la toma;
Cuando revienta el volcan,
Destroza en su horrible afan
La palma que á sus piés crece;
Cuando la ola se enfurece,
Hunde el bajel en los mares;
Y al viento de los pesares
La dicha se desvanece.

(Pausa).

XÓCHITL. ¿Piensas que Cortés, jamas?.....

BERNAL. Si te áma, ¡calla por Dios!

XÓCHITL. Pues partiremos los dos.

BERNAL. ¿Con Gonzalo partirás?

¿Sabes á qué te expondrás?

¿Sabes que Hernando Cortés,
Si se ve burlado, es

Más fiero que una pantera,

Y que su rabia pudiera

Despedazarte á sus piés?

XÓCHITL. ¿Y qué me importa la vida?

BERNAL. Pero á Gonzalo tambien.

XÓCHITL. Detente por Dios, deten

Esa palabra homicida.

Me hace temblar la partida,

Y tiemblo porque me quedo:

Todo, Bernal, me da miedo;

Mi indecision es horrible.

Mas quedarme es imposible.

Sin Gonzalo, no, no puedo. (*Se va*).

ESCENA II

(Durante la anterior escena, Xóchitl y Bernal se habrán
levantado, é ido al centro del escenario.—Bernal vuelve á
su silla, y se sienta).

BERNAL solo.

BERNAL. ¡Ah, pobre niña!... Es fortuna

Que parta Gonzalo, sí.

No tarda en llegar aquí.

Pero Concepcion ninguna

Sospecha del viaje tiene.

Más vale así... tal vez ella.

De una amorosa doncella
Nadie la pasión detiene.

A la aurora partirá

Gonzalo, y tiempo tendremos
De meditar... ya veremos....

¿Y aquí? ... Bernal velará.

(Toma la pluma, y escribe).

Continuemos esta historia.

(Escribiendo)

“Dicen, que al feroz embate

“Cedíamos del combate,

“Cuando cubierto de gloria,

“Nuestro patrono Santiago

“En el cielo apareció

“Y á los indios destrozó.

“En verdad, memoria no hago

“Del prodigio, yo no vi

“Á Santiago en la pelea;

“Pero puede que esto sea,

“Porque, pecador de mí,

“No estaba en gracia de Dios.

“Los indios desbaratados

“Huyeron, y entusiasmados

“De ellos seguimos en pos.”

ESCENA III

BERNAL.—GONZALO.

GONZALO. Un soldado á mi aposento
Me fué á buscar de tu parte.

BERNAL. Con órden de presentarte
En el palacio al momento.

GONZALO. Tal órden me hizo temer
Que ya Don Hernando estaba....

BERNAL. Con Marina á Huirizaba
Te vas al amanecer.

GONZALO. ¿Con Marina?

BERNAL. *(con burla).* Sí, la casa
Cortés con Juan Jaramillo.

Llevas el nupcial anillo,

Y de azahares no escasa

Corona, y el blanco velo,

Y á la cándida doncella.

Hijo, llevas una estrella

Bajada del mismo cielo.

GONZALO. ¿Te burlas?

BERNAL. Vamos al caso,
Y hablemos con seriedad.

Está en armas la ciudad:
Para tener franco paso
Pasaporte has menester,
Y Cortés no me lo dió.

GONZALO. *(aparte)* ¿Y ahora que hago yo
Con Xóchitl?

BERNAL. Pudiera ser
Que tuvieramos campaña.
Le pasa á esta Nueva-España
Lo mismo que á la mujer:
Con lo que tiene jamas
Se contenta; siempre ansía
Cambiar de gobierno; un día
Se la lleva Barrabas.

Y esto es apenas nacida. . . .
Pues cuando esté entrada en años. . . .

Gonzalo, mil desengaños
Se le esperan, por mi vida.

¡Cómo á los pueblos engaña

Solapada la ambicion!

Y me parte el corazon,

¡Que es mi hija la Nueva-España!

GONZALO. Pero ¿Don Hernando tiene
Gran empeño en que á la aurora? . . .

BERNAL. El mismo te dirá ahora
Su pensamiento. Allí viene. *(Vase)*.

ESCENA IV

CORTÉS.—GONZALO.

CORTÉS. Siempre te quise, Gonzalo;
Á todos te preferí;
Siempre en la ruda batalla
Á mi lado combatir
Te hice. Porque te quería,
De San Lúcar al salir,
De España te saqué; y luego
De Cuba te traje aquí.
Tuve en el alma honda pena,
Y grande fué mi sufrir,
La Noche Triste, Gonzalo,
Cuando muerto te creí.
Diez y siete primaveras
Tenias, y ya en la lid

Te admiraban mis soldados.
 Gané la ciudad al fin,
 Y no quise dieras tregua
 A tu aliento varonil.
 A las Higüeras conmigo
 Te llevé: alférez allí
 Te hice. Luégo volvimos,
 Y, por tu ingenio sutil,
 Con mision muy delicada
 Te mandé á Guzman. Salir
 Pudiste bien del empeño.
 Capitan te nombro. Así
 Con honra y valor se ganan
 Los grados.

GONZALO. Soy muy feliz

Si mis hechos os agradan.

CORTÉS. Me agradan, mucho que sí.

Hoy un pliego de Don Nuño

Me entregastes. Ese vil
 Que mis grandezas envidia,

Olvidando que yo aquí

He entrado con la victoria,
 Escribeme que rüin

El Emperador dispone

Me residencien. ¿Á mí,
 Que en su corona he incrustado
 Cielo azul como zafir,
 Y campos como esmeralda!

(Pausa).

Tal vez tendremos motin,
 Y no quiero que te encuentres
 En él; que bueno es morir
 Con grandes pueblos luchando,
 No con la canalla vil.
 Por eso vas con Marina
 Á Huirizaba á partir
 Cuando despunte la aurora.

GONZALO. (aparte); ¿Y ella se queda sin mí?

CORTÉS. Te espero al alba, Gonzalo.

Un pliego, para salir

Con una dama encubierta,

Te daré.

GONZALO. ¿Encubierta?

CORTÉS. Así

Lo dirá el pliego: no quiero

Que sepan quién es. Partir

Debes á la aurora. Vete

Á descansar.

GONZALO. Que feliz
Sueño tengáis. (*Aparte*). ¿Á la aurora?
Xóchitl. . . . ya vuelvo por tí.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



ESCENA V

CORTÉS.—XÓCHITL.

(*Cortés ha quedado sentado en un sillón. Xóchitl sale mirando hacia la galería, y sin fijarse en Cortés*).

XÓCHITL. Aire quiero: en el balcon
Mitigaré la impaciencia. . . .
(*Cortés se pone de pié, y hace ruido*).
¡Hernan Cortés!

CORTÉS. ¡Concepcion!

XÓCHITL. (*aparte*). De Cortés en la presencia
Se me pártel el corazon.

CORTÉS. (*Tomando de una mano á Xóchitl, y bajándola al proscenio*).

Es, niña, casualidad,
Que con Marina rezando
No te halles.

XÓCHITL. Tal ansiedad
Y tal pena, Don Hernando,
Sentí. . . .

CORTÉS. ¿Qué fatalidad
Pudo poner en tus ojos
Las tristes perlas del llanto?
(*Xóchitl vuelve la cara*).
Si miras que te ámo tanto,
¿Por qué me ves con enojos?
Es mi amor tan puro y santo,
Es tan grande mi pasion,
Que nunca en la juventud
Palpitó mi corazon
Con tal fuerza, Concepcion.
Soy capaz de la virtud
Por este amor: soy capaz
De la humildad, yo el altivo.
Años ha que por tí vivo,
Años hace que tu faz
Tornó, mi cielo, en cautivo
Al audaz conquistador;
Que si á los indios vencí,
Víctimas de mi furor,
Con dardo fiero de amor

Una india me vence á mí.
 ¿No te admira, niña hermosa,
 Que el altivo, que el osado,
 Tanto tiempo haya pasado
 Con esta pasión furiosa,
 Y haya cobarde callado?
 ¿Qué quien de las vidas dueño
 Y las fortunas ha sido,
 Haya ocultado su empeño
 En el corazón herido,
 Viviendo sólo de un sueño?
 Y no es que el pecho cobarde
 Temblara al decir su amor:
 Fantasma fascinador
 Era, que gritaba "es tarde."
 Y en fuego devorador
 El corazón se encendía. . . .
 Y mucho más te adoraba
 Cada día, cada día. . . .
 "Es tarde," la voz decía. . . .
 Y al encontrarte, callaba.

XÓCHITL. ¡Señor, por piedad, señor!
 CORTÉS. No sé qué presentimiento. . . .
 XÓCHITL. Me va á matar el dolor.

CORTÉS. ¡Oh! ¡qué cobarde me siento!
 ¡Qué cobarde es el amor!

(Pausa).

Párte mañana Marina:
 Mañana me quedaré
 Solo contigo. . . . ¿Por qué
 Tiemblas?

XÓCHITL. (aparte). Su intento adivina
 Mi corazón. Partiré.

(Dirigiéndose á Cortés).

Pensad que mi hermana. . . .

CORTÉS. Sí:

Mientras esté aquí, ¡oh dolor!

Marina. . . Llámala. . . .

(Xóchitl se dirige á la puerta del aposento, y cerca
 de ella se detiene, y viendo á Cortés, dice):

XÓCHITL. (aparte). Horror

Me das. No me hallará aquí

Mañana el conquistador. (Se va).

ESCENA VI

CORTÉS (solo y pensativo).

CORTÉS No más obstáculos, no:
Alza, corazón medroso.
¿Pero cuándo palpité
En mi pecho pesaroso?
¡Si no le conozco yo!
Yo, que conquisté la gloria
Y eternicé mi memoria,
¿Sujeto á un amor cobarde?
¡Ya es muy tarde! ¡ya es muy tarde!
¡Yo pertenezco á la historia!
Al que á todos ha vencido,
Quieren vencer. . . . Escondido
Amor me destroza el alma. . . .
Cuidad, cuidad de la calma
Del regio leon herido.
Quien de un mundo árbitro es,
Ganado en fiera batalla,
Su bien templado paves
Aun conserva. ¡Atras, canalla!
¡Soy el grande Hernan Cortés!

ESCENA VII

CORTÉS.—MARINA.

MARINA. ¿Me llamabas, Hernando?
¿Por qué tus ojos lágrimas bañando
Miro? ¿Por qué suspiras?
CORTÉS. ¡Volcanes son mis ojos de mis iras!
MARINA. ¿Quién es el atrevido
Que el corazón en rabia te ha encendido?
CORTÉS. Es Don Nuño, es la Audiencia,
El mismo Emperador, que residencia
Manda me tomen. Todos
Burlarme piensan de diversos modos.
Yo soy el ahuehete
Que el huracán azota; que acomete
El iracundo trueno;
Y cuyo tronco audaz salpica el cieno;
Cuyas ramas, violenta
Sacude asoladora la tormenta;
Y ni rayos ni vientos
Pueden nunca arrancar de sus cimientos.
Para vencer la saña

ESCENA VI

CORTÉS (solo y pensativo).

CORTÉS No más obstáculos, no:
Alza, corazón medroso.
¿Pero cuándo palpité
En mi pecho pesaroso?
¡Si no le conozco yo!
Yo, que conquisté la gloria
Y eternicé mi memoria,
¿Sujeto á un amor cobarde?
¡Ya es muy tarde! ¡ya es muy tarde!
¡Yo pertenezco á la historia!
Al que á todos ha vencido,
Quieren vencer. . . . Escondido
Amor me destroza el alma. . . .
Cuidad, cuidad de la calma
Del regio leon herido.
Quien de un mundo árbitro es,
Ganado en fiera batalla,
Su bien templado paves
Aun conserva. ¡Atras, canalla!
¡Soy el grande Hernan Cortés!

ESCENA VII

CORTÉS.—MARINA.

MARINA. ¿Me llamabas, Hernando?
¿Por qué tus ojos lágrimas bañando
Miro? ¿Por qué suspiras?
CORTÉS. ¡Volcanes son mis ojos de mis iras!
MARINA. ¿Quién es el atrevido
Que el corazón en rabia te ha encendido?
CORTÉS. Es Don Nuño, es la Audiencia,
El mismo Emperador, que residencia
Manda me tomen. Todos
Burlarme piensan de diversos modos.
Yo soy el ahuehete
Que el huracán azota; que acomete
El iracundo trueno;
Y cuyo tronco audaz salpica el cieno;
Cuyas ramas, violenta
Sacude asoladora la tormenta;
Y ni rayos ni vientos
Pueden nunca arrancar de sus cimientos.
Para vencer la saña

De tantos enemigos, voy á España.

En tu dicha pensando...

MARINA. ¿Pensabas en mi dicha. Don Hernando?

CORTÉS. Viendo que tu nobleza
Un nombre ha menester, una grandeza

Digna de tí, Marina...

MARINA. No sé qué vil traición mi alma adivina.

CORTÉS. De la riqueza el brillo,
Y un esposo, Don Juan de Jaramillo...

MARINA. Acaba, Hernando, acaba.

CORTÉS. Vas á partir mañana á Huirizaba.

MARINA. ¿Y así tú me abandonas?

¿Y mi amor y adhesión así coronas?

¡Oh, monstruo! ¡padre impío!

¿Y tu hijo, Cortés? ¿y el hijo mío?

No, la misma pantera

No abandona á sus hijos: esa fiera

Corazón más humano

Tiene que el gran conquistador cristiano.

CORTÉS. Separarnos es fuerza;

Y no hay poder, lo sabes tú, que tuerza

Mi voluntad altiva.

MARINA. De aquí no he de salir mientras que viva.

Ignoro por qué, cielos,

Rompen mi corazón agudos celos.

¡Si ha tiempo que notaba

Que aquel tu amor tan vivo muerto estaba!

Ha tiempo que veía

Tu faz severa y tu mirada fría.

Ha tiempo que en mi frente

No imprimía tu labio un beso ardiente.

¡Y tiempo hace que fijo

No está tu pensamiento en nuestro hijo!

CORTÉS. No, tanto me ocupaba...

MARINA. Que para amarme el tiempo te faltaba.

(Pausa).

No que recuerdes quiero,

Que á tí mi amor redujo el mundo entero;

Ni que, por darte gloria,

Á mi patria he vendido; y que la historia,

Al hablar de tu amante,

Me pintará traidora repugnante.

Porque rey Cortés fuera,

De los reyes mató la estirpe entera.

Por tí, en sangrienta bruma,

La familia infeliz de Moteczuma,

Al soplo de mi ira

Se perdió para siempre.

(Sacando la espada de Cortés, con la que se queda durante la escena). Mira, mira:

Tu vencedora espada
 Con la sangre imperial está manchada.
 Abandonar quisiste
 La ciudad de Tenoch la Noche Triste.
 Mandaste á tus soldados
 Matar al rey, y todos espantados
 Ante él retrocedieron,
 Y por primera vez no obedecieron.
 Y tú mismo temblaste,
 Y matarle, mirándole, dudaste.
 Pero yo en el momento
 La espada te arranqué con fuerte aliento;
 Y en su pecho tranquilo
 Hundí tres veces el cortante filo.
 Despues en la pelea,
 Relámpago fugaz, pasó la idea
 Por mi alma delirante,
 De matar á sus hijas. . . . Al instante
 Las busqué en la batalla,
 En medio de las olas de metralla,
 Y la lluvia de flechas,
 Que en nubes desgarradas y deshechas,

Los indios altaneros
 Sobre nosotros derramaban fieros.
 Á Doña Ana abrazada
 Con Doña Ines hallé. Dame la espada,
 Te dije: me la diste;
 Y murieron las dos la Noche Triste.
 Y cuando yo creía
 Que á alzarte emperador el pueblo iría,
 Me hablaste de las leyes,
 Y del poder inmenso de tus reyes:

Dijiste que era tarde.

¡Siempre hay tiempo, Cortés, de ser co-

CORTÉS. ¿Cobarde yo? (barde!

MARINA. É ingrato.

CORTÉS. Marina, calla: teme mi arrebató.

¡Me asusta ya la fiera!

¡Cansado está el león de la pantera!

MARINA. Y tú teme mis celos.

Si á esa mujer descubro, ¡por los cielos!

Que me roba la vida,

Por esta espada, Don Hernando, herida

Con ímpetu violento,

Exhalará á mis piés su último aliento.

CORTÉS. Calla, calla Marina. . . .

MARINA. Me dice que me cälle, y ¡me asesina!
(Pausa.)

(Con frenesí). Déjame aquí á tu lado.
¡Seré yo tan feliz! ¡tú tan amado!

CORTÉS. Marina, es imposible.

MARINA. Si lo oigo de su boca, y no es creíble.

¡Cortés!

CORTÉS. Nunca, señora.

MARINA. ¿Nunca?

CORTÉS. Jamás.

MARINA. La rabia me devora.

Pues matas mi esperanza,
El hijo tuyo muera; y mi venganza. . .

(Hace un movimiento, con la espada en la mano, hacia su habitacion).

CORTÉS. Detente. ¿No eres madre?

MARINA. ¿Y acaso, desdichado, eres tú padre?

¡Que su sangre inocente
Caiga, Cortés, sobre tu altiva frente!

ESCENA VII

DICHOS.—BERNAL.

(Al decir Marina el último verso, se dirige á su habitacion.—Bernal, que ha aparecido por la galería, se dirige á Marina.—Durante este tiempo, y antes de que Bernal esté cerca de Marina, dice Cortés):

CORTÉS. Hoy al infierno le plugo

Que no trajera el puñal.

(En ese momento ve á Bernal que está ya cerca de Marina, y le dice):

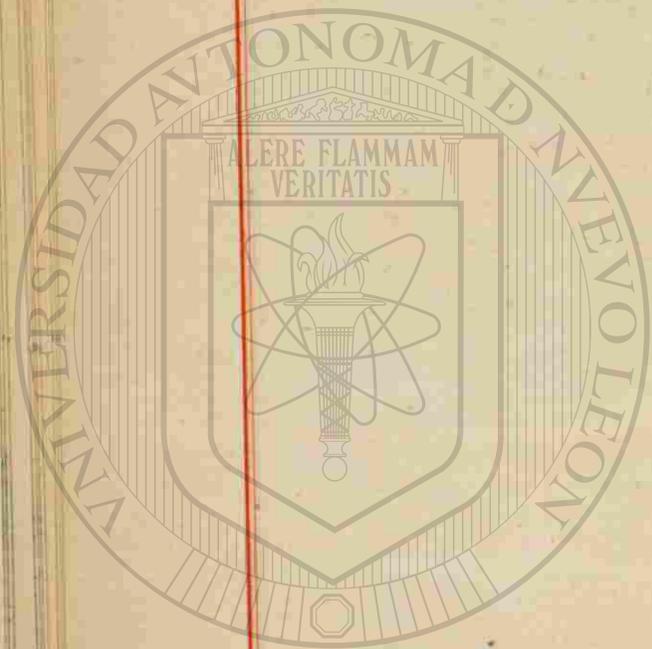
Mata á esa mujer, Bernal.

(Bernal toma el brazo derecho á Marina que suelta la espada, y al mismo tiempo de verificar esa accion, dice con altivez):

BERNAL. ¡Bernal Díaz no es verdugo!

(Telón muy rápido).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoración de los dos actos anteriores.—La escena, durante todo este acto, está alumbrada únicamente por la luz de la luna, que entra por el balcón hasta la mitad del foro: el resto está en tinieblas. Varía la luz, por la del amanecer, según las acotaciones.—Son las cuatro de la mañana.

ESCENA I

CORTÉS (solo, cerca del balcón).

CORTÉS. No puedo mitigar las ansias mías.
En vano llamé al sueño:
Su plácido beleño
No adormió mis pesares;
Que no siempre la noche calmar puede
Las olas tempestuosas de los mares.
¡Qué bella noche! la argentada luna
Tiende sobre la tierra blanco velo;
Y al retratar su disco en la laguna,

No se sabe si el lago es claro cielo,
 Ó si el cielo es un lago. ¡Qué tranquila
 Se encuentra la ciudad! Sólo vigila
 Mi pena en el palacio;
 Y en el celeste espacio
 De la luna la espléndida pupila.
 Cual yo fué ese volcan que de aquí miro:
 Levantábase inmenso y orgulloso,
 Sobre bases de roca poderoso,
 Y con frente de hielo.
 Ni el mismo sol ardiente
 Calentar pudo su nevada frente;
 Y pasaba tranquilo las edades,
 Viendo á sus piés morir las tempestades.
 Pero ese volcan, en sus entrañas
 Tuvo fuego escondido,
 Que al fin brotó en raudal de lava hirvien-
 Y de su seno se escapó un gemido (te:
 Que hizo temblar los valles y montañas.
 Ya me cansan la guerra y la victoria,
 Ya me cansan el oro y los placeres.
 Cuanto pedí me dieron las mujeres,
 Cuanto anhelé me concedió la gloria;
 Mas no registra mi agitada historia

Un amor puro y santo:
 Todo era liviandad, todo alegría.
 ¡Empezaba á soñar el alma mía!
 ¡Y no valen millones, ni grandezas,
 Ni vana pompa, ni gloriosa palma,
 De un tierno amor las plácidas tristezas,
 Ni el torrente de lágrimas del alma!

(Pausa).

Allí la ruina está del alto templo,
 Y la viene á besar la blanca luna
 Con amoroso rayo.
 Ruina gloriosa de que soy ejemplo,
 Yo que vencí á mis plantas la fortuna.
 ¡Que en plácido desmayo,
 Desde el astro que miro en lontananza
 En el vago horizonte de mi vida,
 Venga á caer en mi mortal herida
 Un dulcísimo rayo de esperanza!

ESCENA II

CORTÉS, BERNAL, (entrando).

BERNAL. Recorrí la ciudad como mandasteis,
 Y que se forman grupos os advierto;

Gentes de mala traza y alguaciles,
 Con los golillas en tropel revuelto;
 Que saben que se os toma residencia
 Y por eso se juntan altaneros.

Dicen que con la Audiencia á este pala-
 Mañana han de venir para prenderos. (cio

CORTÉS. Nada temas, Bernal, que gente es ésa
 Que no asalta cuarteles, sino empleos.
 ¿En qué parte se juntan?

BERNAL. En la calle
 De Iztapalápan.

CORTÉS. Aun están muy léjos.

BERNAL. Por las Atarazanas ya comienzan
 Á reunirse tambien.

CORTÉS. Pronto sabremos
 Si á desafiarnos vienen con sus varas.

BERNAL. Encontrarán aquí nuestros aceros.

(Pausa).

Pero os contemplo triste y abatido.
 ¿Qué motiva, señor, vuestros desvelos?

CORTÉS. Hay en la vida fechas desgraciadas,
 Y yo ya sólo en la desgracia creo.
 Hoy hace años, iba de camino
 Á las Higüeras: el hermoso cielo

Luna clara ostentaba como ahora,
 Y á su luz me agitaban mis ensueños.
 Entre palmas y verdes platanares,
 Á orillas de un arroyo, el campamento
 Estaba de mis ínclitos soldados:
 Nada turbaba su tranquilo sueño.
 De pronto, como tú llegas ahora,
 Llegó tambien Quiñones mi escudero;
 Y me dijo, cual tú, que se veían
 De nuestro campo grupos á lo léjos.
 Señalóme hacia el Sur inmensas ruinas,
 Que se alzaban, gigantes esqueletos,
 Mirando por sus puertas carcomidas
 Con ojos azorados y despiertos.
 "Nos vienen á matar," dijo Quiñones:
 "A salvar vienen á su rey Cuauhtémoc."
 Volví la vista: bajo altiva ceiba
 El rey dormía en apacible sueño.
 No sé qué nube oscureció mis ojos,
 Ni qué nube pasó por mi cerebro;
 Sin saber que decía, te lo juro,
 Al fiel Quiñones, con acento fiero,
 Le dí mi espada, y "mátale" le dije:
 Y hundió la espada en el valiente pecho.

Abrió los ojos al sentirse herido;
 Me vió á su lado, y me miró sereno:
 Y sin lanzar un grito, ni una queja,
 El insigne Cuauhtémoc quedó muerto.
 Cubríme el rostro con terror y espanto...
 Y yo no sé por qué... mas tuve miedo.

(Pausa).

Y si vieras, Bernal, qué coincidencia,
 Qué ilusión, ó tal vez presentimiento:
 De Concepcion en los brillantes ojos
 La mirada del rey á veces veo.
 Hoy ví en sus ojos, al mirarme airada,
 La mirada, al morir, del rey Cuauhtémoc.

(Pausa).

BERNAL. Se oye ronco rumor que se despierta
 En la ciudad. Escúchase á lo léjos...

CORTÉS. Son grupos de golillas envidiosos:
 Salgámoles tranquilos al encuentro.

Para volverlos á su oscuro antro
 Bastará con cuarenta arcabuceros.

BERNAL. Vamos, señor, á ver si rompen varas.

CORTÉS. Que rompan á correr, Bernal, espero.

(Se van).

ESCENA III

XÓCHITL (sale embozada, con traje blanco, y agitada,
 según los versos).

XÓCHITL. "A las cuatro en el balcon"
 Me dijo Gonzalo, y creo
 Que adelanta mi deseo
 La hora, ó las cuatro son.
 (Se oye á ratos una campana).
 Ya de la torre vecina
 Lllaman á misa. Es la hora.
 Pronto brillará la aurora,
 Y despertará Marina.
 Y Gonzalo que no viene...
 ¿Si algo le habrá sucedido?
 ¡Dios santo!... No habrá podido...
 ¿Qué causa así le detiene?
 La calle tranquila y sola
 Está; confuso rumor
 Se oye; lejano clamor
 Como el ruido de una ola.
 No sé qué presentimiento

Llena de zozobra mi alma. . . .
 No puedo esperar en calma. . . .
 ¡Tal vez él! . . . ¡Qué pensamiento! . . .
 ¡Ah! no salgas á la boca
 Fatal pensamiento impío. . . .
 Si juzgo que desvarío. . . .
 Si voy á volverme loca.
(Acercándose al proscenio).
 ¿Él infiel? . . . nunca. . . . ja mas. . . .
 ¿Él olvidarme? . . . ¡imposible!
(Señalándose el pecho).
 Siento aquí un frío horrible. . . .
 Pensamiento. . . . ¡atras! . . . ¡atras!
 ¡Ah! la luna se oscurece. . . .
 Será una nube que pasa. . . .
 Las paredes de esta casa
 Que se mueven me parece. . . .
 Estar aquí más no puedo. . . .
 Se me salta el corazón.
 El balcon. . . . sí. . . . en el balcon. . . .
 Tengo miedo. . . . tengo miedo. . . .
 La luna vuelve á brillar. . . .
 El ruido á lo léjos crece. . . .
 Que ya viene me parece. . . .

No. . . . ¡qué horrible es esperar!
 Esperar con él la vida,
 Y la vida que no llega. . . .
 Es él. . . . es él. . . . no estoy ciega. . . .
(Á Gonzalo que salta por el balcon).
 ¡Alma de mi alma querida!

ESCENA IV

XÓCHITL.—GONZALO.

GONZALO. No poder llegar creí,
 Que hay rondas por donde quiera.
 Vámonos.
 XÓCHITL. Espera, espera.
 El rumor aumenta. . . .
 GONZALO. Sí.
 XÓCHITL. Un tiro. . . .
 GONZALO. Un arcabuzazo.
 XÓCHITL. ¿Escuchas?
 GONZALO. Un cañonazo. . . .
 XÓCHITL. No te alejes: junto á mí. . . .
 GONZALO. Tú nunca has sentido miedo;

Nos es propicio el tumulto:

Huyamos.

XÓCHITL. *(mirando por el balcon).* ¿No ves un bulto?

GONZALO. Xóchitl... huyamos...

XÓCHITL. No puedo.

(El ruido sigue los versos, y va siempre creciendo.—Se oyen lejanas detonaciones).

GONZALO. Hay que marchar y vivir:

Viviremos en un cielo.

XÓCHITL. ¡Si estoy clavada en el suelo!

Hay que quedarse... y morir.

GONZALO. Pronto la luz de la aurora

No nos dejará escapar.

Oye al cezontli trinar

Cancion arrebatadora.....

Parece que en sus cantares

"Partid, partid pronto," dice.

XÓCHITL. Como bajel infelice

Que va á perderse en los mares.

GONZALO. El cezontli anuncia el día

Con su silbido amoroso.

XÓCHITL. No: es el tecolote odioso

Que llama á la muerte impla.....

GONZALO. ¿El tecolote?

XÓCHITL. Una tarde

Cantó en el templo tres veces.....

Y fuiste preso.....

GONZALO. Enloqueces:

Valor, Xóchitl.

XÓCHITL. El cobarde

Miedo en otra vez sentí,

Porque otra tarde cantó.....

El cañon le contestó.....

¡Y te fuiste..... y te perdí!.....

Otra vez en Coyoacan

Lo escuchamos yo y Marina.....

Y amaneció Catalina

Xuáres muerta.

GONZALO. ¡Horrible afan!

XÓCHITL. Otra noche, al dios Tlaloc

Cantaba en la tempestad,

Diciéndole á la ciudad:

"Ha muerto el rey Cuauhtemoc."

Óyelo..... canta en la ruina

Del templo de mis mayores.....

GONZALO. No es verdad..... la voz de amores

Es el cezontli que trina.....

XÓCHITL. Escucha el tumulto ahora.....

GONZALO. No sé qué rumor que espanta.....

XÓCHITL. Es el cezontli que canta.....

GONZALO. No, ¡el tecolote que llora!

¡Ay! ¿por qué ingrata la suerte

Mata mi ilusión querida?

¿Dónde hallaremos la vida?

XÓCHITL. En los brazos de la muerte.

(En toda esta escena, el talento de los actores seguirá la intención de los versos)

GONZALO. Por piedad, Xóchitl, huyamos.....

XÓCHITL. Al fin me puedo mover.....

(Se dirigen al balcón).

Ya pronto va á amanecer.....

Vámonos, Gonzalo.....

GONZALO. Vamos.

(Viendo por el balcón).

Horrible contrariedad.....

Es una ronda..... esperemos.....

¡Oh Dios! ¿huir no podremos?

XÓCHITL. Sí, ¡para la eternidad!.....

(Crece mucho el ruido del tumulto).

GONZALO. ¿Qué luz es ésta?..... ¡La aurora!

XÓCHITL. Es el cezontli que canta.....

GONZALO. Sordo rumor se levanta.

XÓCHITL. El tecolote que llora.....

GONZALO. Vámonos, Xóchitl.....

(Se dirigen al balcón).

ESCENA V

DICHOS.—MARINA (entrando).

MARINA. ¿Qué pasa?

Hermana, ¿no has escuchado?

(Viendo á Gonzalo que se cubre con la capa).

¡Cielo santo! Un embozado.....

(Gritando)

¡Guardias, guardias de esta casa!

XÓCHITL. Calla, calla por piedad.....

Huye, Gonzalo, ó me muero.....

GONZALO. (Yendo á saltar por el balcón).

Xóchitl del alma, te espero.

XÓCHITL. ¡Gonzalo..... en la eternidad!

(Gonzalo salta por el balcón.—Marina ha querido precipitarse hacia él; pero Xóchitl se le ha interpuesto.

—Todo esto muy rápido.—Pausa.—Durante este tiempo va cambiando poco á poco la luz de la luna por la de la aurora.—El tumulto ha ido cesando, y la campana de la iglesia, que, de cuando en cuando se ha oído, se ha callado).

ESCENA VI

XÓCHITL.—MARINA.

(Se oye un tiro).

XÓCHITL. ¿Qué ruido es ese, ¡cielos!
Que llega hasta mi alma?
Ilusion fué tal vez..... todo tranquilo
Se encuentra ya por fin.... ¡ménos mi alma!

MARINA. Cálmate, hermana.

XÓCHITL. Hermana vuestra, ¡nunca!

MARINA. ¿Qué escucho, cielos santos, de tu boca?
¿Reniegas de Malintzin? ¿Estás loca?

XÓCHITL. Loca debiera estar..... pero no puedo.

MARINA. Cállate..... me das miedo.

¿Qué ofuscacion nubla tu memoria?
¿Por qué te agitas, di? ¿por qué sin tino?...

XÓCHITL. Oye mi triste, mi doliente historia.

MARINA. ¿No eres mi hermana?

XÓCHITL. No: soy del destino
Juguete miserable.... y de tus celos

La causa.

MARINA. ¡Justos cielos!

(Pausa).

XÓCHITL. ¿Recuerdas una noche en que el asalto
Los españoles sobre el templo dieron?
¿Haces memoria de que allí prendieron
Á una sacerdotisa?

MARINA. Qué ¿tú fuíste?

XÓCHITL. Á esa pobre mujer esclavizaron.....
Era la noche oscura..... y no la viste.....
Despues cual joya espléndida la enviaron
Á Tabasco, á tu hermana;
Y allí, ocultando sus ardientes iras,
Cautiva levantóse una mañana.

MARINA. Hermana Concepcion, calla, deliras.

XÓCHITL. Tu hermana Concepcion murió.

MARINA. ¿Ella?..... ¿Cuándo?

XÓCHITL. De Tabasco salimos á tu ruego;
Ella señora, esclava yo sumisa:
La muerte se dió prisa,
Y la alcanzó en la alegre Huirizaba.

De la noticia triste, mensajera,
Con un indio me enviaron que me amaba:
Me amaba, ¿qué mucho es que obedeciera,
Y que á la esclava humilde la ayudase,
Para que el puesto de tu hermana un día,
Sin que tú lo supieras, usurpase?

MARINA. ¿Qué me pasa, Dios santo? Esto es horrible.
(rrible.

XÓCHITL. Yo amaba á un español, cuanto es posible
En la tierra adorar con pecho humano.
Yo en el templo vivía, allí mi mano
La Noche Triste le vendó la herida.....
Le salvé de la muerte... En dulce calma
Escondido en el templo, nos quisimos:
¡Y su herida, señora, pasó á mi alma!
Así diez meses sin pesar vivimos.

(Pausa).

Volvieron ¡ay! las huestes españolas,
Y Gonzalo partió..... Fuf cautivada.....
Así á dos naves en la mar airada
Separan con furor las negras olas.
Por volverle á encontrar, vine ocultando
Mi nombre, mis pesares, mis desvelos. ...

MARINA. Mas dijiste angustiada
Que eras la causa de mis tristes celos.

XÓCHITL. Sí, Marina, lo soy.

MARINA. ¿Acaso Hernando?

XÓCHITL. Me ha descubierto su pasión impía.

MARINA. ¿Y le amas tú tal vez?

XÓCHITL. Nunca, señora.

Á Gonzalo adoré, porque sufría;
Pero al conquistador..... ¡fuera traidora!

MARINA. Calla..... y oye un momento. Yo vivía
Á orilla de los mares,
Llena de juventud y lozanía.
Jamás tristes pesares
Vinieron á turbar mi dulce sueño;
Y en lecho de jazmines y amapolas,
Me arrullaban los tumbos de las olas.
Una noche, creí volverme loca,
Estaba yo de pié sobre una roca,
Y apacible brillaba el firmamento,
Cuando vieron mis ojos un portentoso.
De negras sombras que en la mar flotaban
Relámpagos brillantes se escapaban,
Y voz de trueno, á poco,
Por los aires horrisona rugía.
Era la castellana artillería.....
Eran las naves..... En mi ansioso anhelo
De aclarar el prodigio, yo creía
Que el genio de las fieras tempestades
Iba á morar, abandonando el cielo,
Del mar en las inmensas soledades.

Al despuntar la aurora,
 Los españoles en la ardiente arena
 Estaban ya. ¡Vision fascinadora!
 Sobre la mar serena
 Se columpiaban arrogantes naves,
 Con las velas hinchadas por la brisa:
 Me parecieron gigantescas aves
 Extendiendo sus alas al espacio.
 Llamáronme al palacio,
 Y esclava me entregaron mis señores.....
 Y en la noche, al zarpar la flota hispana,
 Sin familia, sin patria y sin amores,
 Me arrebató en la mar la capitana.
 Vendida por mi raza, odio infinito
 Sintió mi corazón; y en el momento,
 De vengarme espantoso pensamiento
 Acarició mi mente con delicia.
 De esa raza traidora fué el delito:
 Al castigarla yo, fuí la justicia.
 XÓCHITL. De la santa justicia los rigores
 ¿Contra la propia raza quién invoca?
 MARINA. ¡Hernán Cortés me fascinaba tanto!
 En mi horrible abandono fué mi padre...
 Le amé con pasión loca.....

XÓCHITL. ¿Y la patria no fué, dime, tu madre?
 MARINA. Ya en océano de llanto
 Navegará la barca de mi vida,
 Por vientos de suspiros impelida.
 Me aborrece Cortés.....
 XÓCHITL. (viendo á Marina). Sin esperanza,
 Sin patria, sin amor, sin un amigo.....
 ¿Es esto, santo Dios, justo castigo?
 MARINA. ¡Aun me quedan mi hijo y mi venganza!
 (Pausa.—Yéndose, y viendo á Xóchitl con
 ojos airados).
 Celos me das y horror: ¡ah! ¡si pudiera
 En sus garras cogerte la pantera!
 (Vase).

ESCENA VII

XÓCHITL.—CORTÉS.

(Xóchitl ha quedado pensativa, y se adelanta al proscenio.—Cortés entra también pensativo, y se detiene al salir de la galería. Cortés de punta en blanco).

CORTÉS. (aparte). ¡Qué espantoso amanecer!
 ¡Si tuve el presentimiento!.....

Al despuntar la aurora,
 Los españoles en la ardiente arena
 Estaban ya. ¡Vision fascinadora!
 Sobre la mar serena
 Se columpiaban arrogantes naves,
 Con las velas hinchadas por la brisa:
 Me parecieron gigantescas aves
 Extendiendo sus alas al espacio.
 Llamáronme al palacio,
 Y esclava me entregaron mis señores.....
 Y en la noche, al zarpar la flota hispana,
 Sin familia, sin patria y sin amores,
 Me arrebató en la mar la capitana.
 Vendida por mi raza, odio infinito
 Sintió mi corazón; y en el momento,
 De vengarme espantoso pensamiento
 Acarició mi mente con delicia.
 De esa raza traidora fué el delito:
 Al castigarla yo, fuí la justicia.
 XÓCHITL. De la santa justicia los rigores
 ¿Contra la propia raza quién invoca?
 MARINA. ¡Hernán Cortés me fascinaba tanto!
 En mi horrible abandono fué mi padre...
 Le amé con pasión loca.....

XÓCHITL. ¿Y la patria no fué, dime, tu madre?
 MARINA. Ya en océano de llanto
 Navegará la barca de mi vida,
 Por vientos de suspiros impelida.
 Me aborrece Cortés.....
 XÓCHITL. (viendo á Marina). Sin esperanza,
 Sin patria, sin amor, sin un amigo.....
 ¿Es esto, santo Dios, justo castigo?
 MARINA. ¡Aun me quedan mi hijo y mi venganza!
 (Pausa.—Yéndose, y viendo á Xóchitl con
 ojos airados).
 Celos me das y horror: ¡ah! ¡si pudiera
 En sus garras cogerte la pantera!
 (Vase).

ESCENA VII

XÓCHITL.—CORTÉS.

(Xóchitl ha quedado pensativa, y se adelanta al proscenio.—Cortés entra también pensativo, y se detiene al salir de la galería. Cortés de punta en blanco).

CORTÉS. (aparte). ¡Qué espantoso amanecer!
 ¡Si tuve el presentimiento!.....

XÓCHITL. (*aparte*). Corre, corre, pensamiento,
Y no ceses de correr.....

CORTÉS. (*aparte*). Parece que el mundo veo
Abandonado y vacío.

XÓCHITL. (*aparte*). Lo dice el delirio mío:
Lo siento; mas no lo creo.

CORTÉS. (*aparte*). Se me anuda la garganta.....

¡Ay! ¡si pudiera llorar!

XÓCHITL. (*aparte*). ¡Y no volverle á mirar!

¡Ay! esta idea me espanta.

(Se vuelve inquieta, y entonces percibe á
Cortés).

¡Señor!.....

CORTÉS. ¡Pobre niña mía!

¡Qué feliz es la inocencia!....

Flor de purísima esencia....

Blanco rayo de alegría.

(Se acerca á la mesa, y pone en ella su cas-
co y su espada).

XÓCHITL. Venís turbado, señor,
Y ha poco tumulto oí....

(*Aparte*). ¿Pero qué pasa por mí,

Que me muero de dolor?

CORTÉS. De tomarme residencia

Llegó la orden de España....

Que teman mi justa saña

Los golillas de la audiencia.

Si pensaron asustarme

Con un motin de alguaciles,

Habrán visto ya los viles

Que no pueden igualarme

Ni en grandeza, ni en valor.

Á España puedo partir,

Y pudiera hacerme oír

Del ingrato Emperador.

En verdad suelo infecundo

Es de reyes la conciencia:

Produce una residencia,

¡Y la sembré con un mundo!

El Emperador, de fijo,

Su gracia me volverá;

Pero ni el cielo podrá

(*Con honda afliccion*).

¡Volver la vida á mi hijo!

XÓCHITL. ¿Vuestro hijo?

CORTÉS. Concepcion,

Á batir á la canalla

Salí, y en fácil batalla

Vencí la conjuracion.

Á mi palacio volvía,
 Cuando miré un embozado
 Que intranquilo y recatado
 Por este balcon salía.

Al pasar cerca de mí,
 Le dí el alto, y no paró:
 Un soldado le tiró.

XÓCHITL. *(con viva exaltacion).*

Señor, ¿le mataron?

CORTÉS.

Sí.

XÓCHITL. Era Gonzalo, de hijo.

CORTÉS. Era Gonzalo, ¡Dios santo!

XÓCHITL. ¡Gonzalo!..... ¡Le amaba tanto!

CORTÉS. *(Con abatimiento).*

¡Ah! Gonzalo..... era mi hijo.

XÓCHITL. ¿Vuestro hijo?

CORTÉS. Bella y pura

Fué su desdichada madre.....

Jamas supo que su padre
 Era yo.

XÓCHITL. ¡Tanta ventura

Soñó mi amor!.....

CORTÉS. ¿Y él te amaba?

XÓCHITL. ¡Si era yo su adoracion!

CORTÉS. Ven, hija del corazon.....

XÓCHITL. ¡Padre mío!

CORTÉS. Suerte, acaba

Connmigo..... En constante riña

Tú y yo, vénceme si quieres.....

¿Mas con qué derecho hieres

El corazon de esta niña?

¿Con qué derecho á la estrella

Quitian los cielos la luz?

¿Con qué derecho una cruz

Te dan á tí, niña bella?

¿Con qué derecho á la flor

Roban los vientos su aroma?

¿Y con cuál á la paloma

Mata impío el cazador?

Viven del agua las flores,

La estrella del firmamento,

Y la paloma del viento,

Y la doncella de amores.

Y se apaga al fin la estrella.....

Y la flor pierde su aroma.....

Y matan á la paloma.....

¡Y sucumbe la doncella!.....

XÓCHITL. ¡Padre mío! yo me muero.....

CORTÉS. ¡Horrible remordimiento!.....
 En tí puse el pensamiento.....
 Quise manchar el lucero.....

XÓCHITL. Señor, á Gonzalo herido
 Yo curé la Noche Triste.

CORTÉS. ¿Tú fuíste, niña, tú fuíste?

XÓCHITL. Á su corazon unido
 El mío con santo amor,
 Nos separó la fortuna.....
 Nuestras almas eran una.....

CORTÉS. Y hoy uno nuestro dolor.....

XÓCHITL. Pensé no volverle á ver,
 Y siempre verle esperaba.

CORTÉS. La esperanza nunca acaba.....

XÓCHITL. Tras inmenso padecer,
 Llegó, y me dijo: "partamos."
 "Partamos," le dije yo.

CORTÉS. Delirio que se acabó.

XÓCHITL. Soñamos, sólo soñamos.

CORTÉS. ¡Oh dolor!

XÓCHITL. La razon pierdo. . . .

CORTÉS. Vuelve Concepcion, en tí. . . .

XÓCHITL. Estaba cerca de mí,
 Y me dijo. . . . ya me acuerdo. . . .

"Cuando despunte la aurora,
 "Iremos por los cedrales
 "De Tlálpán: allí en buen hora,
 "Se alza montaña, señora
 "De los fieros vendabales."
 "Tras del Axochco se mira
 "Mar de plátanos y palmas:
 "Allí la brisa suspira,
 "Y entre las hojas espira,
 "Para que sueñen las almas."
 "En esa inmensa region,
 "Serás la reina, la diosa.
 "Tú serás mi religion.
 "Tú serás mi patria hermosa."

CORTÉS. Niña, vuelve á la razon.

XÓCHITL. Gonzalo mío. . . ¡perderte!

CORTÉS. Lloro, tierna niña, llora. . . .

XÓCHITL. (*Acercándose al balcon*).

¡Qué hermosa brilla la aurora! . . .

Tambien aurora es la muerte.

¿Oís, señor, ese canto?

Es un cezontli amoroso. . . .

Es Gonzalo, sí, es mi esposo. . . .

Me lláma. . . ¡me amaba tanto!

Es azteca tradicion
 Que el alma buena, á la muerte,
 En pájaro se convierte
 Que gime triste cancion. . . .
 Del tecolote espantoso
 No es la voz. . . es el acento
 De Gonzalo. . . aquí lo siento. . .
(Señalándose el corazon).
 Es un cezontli amoroso.
 CORTÉS. ¡Concepcion!
 XÓCHITL. ¿Veis esa estrella?
 CORTÉS. La estrella de la mañana.
 XÓCHITL. Es Quetzalcoátl que engalana
 Los cielos. . . ¡Qué luz tan bella!
 Era tradicion que un día
 Quetzalcoátl, en son de guerra,
 Á conquistar esta tierra
 Por Oriente llegaría.
 Quetzalcoátl blanco y barbado
 Vino al fin. . . y su pasion
 Conquistó mi corazon. . .
 Fué mi Gonzalo adorado.
 Del sol al primer destello
 Quetzalcoátl se va muriendo. . .

Me lláma. . . sí. . . le estoy viendo. . .
 ¡Era Gonzalo tan bello!
 Sin él no puedo vivir. . . .
 Dadme ese puñal, señor.

(Se avanza á querer tomar el puñal de la cintura de Cortés; éste la retira con la mano, y le vuelve la espalda. En ese momento sale Marina, ve lo que pasa, y tomando de la mesa la espada, se la da á Xóchitl).

MARINA. *(muy quedo á Xóchitl).*

Toma, esta espada es mejor.

(Xóchitl se la clava en el pecho, mientras Cortés no la ve. Marina con aire de venganza se arrima á la pared).

XÓCHITL. Mi bien, te voy á seguir. . . .

CORTÉS. *(Levantando á Xóchitl que ha caído sin sentido, herida de muerte, y colocándola en un sillón).*

¡Hija mia! ¡Hija mia!

ESCENA VIII

XÓCHITL—MARINA—CORTÉS—BERNAL DÍAZ

(entrando).

BERNAL. Señor, ¿qué pasa?

CORTÉS. Se muere. . . .

BERNAL. Esperad. . . tal vez. . .

CORTÉS (con desesperación). ¿Qué espere,

Y la miro en la agonía?

(La actriz irá manifestando los diversos síntomas de la muerte).

MARINA. (siempre contra la pared).

¡La traidora! ¡La traidora!

XÓCHITL. ¡Mi Gonzalo! . . .

CORTÉS. Vuelve en tí. . . .

Hija, vive para mí. . . .

XÓCHITL. Lloro, padre mío, llora. . . .

(Pausa).

CORTÉS. Para que el mundo memoria

Guarde de la india inocente,

Que a mi hijo curó clemente,

Yo levantaré en tu gloria,

Grandioso Hospital; que exijo

Que tu santa deuda cúbres.

Que curen allí á los pobres,

En memoria de mi hijo.

De la Pura Concepcion

Se llamará el hospital.

Y pues hice tanto mal,

Que haga algun bien es razon.

Con tu mismo nombre harán,

En recuerdo de aquel día

Que te conocí, hija mía,

Monasterio en Coyuacan.

Allí se guardará pura

Entre monjas tu memoria:

Y para enterrar mi gloria,

Allí harán mi sepultura.

XÓCHITL. Adios, padre.

CORTÉS. ¡Hija mía!

BERNAL. ¡Qué desgracia, justos cielos!

MARINA. De esa muerte tengo celos.

XÓCHITL. ¡Morir con él! . . . ¡qué alegría!

CORTÉS. ¡Cuántos males mi furor

Te causó, niña adorada!

Tu patria ves aherrojada,

Y muerto miras tu amor.

Tal vez mi nombre maldito

Oiga la posteridad. . . .

Ruegue por mí tu piedad. . . .

¡Qué! ¿conquistar es delito?

XÓCHITL. Lo hicisteis por vuestro Dios;

Lo hicisteis por vuestro Rey:

De estos tiempos es la ley. . . .

Al tiempo culpo, no á vos.

Mañana vuestros errores

Perdonarán con razon. . . .

(Dirigiéndose á Marina).

Pero nunca habrá perdon,

Jamas para los traidores.

Si á la patria en su demencia,

Ataron á extraño yugo;

Los perdonará el verdugo,

¡Pero nunca la conciencia!

MARINA. ¡La traidora! ¡La traidora!

BERNAL. *(elevando las manos al cielo).*

Señor, véla con piedad.

CORTÉS. ¡Ojos de fuego, llorad!

XÓCHITL. Lloro, padre mío, llora. . . .

(Pausa).

Abre tu cielo, Tlaloc,

Abre tus jardines bellos,

Que va á descansar en ellos

La hermana de Cuauhtemoc.

CORTÉS. ¿De Cuauhtemoc?

XÓCHITL. De mi vida

Era el secreto. . . . yo muero

Con una raza. . . . tu acero,

Señor, fué el arma homicida. . . .

(Al oír Cortés estas palabras, se fija en la espada y dice á Marina):

CORTÉS. ¿Y fuiste tú, desdichada?

MARINA. *(alejándose)* ¡La traidora!

CORTÉS. ¿Y esa hoja,

De una estirpe en sangre roja,

Pudo un día ser mi espada?

Bernal Díaz del Castillo,

Al momento partirás.

(Dirigiéndose á Marina).

Marina, con él irás:

Te espera Juan Jaramillo.

(Marina inclina la cabeza agobiada).

XÓCHITL. En mis oídos. . . . ya. . . . zumba. . . .

Ruido mortal. . . . mi memoria. . . .

Amor..... esperanza..... gloria.....
 ¡Un hospital.... y.... una.... tum....ba!...

(Espira.—Cortés deja caer la cabeza sobre su brazo, que ha puesto en el respaldo del sillón.—Bernal se arrodilla.—Marina vuelve la cara, cubriéndose con las manos.—Entra el primer rayo de sol, y cae sobre la frente de Xóchitl.—Se oye la campana de la iglesia, que suena lentamente, y el órgano de San Francisco el Viejo.—El telón ha ido bajando poco á poco).

FIN DEL DRAMA.

ALARCON

LOS

AMORES DE ALARCON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Amor..... esperanza..... gloria.....
 ¡Un hospital.... y.... una.... tum....ba!...

(Espira.—Cortés deja caer la cabeza sobre su brazo, que ha puesto en el respaldo del sillón.—Bernal se arrodilla.—Marina vuelve la cara, cubriéndose con las manos.—Entra el primer rayo de sol, y cae sobre la frente de Xóchitl.—Se oye la campana de la iglesia, que suena lentamente, y el órgano de San Francisco el Viejo.—El telón ha ido bajando poco á poco).

FIN DEL DRAMA.

ALARCÓN

LOS AMORES

DE ALARCÓN

LOS

AMORES DE ALARCÓN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS AMORES

DE

ALARCON.

Poema Dramático

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ORIGINAL

De Alfredo Chavero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



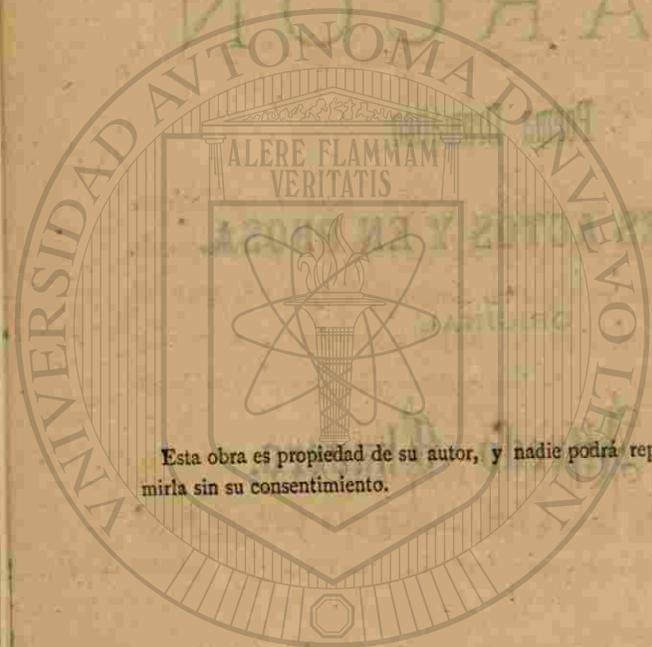
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

Tipografía de Gonzalo A. Esteva.

Calle de Santa Isabel, número 2.

1879.



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá representarla ni reimprimirla sin su consentimiento.

México, Junio 1.º de 1879.

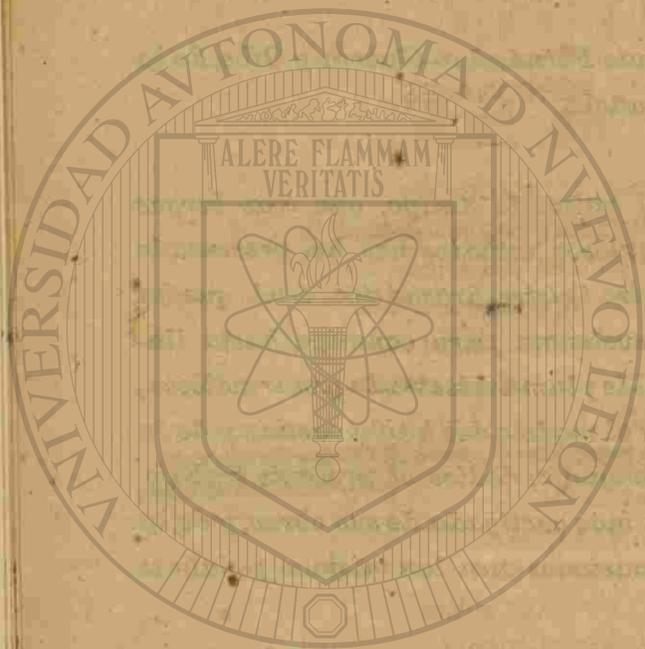
Al Sr. D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, de la Academia Española.

A vd., muy estimado amigo, que tras largas veladas y fructuosos estudios nos ha presentado reditivo á nuestro ilustre dramático; á vd. que ha llevado su benevolencia para conmigo, hasta llamar á mi humilde pluma adestrada y maravillosa; á vd. que es hoy el modelo del habla castiza y de la galanura del lenguaje; dedico el presente trabajo, inspirado en la más castigada de sus obras, y de la que en varias ocasiones áun las mismas palabras he tomado.

Bizarria ha sido en vd. aceptar mi dedicatoria; gratitud en mí el ofrecerla.

Permitame vd. con este motivo, que le repita las seguridades de mi sincera amistad.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ALFREDO CHAVERO. ®



PERSONAJES.

D. JUAN RUIZ DE ALARCON.
JERÓNIMA DE BÚRGOS, comediante.
JUAN MORALES, autor de título.
JUSEPA VACA, su mujer, comediante.
EL CONDE DE VILLAMEDIANA.
EL DOCTOR SUÁREZ DE FIGUEROA.
QUEVEDO.
MONTALBÁN.
MIRA DE AMESCUA.
VÉLEZ DE GUEVARA.
SALAS BARBEDILLO.
ANDRES DE CLARAMONTE.
UN CRIADO DEL CORRAL.
COMEDIANTES, CORCHETES Y COMPARSAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

La escena pasa en la villa de Madrid, en el corral del Príncipe, el año de 1619.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO.

Tablado del corral.—Decoraciones y utensilios en desórden.—Sillas de madera blanca.—Mesa de idem, con carpeta de balleta y útiles ordinarios de escritorio.

ESCENA I.

JUAN MORALES, ESCRIBIENDO.—DESPUES VILLAMEDIANA.

MORALES. *(Suspendiendo su escritura.)* Ufanaos con las glorias del labrador Isidro, piadosos madrileños. Cuéntanme que centenares de poetas discurren en su celebridad versos famosos; que se afanan los polvoristas en arreglar ruedas y cohetes; y que se prepara procesion de pendones, cruces, cofradías, clero, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares, con ciento cincuenta y seis estandartes, diez y nueve danzas, y muchos ministriles, trompetas y chirimías. Bien hizo la santidad de Paulo V con decretar la beatificación. Con razon los plateros terminan á toda priesa el arca suntuosa en que han de depositarse las reliquias del santo, y que, sin poner en cuenta la mano de obra, cuesta ya diez y seis mil ducados. Buena pro hayan; que yo habré la mía, si la famosa comedia que preparo para el día de la fiesta, agrada tanto á los piadosos como á los mosqueteros y á los señores, más que por sus espadas, de temerse por sus pitos y llaves con que á silbos hunden cualquiera comedia. No así con la que entre manos traigo; que dicenme que será protegida por la hueste mujeril; y ante hueste tal, pitos y llaves cállanse, y sólo sueñan corazones con palpar violento.

VILLAMEDIANA. *(Entrando.)* Guárdete el cielo, Juan Medrado.

MORALES. Déjese de burlas el señor conde, que bien sabe que me llamo Juan Morales Medrano; que de medrados ya no es tiempo, ni los hay ya por la villa.

VILLAMEDIANA. Zumbon estás, Juan. Mas dime: ¿cuándo llegaste? ¿cuánto tiempo estarás aquí? ¿qué piensas hacer, y?.....

MORALES. Y qué comediantas tengo: ¿no es verdad?

VILLAMEDIANA. Pues bien, sí: quiero saberlo.

MORALES. Voy á satisfaceros el gusto. No sé si vuestros viajes os han hecho ignorar ú olvidar la Real cédula sobre compañías de recitantes y la Reformation de comedias mandada hacer por el Concejo. En letras de molde pueden leerse en una tabla á la entrada del corral. En su virtud, soy autor de título por dos años, y tengo la mejor compañía de faranduleros; todos traen consigo sus mujeres, y visten con decencia á placer del señor consejero comisario.

VILLAMEDIANA. Según eso, estará contigo tu mujer, la gallarda Jusepa Vaca.

MORALES. Sí, señor conde.

VILLAMEDIANA. Alegrome de ello.

MORALES. Señor conde.....

VILLAMEDIANA. ¿Sigues siendo celoso?

MORALES. Señor, mi mujer es honrada.

VILLAMEDIANA. Sé que es calumnia lo que de ella dijeron; de si tuvo ó no tuvo amoríos con el conde de Peñafiel.

MORALES. Calumnia infame.

VILLAMEDIANA. Murmuran, sin embargo, que de noche andas como alma en pena, con la tajante desnuda en la diestra, y una vela en la siniestra mano, recorriendo sótanos y desvanes, ó en figura gátesca por cuevas y tejados, en busca de amantes imaginarios. Verdad es que yo he defendido á tu esposa. ¿No has leído el soneto que al efecto hice?

MORALES. No, señor; pero pudiera vuesa merced dejar á los cómicos en paz.

VILLAMEDIANA. Escúchalo. Tú le hablas á Jusepa.

“Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa

Esta corte del Rey; cordura tenga;

Mire que el vulgo en murmurar se venga,

Y el tiempo siempre sin hablar avisa.”

Aquí le sacas y muestras un Cristo, y prosigues:

“Por esta santa y celestial divisa,

Que de hablar con los príncipes se abstenga;

Y aunque uno y otro duque á verla venga,

Su marido no más, su honor, y misa.”

“Dijo Morales, y rezó su poco.

Mas la Jusepa le responde airada:

“¡Oh, lleve el diablo tanto guarda el coco!

¡Mal haya yo, si fuere más honrada!”

Pero, como ella es simple y él es loco,

Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.”

¿Qué te parece mi soneto? Ya ves que te defiendo.

MORALES. En cuanto al soneto, paréceme muy bueno; pero en cuanto á la defensa, gracia muy señalada me haría si no me defendiese.

VILLAMEDIANA. (Con burla). Eres un ingrato.

MORALES. No extrañe su señoría el que me sorprenda de su visita intempestiva.

VILLAMEDIANA. No te espantes, que tu mujer no es de mi gusto; pues aunque su conmovedora voz y su modo incomparable de sentir y expresar, unido al juego de sus ojos y á la gallardía de su talle, roban los corazones más duros, yo tengo para mí, que no va descaminado el Fénix de los ingenios al extrañar que haya quien por tu Jusepa se despepita y quien la apetezca, Vaca que viene de dos crías, más amarilla que la cera.

MORALES. Es, señor conde, que en el marido hay dos temores: el uno, que amen á su mujer por sus merecimientos; el otro, que si no los tiene, y tras de su fealdad está abroquelada, cuando no la amen, ella sea la apasionada; que la una cosa como la otra, da el mismo resultado,

VILLAMEDIANA. Pero vamos á lo que me trae por tu farándula. ¿Cuánto tiempo estarás por la villa, y desde cuándo comienzas tus tareas?

MORALES. Trabajaré, como es de costumbre, todas las tardes, desde las cuatro, y el tiempo de dos meses, que mayor temporada no se permite á una compañía de farsantes. Ya están todos completos, pues aunque me hacía falta una dama, pedí que me embargaran á la Jerónima que en Toledo se encontraba, y el alguacil arrancó allá á traérmela, que primero son las compañías reales y de título que los faranduleros de la legua. ¡Y qué envidioso se pondrá Pinedo, el autor del corral de la Cruz, al saber que yo tengo á la famosa comedianta!

VILLAMEDIANA. Dicen que es ingeniosa.

MORALES. Es la mejor farsanta.

VILLAMEDIANA. Agregan que es bella.

MORALES. Y frágil.

VILLAMEDIANA. Murmurador eres.

MORALES. Preguntadlo al Sr. Lope de Vega, que para ella escribió *La dama boba*, por hallarla fresca, sana, juguetonica y alegre, y saberle de perlas su malicia y hermoso rostro. Él os contará lo que pasó en Segovia, á 23 de Setiembre del año 13, cuando le aposentó en su casa. No me hubiera gozado en aderezar mi compañía con mujer tan deshonesto, si el poeta no lo hubiese exigido para su obra.

VILLAMEDIANA. ¿Tienes muchas comedias?

MORALES. Muchas me traen, que en cestos pudieran tirarse. No hay barbilampiño que machuque algunos versos, que no quiera ser poeta dramático. Hoy despaché con cajas destempladas á un mozalvete que se firma D. Pedro Calderon Riaño, y á quien otros dicen De la Barca, que me leyó un papasal llamado *La vida es sueño*. Aconsejéle que lo corrigiese y retocase, y corrido se fué, ofreciendo no darlo á las tablas hasta haber empleado muchos años en componerlo. Ya tiene con su comedia para mucho tiempo; acaso para una eternidad.

VILLAMEDIANA. Tal vez digas la verdad sin saberlo, y esa *Vida es sueño* sea eterna en la inmortalidad.

MORALES. ¡Pues buenos son la brega y trasiego en que nos traen los poetas! Pero yo ya tengo mi comedia. Es de un indiano, á quien no pago más que los 600 reales de la tasa, y que infundirme no puede celos, porque es coreovado.

VILLAMEDIANA. ¿Acaso D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza?

MORALES. El mismo.

VILLAMEDIANA. ¿Y su comedia se llama?

MORALES. *La verdad sospechosa*.

ESCENA II.

DICHOS Y JUSEPA, QUE ENTRA POR EL BASTIDOR, FORO IZQUIERDA.

JUSEPA. ¿Está por Madrid el señor conde? Habíase dicho que desterrado se hallaba de orden real.

MORALES. Bachillera, habladora y preguntona estás.

VILLAMEDIANA. No tanto, Juan; que algo de eso me trae á tu tablado. Pero temo los agravios de Jusepa. Tengo sobre mí el pecado de cierto soneto.

JUSEPA. Propio es de maldicientes hacer burla hasta de las veras. No seré yo quien rencor guarde al poeta, ni pida su castigo; que bastante lo tiene en vivir maldiciendo; alacran que acabará por picarse con su propia ponzoña, y morirá abandonado, porque todos de esa misma ponzoña huirán medrosos.

VILLAMEDIANA. Cruel eres.

JUSEPA. Nunca es crueldad el perdon.

VILLAMEDIANA. Leccion me das de nobleza, pues siempre lecciones tales dan á los hombres las damas.

JUSEPA. Con vuestra venia.

VILLAMEDIANA. Espera. Por bizarrear en la corte más de lo que gusta al Monarca, hállome en desgracia. Pero á la nueva de que Su Magestad cayó enfermo de vuelta de Lisboa, y se encuentra en Casa-Rubios, apresuréme á venir de ocultas á Madrid. Cercan al Rey el cardenal Zapata, los duques de Uceda, Infantado, Sessa y Pastrana, el Almirante de Castilla y otros muchos nobles y títulos. Falta el conde de Villamediana, que no está en favor; pero vengo á esperar que alzado el nuevo Rey, me lo devuelva. Verán entónces mis enemigos, si, como siempre, gallardeo y triunfo con damas bellas y con políticos entecados. Juan, vas á darme hospitalidad.

MORALES. Yo.

VILLAMEDIANA. Me la negará el miedo del hombre; no el corazon de la mujer.

JUSEPA. Sois nuestro huésped, señor conde.

VILLAMEDIANA. Es preciso que nadie me conozca. Me pondré un disfraz. Daré al traste con mi bigote y con mi pera. En mis narices montaré unas gafas verdes. Armaré sobre mi cabeza tondada un peluquin alazan. Y á semejanza del poeta de este corral, me adobaré dos soberbias gibas. Hecho así un jorobeta ó un D.

Corcova, seré el apuntador. Fingiré para más propiedad la voz gangosa, que costumbre es en los apuntadores, y muy antiguo privilegio, el que sean los primeros en estropear los versos de las comedias, teniendo el singularísimo ingenio de no hacerse entender de los comediantes, que á dos palmos tienen, y en cambio dejarse oír claramente por todos los ámbitos del corral. Ya veis que conozco mi oficio. Lo desempeñaré á maravillas.

MORALES. Pero eso es una locura....

VILLAMEDIANA. Pudiera en ello irme la cabeza....

MORALES. Y á mi el verme zarandeado en la picota....

JUSEPA. Os pondremos tan disfrazado, que hagáis reir con sólo que os miren al rostro. Me debéis una venganza por el soneto.

MORALES. ¡Mujer!

JUSEPA. Está dicho.

MORALES. Pero un gran señor convertido en un hazme reir, en un bufon...

VILLAMEDIANA. No creas, buen Morales, que es el cambio tan grande. Murmúrase más en la corte que en el teatro, sin que haya allí el gracejo que aquí, gracejo que es oro de subidos quilates. Aquí la sátira muestra alegría, y mueve el corazón á chanzas y burlas, y los labios á risas. Allá es el satirizar, ya no desabrimiento y desacato, sino veneno que se infiltra en el sér calumniado, y que poco á poco le mata la vida, ó la honra que en mucho más que la vida vale.

MORALES. Anda por ahí cierto alegre librejo de un manco Cervantes, con más donaires y flores de ingenio, que las que de atavío sirven al jardín del regidor Juan Fernández.

VILLAMEDIANA. ¿Has oído mi copla?

“¡Buena está la torrecilla!

¡Tres mil ducados costó!.....

Si Juan Fernández lo hurtó,

¿Qué culpa tiene la villar?”

JUSEPA. Hablamos de maldicientes, y maldecís siempre, señor conde.

VILLAMEDIANA. Cúrame con las palabras del de Lepanto.

MORALES. Dice: “Los satíricos, los maldicientes, los malintencionados, son desterrados y echados de sus casas, sin honra y con vituperio, sin que les quede otra alabanza que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos.”

VILLAMEDIANA. Gracias, Juan, por la parte que tocarme pudiera.

MORALES. Dádselas á Miguel de Cervantes, señor conde.

VILLAMEDIANA. Pues siguiendo el discurso de mis ideas, digo que nada se parece tanto al palacio de los reyes, como un corral de comedias.

Es el autor de título el monarca, que tiene que arreglar todo á sabor del pueblo ó público, y nada arregla. Atribúlanle con sus pretensiones mil poetas, que quieren que su comedia sea la preferida, y no sabe el autor cómo escoger un ministro, quiero decir, un poeta. El pueblo ó público, paga para que mal le gobiernen ó malos entremeses le regalen. Bien es verdad que á veces desahoga sus iras con silbos y naranjazos. Luchan los faranduleros entre sí por emulacion y amor al arte, y los palaciegos por bajeza y por acaparar rentas. Comediante sé que odia á otra, porque le ha quitado un papel en que se prometía recoger copiosa cosecha de aplausos y vitores, mientras que un cortesano aborrece al que le ha arrebatado el altísimo puesto de ministro, porque le privó del placer de cometer en él villanías sin cuento. Ves que son iguales el palacio y el tablado. Tablado de infamias el palacio. Palacio de glorias el tablado. Déjame, pues, en él. Sea yo feliz con ser por breves días cortesano ó bufon en el templo de tu gloria.

JUSEPA. Vamos.

MORALES. No: yo disfrazaré al señor conde. Espérame aquí.

VILLAMEDIANA. (*Véndose*). Celoso insoportable eres, Juan Morales.

MORALES. (*Véndose*). No dejo que la Reina con el cortesano se confunda.

VILLAMEDIANA. Chistoso estás.

MORALES. El apuntador desde su concha solamente puede hablar á la farsanta. Son reglas del corral.

(*Se van*).

ESCENA III.

JUSEPA.—DESPUES FIGUEROA.

JUSEPA. Interésame este conde tan mal decidir. Ya tendría que temer el Sr. Juan Morales Medrano, mi marido, si mi corazón, caprichoso como de mujer, no estuviere arrobado con el poeta más contrahecho que en tablados ha pisado.

Yo hubiera preferido el papel de Doña Jacinta al de Doña Lucrecia; pero por ahora de boga está la Jerónima. Llévase ella el papel, si yo logro los amores del poeta.

FIGUEROA. (Entrando). Pensativa estás, Jusepa.

JUSEPA. Salve, satélite del monstruo de la naturaleza.

FIGUEROA. Lllaman así á mi maestro el Sr. Lope de Vega Carpio, porque ha escrito muchas comedias. Lleva, es verdad, hechas más de ochocientas, y piensa doblar si con la vida cuenta.

JUSEPA. Llámamle así, por ser muchas y buenas.

FIGUEROA. No piensa tal tu marido.

JUSEPA. Loco estuviera, y diría que el Sr. Lope es el Fénix de los ingenios.

FIGUEROA. Me cuentan que prefiere una del corcovado.

JUSEPA. En el plazo de veinte días, que es el señalado por los reglamentos, se pondrá en escena; y pudiera ser que ántes, según la priesa que se dan para las fiestas.

FIGUEROA. Le dolerá á D. Lope no ser el poeta en tales festividades, que pues son en honor de un santo, más cuadraba su hábito para ellas que las indianas corcovas, si bien no hay feria ni procesion sin figurones.

JUSEPA. No tienen corcovas las comedias de D. Juan.

FIGUEROA. Bellas son, Jusepa; y yo las admiro y siento envidia. No lo creerás. Lope mismo, el más celebrado, el más mimado de los poetas, deja que sus gozquecillos, capitaneados por Montalvan y por mí, muerdan á cualquiera que se levanta. Pero hoy, apenas osan ladrar al jorobeta, desde que los vapuló de lo lindo en *Las paredes oyen*.

JUSEPA. ¡Qué hermosa comedia!

FIGUEROA. Hermosa es en extremo; pero con ella arrebató á mi maestro la gloria de su *Premio del bien hablar*.

JUSEPA. ¿Y por eso ya busca el del mal decir?

FIGUEROA. No, Jusepa. Su envidia no es rastrera, que es emulacion. Envidia una comedia, y de ella se venga, haciendo otra mejor. Pero tanto bueno le han dicho de *La verdad sospechosa*, que teme no poder superarla. Es necesario que desconocida permanezca. Si es preciso, ocurriré á nuestro aliado el inquisidor Aliaga.

JUSEPA. Perderíais á D. Juan.....

FIGUEROA. Despues con versos de oro Lope levantaria su gloria. Son las comedias de éste, agradable pasatiempo; son las del giboso, profunda verdad de todos los tiempos y de todas las naciones. Si ya me finjo celoso que proclaman á *La verdad sospechosa* como la primera obra del teatro español. Figúrome ya que los ingenios franceses á su habla la trasladan y la imitan, fundando nueva escuela inmortal. Derráma Lope en sus comedias raudales de astros que deslumbran y suspensos dejan los sentidos; y Alarcon, sin poner en ello mientes, vierte en las suyas la moral y la virtud unidas. Tienen las de mi maestro algo de la pasmosa sublimidad del firmamento. Tienen las suyas mucho de la tierna dulzura de la luz que se esparce y enciende ese mismo firmamento. Las del monstruo de la naturaleza brillan y se ostentan como la creacion: las del monstruo de las corcovas se sienten y se ocultan como el Creador. Lope le envidia. Yo le odio. Es necesario que *La verdad sospechosa* no se conozca.

JUSEPA. De conocerse ha, y será inmortal.

FIGUEROA. Entusiasmada estás con D. Talegas. No vayas á caer en amarle por feo.

JUSEPA. (Yéndose). Seguro es que no caeré en amaros por necio y deslenguado.

ESCENA IV.

FIGUEROA.—DESPUES VILLAMEDIANA YA DISFRAZADO.

FIGUEROA. No hay que contar con la tropa del corral. Descúbrese de á legua que la cómica ama al corcovado. Le buscaré á él mismo; le espantaré con amenazas. No le conozco de rostro, aunque

de ingenio demasiado; pero trazas me daré de verle, y tales, que hoy mismo dejemos arreglado este negocio.

(Hace movimiento de irse).

VILLAMEDIANA. (Entrando.) Guarde el cielo al doctor por Salamanca, D. Cristóbal Suárez de Figueroa.

FIGUEROA. (Aparte.) Me conocía. (Alto.) Gloria sin par á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

VILLAMEDIANA. (Aparte.) Por el dramático me toma. Sigámosle la chanza.

FIGUEROA. Grave empeño con vos tengo.

VILLAMEDIANA. Ved si desempeñaros me es posible.

FIGUEROA. Ceded el puesto de las fiestas al Sr. D. Lope de Vega Carpio.

VILLAMEDIANA. Ceder es.

(En toda esta escena debe marcarse mucho el carácter zumbón del conde).

FIGUEROA. Hermánanse más bien con ellas, versos que produce un poeta que viste hábito santo.

VILLAMEDIANA. ¿Quién, Lo-pillo?

FIGUEROA. No cuadra bien en vos, apodarle con la frase inventada por el de Villamediana, ese galancete de capa y espada, que abofetea honras con la lengua, y con coplas desapiadadas, apurando el seso, ofende con impertinencias el blanco rostro del papel.

VILLAMEDIANA. No me trazéis la figura de maldiciente tal. Pues os digo que peor que él, sólo he conocido á vos por las palabras, y á Lope por las obras. Recordad la espinela de Góngora, en que, como en estampa, se ve á Lo-pillo.

“Cuando fué representante,
Primeras damas hacia;
Pasóse á la poesía
Por mejorar lo bergante.
Fué paje, poco estudiante,
Sempiterno amancebado,
Casó con carne y pescado;
Fué familiar y fiscal,
Y fué viudo de a-rribal;
Y sin orden, ordenado.”

FIGUEROA. Insolente estáis; y quedad advertido de que si en ceder no consentís, os pondrá á buen recaudo el inquisidor y confesor real Fray Luis de Aliaga. Pues contento está de cómo le habéis

puesto de peras en *La crueldad por el honor*. Para sí ha tomado al embaidor Nuño de Aulaga, que Aulaga y Aliaga son la misma espinosa planta; y aquello de

“Libreme Dios
De un rüin puesto en oficio.”

VILLAMEDIANA. Tomó tambien para sí el Sancho de D. Quijote.

FIGUEROA. Y Cervantes murió miserable.

ESCENA V.

DICHOS Y ALARCON, QUE HA OÍDO LAS ÚLTIMAS FRASES.

ALARCON. Algun día la historia tildará de infame la alianza de Aliaga y de Lope.

FIGUEROA. ¡Otro corcovado! ¿Quién sois?

ALARCON. El licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

FIGUEROA. ¿Y vos?

VILLAMEDIANA. Dícenme, no sé si por mote, Alarcon, y soy apuntador, y, si falta hace, gracioso de la tropa de Morales. Y pues vuestracomerced traen negocio pendiente, y á mi nada de ello se me importa, voyme á reposar los miembros, y no digo á estirarlos, porque los del señor poeta y los míos, de por sí están encojidos y como arrebuados en nuestras corcovas.

(Se va).

de ingenio demasiado; pero trazas me daré de verle, y tales, que hoy mismo dejemos arreglado este negocio.

(Hace movimiento de irse).

VILLAMEDIANA. (Entrando.) Guarde el cielo al doctor por Salamanca, D. Cristóbal Suárez de Figueroa.

FIGUEROA. (Aparte.) Me conocía. (Alto.) Gloria sin par á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

VILLAMEDIANA. (Aparte.) Por el dramático me toma. Sigámosle la chanza.

FIGUEROA. Grave empeño con vos tengo.

VILLAMEDIANA. Ved si desempeñaros me es posible.

FIGUEROA. Ceded el puesto de las fiestas al Sr. D. Lope de Vega Carpio.

VILLAMEDIANA. Ceder es.

(En toda esta escena debe marcarse mucho el carácter zumbón del conde).

FIGUEROA. Hermánanse más bien con ellas, versos que produce un poeta que viste hábito santo.

VILLAMEDIANA. ¿Quién, Lo-pillo?

FIGUEROA. No cuadra bien en vos, apodarle con la frase inventada por el de Villamediana, ese galancete de capa y espada, que abofetea honras con la lengua, y con coplas desapiadadas, apurando el seso, ofende con impertinencias el blanco rostro del papel.

VILLAMEDIANA. No me trazéis la figura de maldiciente tal. Pues os digo que peor que él, sólo he conocido á vos por las palabras, y á Lope por las obras. Recordad la espinela de Góngora, en que, como en estampa, se ve á Lo-pillo.

“Cuando fué representante,
Primeras damas hacia;
Pasóse á la poesía
Por mejorar lo bergante.
Fué paje, poco estudiante,
Sempiterno amancebado,
Casó con carne y pescado;
Fué familiar y fiscal,
Y fué viudo de a-rribal;
Y sin orden, ordenado.”

FIGUEROA. Insolente estáis; y quedad advertido de que si en ceder no consentís, os pondrá á buen recaudo el inquisidor y confesor real Fray Luis de Aliaga. Pues contento está de cómo le habéis

puesto de peras en *La crueldad por el honor*. Para sí ha tomado al embaidor Nuño de Aulaga, que Aulaga y Aliaga son la misma espinosa planta; y aquello de

“Libreme Dios
De un rüin puesto en oficio.”

VILLAMEDIANA. Tomó tambien para sí el Sancho de D. Quijote.

FIGUEROA. Y Cervantes murió miserable.

ESCENA V.

DICHOS Y ALARCON, QUE HA OÍDO LAS ÚLTIMAS FRASES.

ALARCON. Algun día la historia tildará de infame la alianza de Aliaga y de Lope.

FIGUEROA. ¡Otro corcovado! ¿Quién sois?

ALARCON. El licenciado D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

FIGUEROA. ¿Y vos?

VILLAMEDIANA. Dícenme, no sé si por mote, Alarcon, y soy apuntador, y, si falta hace, gracioso de la tropa de Morales. Y pues vuestracomerceds traen negocio pendiente, y á mi nada de ello se me importa, voyme á reposar los miembros, y no digo á estirarlos, porque los del señor poeta y los míos, de por sí están encojidos y como arrebuados en nuestras corcovas.

(Se va).

ESCENA VI.

ALARCON.—FIGUEROA.

FIGUEROA. Dispéñeme el señor poeta el error, y si le tomé por el hombre del peluquin y de las gafas. Bien sabía que usaced era un licenciado, que en el hábito de su profesion presume de atildado y limpio, vistiendo bien cortada sotanilla, capa de gorgoran de Nápoles, siempre lustroso, crujidor y casi por estreñar, sin ser ménos lucido en el restante ornato de zapato, medias y ligas, cuello, sombrero y guantes.

ALARCON. Agregad, según vosotros los partidarios de Burguillos, y para completar mi retrato: un advenedizo, que tiene osadía para pretender graves oficios, y se imagina con dicha para alcanzarlos, y ánimo para ejercerlos y gobernar el mundo; en fin, un contrahecho, descolorido y flaco, de frente ancha y despejada, melancólicos ojos, chupado de mejillas y puntiagudo de barba. Bien puede Lope zaherirme, dando mal aliento á mi boca, y haciéndome rana en la voz y en la figura.

“Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defectos,
Graceja con apodar
Lo que otro tiene en el cuerpo.”

FIGUEROA. El Sr. D. Lope.....

ALARCON. Causa fué y motivo de las desdichas de Cervántes. ¿Pero qué pudo su consorcio con la Inquisicion y con Aliaga? Las naciones aprenderán el habla de Castilla en el Quijote, para leer las obras inmortales de Lope de Vega.

FIGUEROA. Cédelle las fiestas, y retirad vuestra comedia.

ALARCON. Nunca.

FIGUEROA. Es él el Fénix de los ingenios.

ALARCON. También yo soy poeta.

FIGUEROA. Noble es, y de vos se dice que si usáis la D de don, es como la media figura de vuestro cuerpo; y pues dos jibas tenéis, bien podríais usar dos DD ó dos dones. Veis que más bueno que vos, es el de Vega Carpio.

ALARCON. “¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
Como caballero, el serio.
¿Quién dió principio á las cosas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos:
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo, ó ser bueno.”

FIGUEROA. Es él gloria de España, y vos indiano.

ALARCON. Sí, indiano. Miré la luz primera en la hermosa ciudad que llama México. Puso el cielo para cubrirla, purísimo dosel azul sin nubes, que en las tranquilas y perfumadas noches, ataviase de astros resplandecientes, que asemejan lluvia de diamantes sobre manto real. Cércanla lagunas de refrescadoras aguas que se galardonan con sus islas movedizas de flores, que más creyéranse cestos del paraíso, según aparecen, ya de color vergonzoso cubiertas de rosas, ya de subido rojo sembradas de amapolas. Templos y palacios levántanse en ella desafiando á los más bellos palacios y catedrales. Móra en su Universidad tanta ciencia como en las salmantina y complitense. En ella comencé mi vida estudiantézca; en ella recibí la abogacía. En aquella santa tierra, la musa mis primeras comedias inspiróme. Es noble hija de España, y nobles son sus hijos. En el valle en que se aduerme, como infante en bellísima cuna, se oyeron los cantares de Netzahualcóyotl, y le parecían á Cuauhtémoc las ardientes brazas lecho de rosas. Apodadme indiano. ¡Si ser hijo de México me parece ya gloria bastante!

Allí las fiestas, bailes, representaciones y farsas de devoción, han formado escuela tan gallarda y tan robusta, que producirá en nuestros corrales de España autos sacramentales que pasmarán á las musas. De allí traje el amor al teatro y sus enseñanzas. Negadme el título de poeta: México me aclamará su primer autor dramático.

FIGUEROA. Si me parecéis vanidoso, y sobre vanidoso villano.

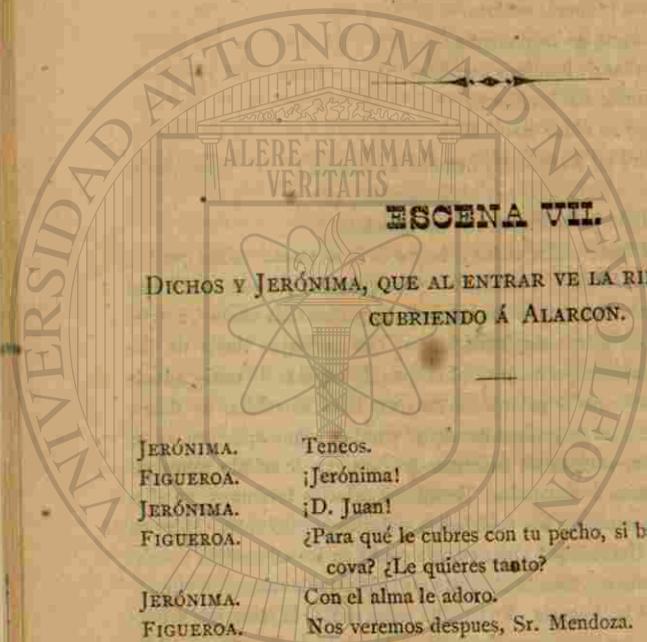
ALARCON. Mofaos de mis comedias y de mis corcovas, que vuestras mofas, más que ira, desprecio me producen; pero en llamarme villano reportaos.

FIGUEROA. Si no sé para qué en la cinta lleváis espada.

ALARCON. (*Desenvainando*). Para azotaros la maldiciente lengua.

FIGUEROA. Va á sangraros la jiba, por haceros bien y buena obra, la espada de Figueroa.

ALARCON. ¡Ah! ¿sois vos? (*Riñen*). Me parece que sois tan impotente de lengua como de mano.



ESCENA VII.
DICHOS Y JERÓNIMA, QUE AL ENTRAR VE LA RIÑA, Y SE PRECIPITA CUBRIENDO Á ALARCON.

JERÓNIMA. Teneos.

FIGUEROA. ¡Jerónima!

JERÓNIMA. ¡D. Juan!

FIGUEROA. ¿Para qué le cubres con tu pecho, si bastante coraza es su corcova? ¿Le quieres tanto?

JERÓNIMA. Con el alma le adoro.

FIGUEROA. Nos veremos despues, Sr. Mendoza.

(*Se va*).

ESCENA VIII.

ALARCON.—JERÓNIMA.

JERÓNIMA. ¿Querían mataros? ¡Apagar pretendían la luz de mis ojos y el astro de la escena española! ¿Qué no saben los hombres que yo con el ánima y con el corazón os quiero? ¿Ignorar pudie-

ran acaso que el autor de *La verdad sospechosa* es inmortal, pues matar necios pretenden á quien tiene vida mientras dure sonora y poderosa el habla de Garcilazo? Tiniebla es la envidia, y de su antro quiere alzarse gigante para apagar los fuegos del sol esplendoroso. El sol, asomándose por las puertas de oro del Oriente, disipará las nieblas con su primera mirada de luz y de amor. Sí, porque luz es amor. Para mí tú fuiste luz que las oscuridades de mi alma despejara. Para mí tú fuiste amor que alumbrara mi espíritu, que dormía en mi cerebro el sueño de la noche, esperando que el sol de mi vida se levantara acrisolado en el vivo fuego de la mansion celeste.

Yo te presenté, y los cristales de mis ojos con llanto tiernísimo se mojaron, así como la tierra, ántes que el sol se levante, llora con lágrimas de rocío. Vi que te acercabas, y cubrióse mi frente de castísimo rubor, como á la aproximación del astro rey, se envuelve el cielo con el velo purpurino de la aurora. Y cuando á mí llegaste, abriéndote paso con la gallardía de tu ingenio entre la valiosa multitud de sutiles y felices poetas, como el sol que sube escalando montañas y rompiendo nubes, sentí que en todo mi sér se hacían la luz y el día, y murmuraban en mi alma como cantos de arroyos y aleteos de palomas; y esparciábase en ella como perfumes de rosas y azucenas; y todo ese inmenso concierto que al amanecer canta la tierra con sus ríos bullidores, con sus mugientes mares, con el zuzurrar de los insectos, y con el rugir de los leones, con el dulcísimo silbo de las auras entre las hojas de los árboles, y con el ronco y fragoroso estruendo de la despeñada catarata; todo, todo en mí lo sentía. Era que la claridad se hacía en el cielo, y el amor en mi alma. ¡El sol alumbró, y yo te amé!

ALARCON. Jerónima, al oírte, siento inquieta y desapoderada mi inspiración, y mi labio enmudece, que es la boca puerta estrecha y pequeña para el incommensurable torrente de amor que de mi pecho se desborda.

JERÓNIMA. ¿Qué era yo en la vida ántes de mirarte? Cuerpo sin alma, mar sin vientos, noche sin estrellas. Te vi, y el abismo, de su profundidad se levantó montaña. Supo el corazón por qué palpitaba. El alma conoció que los ojos le servían de ventanas para asomarse á mirarte. La lengua no quedó como inútil bronce de un campanario de catedral abandonada. La boca te habló amores, y conocí lo hermoso que es hablar. ¡Qué feliz era yo, pues tenía manos con que acariciar tu frente, un seno en que reposaras tu cabeza llena de pensamientos, ojos para mirarme en los tuyos, labios para oprimir tus labios en

deliquio de amores, y arrobamiento y éxtasis. Mi amor se manifestaba con risas de alegría. Si parecía yo loca. Mira como río. ¿Lo ves? Y otras veces desbordábase en llanto. ¿No miras como lloro? Juzgaba imposible llorar y reír al mismo tiempo. Y ya lo ves: río y lloro. Es la lluvia y el arco-iris. Es que tengo en mi alma todos los esplendores de la creación. ¡Te amo!

(*Todo esto mezclando risas y gemidos.*)

- ALARCON. ¡Bien haya el pecho varonil subyugado por la tiranía del amor!
 ¡Desgraciado el corazón enfangado en el abismo de la corrupción y la vileza, que no se abrasa en esta pasión origen y móvil de las empresas mayores, que endiosa al humilde y presta al débil voluntad, y en un punto nos llena de valor para resistir las contrariedades, y extiende su luz benefactora sobre la desgracia y la pobreza; que de los embarazos abre camino, y necesitando de todo, ni de palabras ha menester!
- Yo te llamaba en el mundo, para depositar á tus plantas mis coronas.
- JERÓNIMA. Yo te buscaba para ornarte con mis lauros.
- ALARCON. Yo era pobre.
- JERÓNIMA. Yo rica de pasión.
- ALARCON. Por contrahecho me han motejado.
- JERÓNIMA. Por leer en tu frente la hermosura de tu alma, te he querido.
- ALARCON. Me ha beñado la envidia.
- JERÓNIMA. Venga la envidia á luchar en el tablado con D. Juan Ruiz de Alarcon.
- ALARCON. Me odiaban y me escarnecían.
- JERÓNIMA. Yo te amaba.
- ALARCON. Yo vivía en la soledad.
- JERÓNIMA. Yo la llenaba con los suspiros que hacia tí dirigía.
- ALARCON. Mis ojos buscaban otros ojos.
- JERÓNIMA. Los míos encontraron á los tuyos.
- ALARCON. Mis brazos se tendían al espacio.
- JERÓNIMA. Y después me oprimieron contra tu seno.
- ALARCON. Nuestros corazones palpitaban juntos.
- JERÓNIMA. Y parecían un solo corazón con un solo latir.
- ALARCON. Me amabas con pasión.
- JERÓNIMA. Tú, con delirio.
- ALARCON. ¡Si no hay palabras con que expresar tanta dicha!
- JERÓNIMA. ¡Si no las hay!
- (*Pausa.*)
- ALARCON. Y te alejaste de mí.

- JERÓNIMA. Era preciso.
- ALARCON. Huíste de los fuegos de mi amor.
- JERÓNIMA. Yo todo lo quería; pero no lo podía.
- ALARCON. ¿Cuál es este misterio?
- JERÓNIMA. No me lo preguntes: arcano es de mi vida.
- ALARCON. Pero hoy vuelves á mis brazos.
- JERÓNIMA. Porque algo me dice que vengo á morir en ellos. Sirvieron de cuna de mis alegrías: que me sirvan de tumba. Mi primer suspiro de placer fué para tí. Tú recogerás el último de mi vida.
- ALARCON. Cállate, impía.
- JERÓNIMA. Mi corazón lo presiente.
- ALARCON. Callen tus palabras que me matan, y mírenme tus ojos que vida me dan.
- JERÓNIMA. ¡Te amo!
- ALARCON. ¿Por qué lloran tus ojos?
- JERÓNIMA. ¡Cuánto te adoro!
- ALARCON. ¿Por qué suspiras angustiada?
- JERÓNIMA. Es mi alma que sale á acariciarte.
- ALARCON. ¿Por qué me ves con esa mirada fija?
- JERÓNIMA. Es mi espíritu que sale por mis ojos, y por los tuyos se te entra hasta el alma. Silencio: no hay palabras para el éxtasis.
- ALARCON. No las hay.

(*Pausa.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—JUSEPA Y VILLAMEDIANA.

(*Mientras están en un lado Jerónima y Alarcon, salen por el otro Jusepa y Villamediana.*)

- VILLAMEDIANA. (*A Jusepa.*) Ingrata eres con los copleros.
- JUSEPA. (*A parte.*) ¡Jerónima con D. Juan!

JERÓNIMA. (*A Alarcon*). Parece que del cielo salgo para volver á la vida.
 ALARCON. (*A Jerónima*). Cielo antójaseme tu divino rostro.
 JUSEPA. (*Aparte*). ¿Qué es esto, que celos escarban en mi corazón?
 VILLAMEDIANA. (*A Jusepa*). Y si no, oye lo que en tu loa y sobre la base de tu honra, cantan los truhanes.

"Si á Morales el decoro
 No guardara por ser flaca,
 Su Vaca, casto tesoro,
 Quien es cabeza de vaca,
 Fuera cabeza de toro."

(*Jusepa no hace caso de Villamediana, pues está atenta á los dos amantes*).

JERÓNIMA. (*A Alarcon*). Y es imposible, sin embargo.
 ALARCON. (*A Jerónima*). Imposibles para el amor no existen.
 VILLAMEDIANA. (*A Jusepa*). Pues poca atención en mis palabras pones; por no serté á tí de gusto, ni á mí de provecho, para mejor ocasión las guardo.

ESCENA X.

DICHOS Y MORALES QUE SALE POR EL FONDO.—DESPUES LA PARÁNDULA.

MORALES. (*Aparte*). Jusepa no quita los ojos del poeta. Fuera de ver. (*Alto*). Al ensayo, señores.

(*Jerónima, Alarcon y Jusepa, se sorprenden á su voz.—Sale el resto de cómicos*).

ALARCON. Vamos, insigne autor.
 JUSEPA. Salve, laureado poeta. Un beso, Jerónima.

JERÓNIMA. Me sabrá de cielos.

(*Se besan*).

JERÓNIMA. (*Aparte*). Empalagosa y remilgada está la autora.
 JUSEPA. (*Aparte*). ¡Con qué placer la hubiera mordido!
 VILLAMEDIANA. Voy á enjibararme en mi concha: parece que no me son bastantes dos talegas.

(*Se mete en la concha que está en el fondo del foro, con la boca para el público.—Las dos damas y otra que no habla se sientan, y quedan de pié cinco ó seis comediantes que tampoco hablan*).

MORALES. Representa la decoracion una sala en casa de D. Beltran. Salen por una puerta D. García y un letrado viejo, vestidos de estudiantes y de camino. (*Media pausa*).

VILLAMEDIANA. (*Gritando desafortadamente y con voz gangosa*).

"Con bien vengas, hijo mío.
 Dame la mano, señor."

MORALES. Todavía no.
 VILLAMEDIANA. "¿Cómo vienes? El calor
 Del ardiente y seco....."
 MORALES. Silencio, que no he acabado.
 VILLAMEDIANA. Como había parado el señor autor.
 MORALES. Para tomar aliento.
 VILLAMEDIANA. Sírvase de avisarme para otra vez, cuántos azumbres de alien-
 tos acostumbra á tomar.
 MORALES. Y por la otra D. Beltran y Tristan.
 (*Pausa*).

Hablad, señor apuntador, que he concluido, y no es que alien-
 to tome.

VILLAMEDIANA. (*Gritando*). "Con bien vengas....."
 MORALES. Más bajo.
 VILLAMEDIANA. (*Muy quedo*). "Con bien....."
 MORALES. Más alto.

ESCENA XI.

DICHOS Y FIGUEROA CON UNOS CORCHETES.

- FIGUEROA. Ténganse á la Inquisicion.
 VILLAMEDIANA. (*Saliendo de su concha*). Chiton.
 MORALES. (*Asustado*). ¿Qué manda el Santo Oficio?
 FIGUEROA. Tenéis en vuestra tropa á una farsanta llamada Jerónima de Búrgos.
 JERÓNIMA. Yo soy.
 FIGUEROA. (*A los alguaciles*). Llevadla.
 ALARCON. (*Interponiéndose*). ¡Ay de quien á tocarla se atreva!
 VILLAMEDIANA. (*A Alarcon*). Mirad que la osadía no es valor, y que nada aventajaréis con oponeros. Tengo algun fraile poderoso por pariente y amigo, y os juro en mi ánima, que he de hacer cuanto pueda por Jerónima.
 Guardad la espada, que encargado quedo de con la suya propia azotar á ese deslenguado, pues por serlo más que yo le odio.
 JERÓNIMA. Vamos.
 FIGUEROA. (*Aparte á Jusepa*). La ama Alarcon, y me la llevo. Ya volveré á que me premies.
 (*Aparte á Morales*). Tu mujer ama al poeta.
 (*Aparte solo*). Seguro estoy de que ya no se representará *La verdad sospechosa*.
 ALARCON. Si tiemblo de ira y de coraje.
 FIGUEROA. Habéis perdido, señor poeta, hasta la ocasion de encontrar en una covacha del Consejo de Indias algun buen empleo.
 ALARCON. Decidle á vuestro amo el Sr. Lope de Vega, que si no consigo la covacha, me vengaré ¡yendo á ocupar un puesto junto á él en el templo de la inmortalidad!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en el tablado, poco ántes de que comience la primera representacion de La verdad sospechosa.—Decoracion adecuada.—En el fondo el telon, y la concha.—Los farsantes con los trajes de la comedia.

ESCENA I.

VILLAMEDIANA CON EL DISFRAZ DEL PRIMER ACTO.—MORALES CON EL TRAJE DE D. GARCÍA.

- VILLAMEDIANA. Lleno está ya el corral.
 MORALES. Faltarán aposentos, segun el tropel de gente que acude á oír la pasmosa comedia que estrenamos. Siéntome orgulloso de ser el autor de título del Príncipe, que vale mucho más que el corral de la Cruz, pues éste cuenta únicamente siete puertas y el mío ocho, ya para subir á los aposentos, ya para el escenario y su servicio; cuál para entrada de mujeres, cuál para los hombres, pues sabéis que no pueden entrar ni asistir mezclados ambos sexos; puerta hay para la alojería, puerta para la taberna, y otra que es la del cocheron. ¡Y qué espaciosos y cómodos son los aposentos de mi coliseo, nombrados segun sus dueños ó aspecto, ahora Pastrana, Uceda, Aragon, Carpio ó Almirante, ahora Esquina, Reja grande, Coje-esto ó Tablas! La Villa tiene principal aposento, por el cual apronta trescientos escudos anuales; y D. Rodrigo Calderon paga

ESCENA XI.

DICHOS Y FIGUEROA CON UNOS CORCHETES.

- FIGUEROA. Ténganse á la Inquisicion.
 VILLAMEDIANA. (*Saliendo de su concha*). Chiton.
 MORALES. (*Asustado*). ¿Qué manda el Santo Oficio?
 FIGUEROA. Tenéis en vuestra tropa á una farsanta llamada Jerónima de Búrgos.
 JERÓNIMA. Yo soy.
 FIGUEROA. (*A los alguaciles*). Llevadla.
 ALARCON. (*Interponiéndose*). ¡Ay de quien á tocarla se atreva!
 VILLAMEDIANA. (*A Alarcon*). Mirad que la osadía no es valor, y que nada aventajaréis con oponeros. Tengo algun fraile poderoso por pariente y amigo, y os juro en mi ánima, que he de hacer cuanto pueda por Jerónima.
 Guardad la espada, que encargado quedo de con la suya propia azotar á ese deslenguado, pues por serlo más que yo le odio.
 JERÓNIMA. Vamos.
 FIGUEROA. (*Aparte á Jusepa*). La ama Alarcon, y me la llevo. Ya volveré á que me premies.
 (*Aparte á Morales*). Tu mujer ama al poeta.
 (*Aparte solo*). Seguro estoy de que ya no se representará *La verdad sospechosa*.
 ALARCON. Si tiemblo de ira y de coraje.
 FIGUEROA. Habéis perdido, señor poeta, hasta la ocasion de encontrar en una covacha del Consejo de Indias algun buen empleo.
 ALARCON. Decidle á vuestro amo el Sr. Lope de Vega, que si no consigo la covacha, me vengaré ¡yendo á ocupar un puesto junto á él en el templo de la inmortalidad!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en el tablado, poco ántes de que comience la primera representacion de La verdad sospechosa.—Decoracion adecuada.—En el fondo el telon, y la concha.—Los farsantes con los trajes de la comedia.

ESCENA I.

VILLAMEDIANA CON EL DISFRAZ DEL PRIMER ACTO.—MORALES CON EL TRAJE DE D. GARCÍA.

- VILLAMEDIANA. Lleno está ya el corral.
 MORALES. Faltarán aposentos, segun el tropel de gente que acude á oír la pasmosa comedia que estrenamos. Siéntome orgulloso de ser el autor de título del Príncipe, que vale mucho más que el corral de la Cruz, pues éste cuenta únicamente siete puertas y el mío ocho, ya para subir á los aposentos, ya para el escenario y su servicio; cuál para entrada de mujeres, cuál para los hombres, pues sabéis que no pueden entrar ni asistir mezclados ambos sexos; puerta hay para la alojería, puerta para la taberna, y otra que es la del cocheron. ¡Y qué espaciosos y cómodos son los aposentos de mi coliseo, nombrados segun sus dueños ó aspecto, ahora Pastrana, Uceda, Aragon, Carpio ó Almirante, ahora Esquina, Reja grande, Coje-esto ó Tablas! La Villa tiene principal aposento, por el cual apronta trescientos escudos anuales; y D. Rodrigo Calderon paga

cien ducados por una celosía. ¡Con razón rinde mi corral ocho mil pesos por año á los hospitales!

VILLAMEDIANA. ¿Tanto producen estas farsas? ¿Cómo recaudas?

MORALES. Como el corral debe cerrarse al anochecer, ábrese al medio día.

De doce á dos se reparten los aposentos y bancos entre las personas que por ellos envían, dando natural preferencia á los títulos, caballeros y sujetos principales. Á real valian los cien bancos, y á doce los aposentos altos y bajos; pero ya subí los altos á diez y siete, y los bajos á catorce. La entrada ha costado indistintamente cinco cuartos; mas ya se está arreglando que se satisfagan dos al autor en la primera puerta; tres en la segunda, al comisario de los hospitales de la Pasión, Soledad y Anton Martín; cuatro al subir las gradas; y siete cada mujer que entre á oír la comedia. Los alguaciles cuidan de que nadie se excuse de pagar, y de que no haya escándalos, alborotos ni descompostura.

VILLAMEDIANA. ¿Recuerdas el escándalo que se armó contra el tirano corregidor D. Pedro de Guzman, que, por público pregon, prohibió en el año 13 la concurrencia del sexo hermoso?

MORALES. Recuérdolo, señor; pero triunfaron los hechizos y ruegos de las damas. Ahora la única gente de faldas que no se consiente es la frailezca.

VILLAMEDIANA. Lo que te probará, insigne autor, que el mérito no consiste en las faldas, sino en los rostros; que faldas tambien llevan las viejas, y yo de mí sé decir que ni por hembras las tengo.

MORALES. ¿Pues por qué las tenéis?

VILLAMEDIANA. Una vieja no es hombre ni mujer, es solamente vieja. Á veces da en ser cosa peor.

MORALES. ¿Qué, señor conde?

VILLAMEDIANA. Suegra.

MORALES. *Liberanos domine. (Persignándose).*

VILLAMEDIANA. *Amen.*

(Pausa).

MORALES. Alegres andan los villanos, señor conde.

VILLAMEDIANA. Como que la salud de Su Magestad les devuelve la calma y la ansiedad les arrebató. Por irme á reconciliar con la corte, para salvar á la Jerónima, fui testigo de la solemne procesion que hizo la villa con el cuerpo del santo labrador, para salvar la vida del Monarca. Lleváronse las reliquias al monasterio de la Encarnacion, y allí se dijo la primera misa despues de la beatificacion; y á las tres de la tarde, colocado el bendito cuerpo en una litera de raso carmesí y pasamanos de

oro, con cuatro faroles á las esquinas, en que ardían gruesas hachas de blanca cera, partió la procesion para Casa-rubios, y yo con ella. Los pueblos encendian hogueras por los caminos, haciendo de la negra noche clarísimo día; y á las 24 horas, entrábamos el domingo 17 por la cámara real con las venerables reliquias, colocadas en su caja de terciopelo carmesí con un paño de brocado, y llevadas en hombros de sacerdotes. Cuando entramos, se incorporó Su Magestad con gran trabajo en el lecho, adoró al santo, pidió la cayada del venturoso labrador, la besó tiernamente, y no quiso que la procesion volviese á Madrid sin que él la acompañase vivo ó muerto. Fué casi milagroso el alivio; y despues de 18 días, ayer á 5 de Diciembre, era recibido el cortejo del santo labrador y del piadoso Monarca por más de dos mil personas, que, con hachas encendidas y á caballo, habían salido en procesion de la corte.

MORALES. ¿Y vinisteis ya con la gracia de Su Magestad?

VILLAMEDIANA. Y con la libertad de la Jerónima, que se está aderezando para venir á estrenar la comedia del indiano.

MORALES. ¿Pues por qué entónces guardáis esas dos jibas que así os desfiguran lo gallardo del talle?

VILLAMEDIANA. Deseo apuntar *La verdad sospechosa*; pero quiero que no lo sepa nunca el jorobeta. He comenzado protegiendo esta representacion, y no soy hombre de dejar á medias mis empresas.

MORALES. Si me lo permitis, señor conde, voy á ver cómo se adoban los rostros mis farsantas, y cómo están de trajes y presencia. Se acercan gentes, y no quiero que me interrumpen en faena tan importante. (*Se va*).

VILLAMEDIANA. Ve, Juan.

®

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, DESPUES QUEVEDO, SUÁREZ DE FIGUEROA, MONTALBAN, MIRA DE AMESCUA, VÉLES DE GUEVARA, SALAS BARBEDILLO Y ANDRÉS DE CLARAMONTE.

VILLAMEDIANA. Fatigado estoy del viaje, y de andar despues á vueltas de covachas á tribunales y de alcaldes á inquisidores, hasta dar libertad á la Jerónima. Si pudiera descansar.... un momento.... Me cierra el sueño los pesados párpados.... (Se duerme. *Entran los poetas*).

QUEVEDO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Miradle: está dormido. Pues ni así ha de escapar á nuestras sátiras el vitoreado poeta.

MONTALBAN. Lástima grande es, que á nuestro almuerzo haya faltado Villamediana. Sé de buena tinta que á la corte ha llegado con Su Magestad.

MIRA. Cansado de ser impolítico, á político se ha metido.

CLARAMONTE. (Moviendo á Villamediana). Despertad, que aquí hay amigos que quieren hablaros.

VILLAMEDIANA. (Sin descubrir el rostro). Hablad cuanto queráis, pues tengo destapadas las orejas. Si las orejas tuvieran párpados como los ojos, de buenas necesidades se librarían.

QUEVEDO. Habéis de oír, mal vuestro grado, mi comentario. Habéis dado por vuestros unos malos versos, y encargados estamos de castigar por tamaño delito al más delicioso de los autores dramáticos. Oídme, insigne D. Juan.

“Yo vi la segunda parte
De D. Miguel de Venégas,
Escrita por D. Talegas
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte.
Y así no queda obligado
El señor Adelantado,
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

TODOS. ¡Magnífico! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(*Villamediana ronca*).

FIGUEROA. ¡Diablo! está roncando. Despiértele con una sátira el Sr. Mira de Amescua.

MIRA. Me contento con decir, que del poema del Sr. Alarcon, yo hice 7 estancias.

VÉLEZ. Y yo 6. Allá va mi espinela.

“La dama que en los chapines
Te esperaba en pié muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!
Porque por más que te empines,
Camello enano con loba,
Es de soplillo tu trova;
Aunque son de Apolo hazañas,
Que todo un juego de cañas
Te cupiese en la corcova.”

CLARAMONTE. ¡Admirable! Que siga Montalban.

MONTALBAN. “¿Quién anda engañando bobas
Siendo rico de la mar?
Y ¿quién es en el lugar
Nonada entre dos corcovas?
¿Quién trae el alma en alcobas,
Y consigo propio trilla?
Corcovilla.”

TODOS. Corcovilla, corcovilla. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BARBEDILLO. Que diga algo Claramonte.

CLARAMONTE. Yo solamente sé aquello de

“Tanto de Corcova atras
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas,
De dónde te corco-vienes,
Y adónde te corco-vas.”

Á ver tú, Barbedillo.

BARBEDILLO. Pues vaya, en gracia de Dios.

“Segun Calepino, estoy
 Cierto que en latin limado,
 Quiere decir, *cor, iguo vado?*
 “Corazon, ¿adónde voy?”
 Y aunque sátrapa no soy,
 Interpreto que rigores
 De la muerte anunciadores,
 Cuyos son corcova y años,
 Al autor son desengaños
 Y causa de sus temores.”

TODOS. Bien, bien, bien.
 VILLAMEDIANA. *(Volviéndose)*. ¿Habéis concluido, señores poetas?
 TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
 UNOS. No es D. Juan.
 OTROS. Es otro D. Talegas.
 MIRA. Llueven jorobetas.
 FIGUEROA. ¿Qué magnífico argumento para un sainete: los dos corcovados!
 Se hará; se hará.
 VÉLEZ. ¿Quién sois, amigo mío? ¿Sois acaso la sombra de D. Juan?
 VILLAMEDIANA. Soy el apuntador, insignes ingenios. Soy, como si dijéramos,
 el verdugo de las comedias. Temblad ante mí; sois mis víctimas.
 FIGUEROA. Tiene gracia. ¿En dónde está el poeta?
 VILLAMEDIANA. ¿Le vais á ensartar todas esas tonterías?
 QUEVEDO. Sí, porque ha cometido un crimen de lesa Parnaso. Porque no
 quiso ó no tuvo tiempo, encargado de escribir un canto, repartió
 las estancias entre los poetas amigos, y resulta que solamente es
 suya la portada. Hemos almorzado juntos, y venimos á vapularle con
 nuestras bromas.
 VILLAMEDIANA. Cuidad, no tome la posteridad por veras vuestras burlas.
 QUEVEDO. Burlas son, que no veras. Admiracion, y no risas, cáusanos el
 indiano. El mismo Lope cantará su gloria en su *Laurel de Apolo*.
 VILLAMEDIANA. Pues si queréis verle, supóngole en los cuartos de los faranduleros,
 adiestrándolos, y midiéndoles el azarcon y el albayalde.
 TODOS. Vamos, vamos.

(Se van, haciendo ruido, fora izquierda).

VILLAMEDIANA. Id con Dios, mordaces. Aunque ni en eso me lleváis la ventaja.

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—ALARCON, QUE ENTRA POR LA DERECHA.

ALARCON. Son mis amigos los poetas. Vamos á agasajarlos, que en honra
 mía vienen.

(Hace movimiento de seguirlos: pero le detiene Villamediana).

VILLAMEDIANA. Esperad, glorioso vate, esperad. Mucha prisa lleváis, y no
 podéis reparo en pasar de largo, sin preguntar á mi humildísima
 persona, ni la causa de mi ausencia, ni nuevas de la Jerónima.
 ¿Tanto puede la vanidad, que más que el amor puede?

ALARCON. Perdóname, Alcorcon: la gloria es sol que ofuzca y deslumbra,
 y no deja ver lo que nos rodea. Háblame de Jerónima. ¿La
 has visto? ¿Sabes en dónde se encuentra? ¿Le has hablado?
 ¿Te ha dicho algo para mí?

VILLAMEDIANA. Calma, calma, enardecido amante. ¡Pues sois atento conmigo!
 Todo es preguntar por la Jerónima. ¿Alcorcon qué importa?
 No ha venido al tablado, porque tal vez se rompió un pie, ó
 le dió tabardillo, ó se descompuso una jiba..... pues que
 buen provecho haya.... lo único que nos interesa es saber
 de la Jerónima. Amor, qué egoísta eres! ¡Fueras despreciable,
 si no te sintiéramos en el alma fuego sublime, y si siendo
 egoísta no fueses al mismo tiempo sacrificio!

ALARCON. Verdad es: dime....

VILLAMEDIANA. Pero os esperan los poetas... la gloria... los lauros.....

ALARCON. Déjate de poetas y de glorias. Cuéntame....

VILLAMEDIANA. ¿Lo que me ha pasado? ¡Qué bueno sois! Os interesáis tanto
 por mí, que todo lo dejáis por saber las cuitas del mal forjado
 Alcorcon.

ALARCON. ¿Pero me dirás algo de Jerónima?

VILLAMEDIANA. ¡Ah! ¡que por ella es por lo que olvidáis los lauros! Y con razón,
 pues la gloria es humo que el viento se lleva, y es el amor incendio capaz de abrasar en sus llamas á todo el universo. Oídme.

ALARCON. Impaciente escucho.

VILLAMEDIANA. Cuando se llevaron á la Jerónima, os ofrecí emplear en su favor
 cierta influencia eclesiástica de un mi pariente. Anduve á

salto de mata, y de aquí para allá, hasta conseguir verla.
Logré al fin penetrar en su calabozo.

ALARCON. ¿Le hablaste?

VILLAMEDIANA. Si á eso iba yo, ¿cómo no había de soltar la sin hueso? La encontré estudiando su papel de *La verdad sospechosa*.

ALARCON. ¡Jerónima!

VILLAMEDIANA. Díjome que la acusaban de irreligiosa. Corrí á Búrgos, y la autoridad eclesiástica certificó que jamás mujer más santa y más devota había residido en la ciudad. Fui á ver..... es decir, hice que mi pariente fuera á ver al Rey; y por fin anoche se le mandó poner en libertad. Toda la mañana he andado de trasiego para que la orden se cumpliera.....

ALARCON. ¿Y está libre?

VILLAMEDIANA. Aquí la tenéis.

(En ese momento aparece Jerónima por la izquierda, y se lanza á los brazos de Alarcon.)

ESCENA IV.

ALARCON.—JERÓNIMA.—VILLAMEDIANA.

JERÓNIMA. ¡D. Juan!

ALARCON. ¡Mi Jerónima!

VILLAMEDIANA. *(Aparte)*. Mútis, señor apuntador, mútis. Decididamente el amor es egoísta; nada más que es el egoísmo de dos. Mútis, mútis.

(Se va por la izquierda.)

ESCENA V.

JERÓNIMA.—ALARCON.

(Jerónima siente un desfallecimiento, en el cual debe expresar á la vez su debilidad física y su grande emoción moral. Se apoya en la mesa, y se deja caer en el sillón.)

JERÓNIMA. ¡Ah! ¡Volver á la vida, para morir! ¡Tornarte á ver, para que se apague la luz de mis ojos! ¡Tenerte otra vez á mi lado, cuando ya siento que mi alma extiende sus alas para volar de este mundo!

ALARCON. Calla, calla; tú estás loca. ¿Cómo puedes decir eso, si es imposible?

JERÓNIMA. ¿Verdad que es muy triste?

ALARCON. Es muy triste; calla.

JERÓNIMA. Niña, no conocí á mis padres. El látigo de un histrión acarició mi niñez. Entrada en la mitad de la corriente de la vida.... ¡Ah! no..... no quiero recordarlo.... es una infamia.... infamia espantosa..... Don Juan, arráncame de la frente la memoria.. Recuerdos, sois como la losa del sepulcro... al levantaros, se siente fetidez... Déjame, Juan.... ¿no sientes el ambiente de los muertos?....

ALARCON. Tranquilízate. Mírame á tu lado. Va á comenzar pronto la representación, y vamos á compartir vítores y lauros.

JERÓNIMA. *(Que despues de su exaltacion, muestra decaimiento)*. Es verdad... es verdad... he venido á estrenar tu comedia.... Cuando entré en el calabozo, la humedad y el miedo, los dos fríos del cuerpo y del alma, fueron como veneno para mi quebrantada salud.... Desde entonces siento que me muero.... Pero tenía yo una lámpara.... apenas alumbraba.... yo adivinaba tus versos.... y los leía.... y estudiaba.... Sé muy bien mi papel... Lo voy á hacer muy bien.... Vas á quedar contento.... Nos aplaudirán mucho.... mucho.... Y despues.... despues....

ALARCON. Vamos á tu aposento; reposarás un instante. Verás como cobras fuerzas.

JERÓNIMA. Vamos. *(Ya que van á desaparecer por la izquierda, le dice á Alarcon con acento exaltado)* ¡Te amo!

(En el momento que van á salir, aparecen por el fondo izquierda Josepa y Figueroa: ambos se sorprenden de verlos; oyen las últimas palabras, y se adelantan al proscenio.)

ESCENA VII.

JUSEPA.—FIGUEROA.

FIGUEROA. *(Con asombro)*.—¡Jerónima aquí!JUSEPA. *(Con cólera)*.—¿De qué habéis servido entónces? ¿Para qué sirve la Inquisición? ¿Para qué el Sr. D. Lope de Vega?

FIGUEROA. Si no comprendo.....

JUSEPA. ¡Y yo os he dado mi amor! ¡yo he engañado á mi marido por vos! Solamente las consideraciones de ser mujer, tienen y atan las manos de mi justo enojo. Y vendrá la bachillera á quitarme el papel en el día del estreno..... La aplaudirán, y con los aplausos aumentará el amor del indiano..... No, no.... quitaos de mi presencia, Figueroa; que dicen que el amor todo lo puede, y vuestro amor no sirve para nada.

FIGUEROA. Estoy buscando un recurso que todo lo remedie.

JUSEPA. ¡Pues no es mentecato el poeta! Beber los vientos por una dama entecada, que tiene voz de chirimía, y que suspira como fuelle de órgano. Y luego, si inclinado de su estrella, hubiese caído preso en los encantos de una jóven virtuosa y honesta.... Pero la Jerónima es una buscona. ¿Ni qué otra cosa podía ser? ¿Quién ignora sus aventuras con el Sr. Lope de Vega? Bien lista que fué entónces *la dama boba*.FIGUEROA. *Eureka*. Prométeme obediencia en todo. He encontrado el modo de que ambos seamos vengados. No cabe en mis mientes verla libre de las garras de la Inquisición. Pero yo le daré otro verdugo más terrible.

JUSEPA. ¿Cuál?

FIGUEROA. El mismo D. Juan.

JUSEPA. Explicadme.....

FIGUEROA. Despues. Ahora no hay tiempo que perder. Lo que importa es que en todo me obedezcas. Llámame á D. Juan, de parte de un caballero que le busca.

JUSEPA. Voy. *(Hace movimiento de irse)*.

FIGUEROA. ¿Pero te vas, sin que mis labios sellen en tu mano la paz de nuestra querella?

(Se vuelve, y al besarle Figueroa la mano, entran por la izquierda y lo ven, Morales y Villamediana).

ESCENA VII.

JUSEPA.—FIGUEROA.—MORALES.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. Recio besáis, señor doctor.

MORALES. *(Que hace movimiento de precipitarse)*.—¡Ah! ¿sois vos, Sr. de Figueroa? Respiro. Sé cuanta es vuestra severidad de costumbres, y estoy tranquilo.VILLAMEDIANA. *(Aparte)*. Es igual á todos los maridos.

FIGUEROA. Beso era de respeto, y de pláceme por el próximo triunfo.

JUSEPA. Ni que otra cosa ser pudiera.

MORALES. Jusepa sabe, que si no por amor, por terror debe ser honesta. Que me falte, y la mato.

VILLAMEDIANA. No sería ésa, virtud. Á lo ménos, júzgalo de tal suerte Góngora, en el siguiente soneto:

“Si por virtud, Jusepa, no mancharas
El tálamo consorte del marido,
Otra Porcia de Bruto hubieras sido,
Que, sin comer, sus brasas retrataras.
Mas no es virtud el miedo en que reparas,
Por la falta que encubre tu vestido;
Pues yo sé que sin ella fueras Dido,
Que á tu Siqueo en vida difamaras.

No lames castidad la que forzada,
Hipócrita, virtud se representa,
Saliendo con su capa disfrazada.
Jusepa, no eres casta; que si alienta
Contraria fuerza á tu virtud cansada,
Es vicio la virtud cuando es violenta.”

Por supuesto, que son calumnias del de Argote.

JUSEPA. Empalagoso estáis con vuestros sonetos, señor.....

VILLAMEDIANA. *(Interrumpiéndola)*.—¿Qué?

JUSEPA. Alcorcon.

FIGUEROA. No sé cómo el Sr. Morales no os impide tales insolencias.

MORALES. Como es el gracioso de la farándula.....

FIGUEROA. Pues de mí sé, que si las repite en mi presencia, le arrancaré la lengua.

VILLAMEDIANA. Cuidad la vuestra, señor doctor por Salamanca; que la necesitáis para decir necesidades. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(Se va riendo. Jusepa saluda, y se va por distinto bastidor; pero ambos por la izquierda).

ESCENA VIII.

FIGUEROA.—MORALES.

FIGUEROA. *(Que ha estado un momento pensativo, como buscando una idea).*
MORALES, hacéis bien en confiar en mí; pero desconfiad de algún otro.

MORALES. ¿De quién? Explicaos.

FIGUEROA. Corcovado es el poeta; pero nadie ignora que tiene gran partido con las damas.

MORALES. Me hacéis sospechar. ¿Por qué me trajo su comedia, y no la llevó al corral de la Cruz?

FIGUEROA. Por acercarse á Jusepa, sin que en ello paráis la atención.

MORALES. Y cierto es que Jusepa tuvo gran empeño en que se representase, y en que la prefiriera yo á otras muchas y muy buenas que me ofrecían.

FIGUEROA. Todo el mundo ha reparado en ello.

MORALES. Pues yo alejaré al poeta, aun cuando no deba dar otra vez su comedia. Pero permitidme que vaya á ver que alimenten bien de manteca los mecheros, que ya se va llenando el corral, y se acerca el momento de la representación. *(Se va por la derecha).*

FIGUEROA. Ve en paz, marido celoso; que tú, sin saberlo, me ayudarás á triunfar.

ESCENA IX.

ALARCON.—FIGUEROA.

ALARCON. *(Al ver á Figueroa, se detiene, y hecha mano al puño de la espada).* ¡Ah! ¿sois vos quien viene en mi busca? ¡Vive Dios! que de ello me huelgo, pues sin descanso os he buscado para mataros. Salgamos.

FIGUEROA. Ved que se va á comenzar vuestra comedia.

ALARCON. La honra es lo primero, señor doctor.

FIGUEROA. Primero es la razón, señor licenciado; y es necesario que me oigáis un momento. Con las lenguas se entienden los hombres.

ALARCON. Entendámonos con las lenguas de acero de nuestras espadas.

FIGUEROA. Despues, si insistís; os lo prometo. Pero ántes escuchadme. Sed breve.

FIGUEROA. No es oculto, que por amor al Sr. Lope de Vega, he hecho la guerra á vuestra comedia.

ALARCON. Eso no me ofende. Jamas me ha ofendido la envidia, que rastrera de por sí es, y andando por el suelo, no puede alcanzarme.

FIGUEROA. Creí que prendiendo á la Jerónima, no tendría lugar la representación.....

ALARCON. Ésa es la injuria; habéis ultrajado á la mujer que amo.

FIGUEROA. No pensé que fuera para vos caso de honra, el amor de una farsanta, que al fin no es más que vuestra.....

ALARCON. *(Interrumpiendo).* Callad esa palabra. Así sois vosotros los infames, y sobre infames calumniadores: sois muy pequeños, y no podéis comprender, ni la pureza de una comediante, ni el amor de un poeta. Creéis que una farándula es un cesto de vicios. ¡Y cómo no lo ha de ser, si venís todos vosotros á infestarla! Tenéis constantemente bajo vuestras narices el aliento mefítico de vuestras bocas, y es imposible que percibáis el puro aroma de los azahares, que por ventura puede haber en un corral. ¡Cómicos! decís; luego vicio. ¡Farsantes! gente de vida alegre. Y yo digo: ¡Farándula! misterio de sacrificios, abismo de lágrimas. Con las estúpidas carcajadas, de vosotros los que venís á reír con los comediantes, se podría formar un huracan que barrera el mundo. ¡Con el llanto que vierten en silencio los que os hacen reír, se podía hacer un Océano que

inundara toda la tierra! Los comediantes son la realidad, porque ellos, como la realidad, son el dolor. Vosotros sois la farsa, con vuestras galas y golillas, con vuestros agigantados y holandescos canjilones, y vuestros cerebros almidonados con estúpida vanidad: esclavos siempre, en vuestro cuerpo por no ajar vuestras golillas; en vuestra alma, por no ajar vuestro orgullo. ¡Hablad ahora del genio de la escena, farsantes silbados!

- FIGUEROA. Perdon os pido; pero como las antiguas costumbres de la Jerónima.....
- ALARCON. ¿Qué decís?
- FIGUEROA. Para nadie es un misterio que tuvo deslices con el Sr. Lope de Vega.
- ALARCON. ¿Con él?
- FIGUEROA. Hacia el año 13 le abrió en Segovia su cámara en las altas horas de la noche.
- ALARCON. ¡Si es imposible!
- FIGUEROA. Preguntadlo: nadie lo ignora; nadie me desmentirá. ¿Y ahora creéis justo el reñir?
- ALARCON. Si es una calumnia, os mato.
- FIGUEROA. Me encontraríais á vuestras órdenes. *(Yéndose por la izquierda; aparte)*. Agreguemos al oprobio el escándalo. Hagamos venir, en primer lugar, á la Jerónima.

ESCENA X.

ALARCON, SOLO.

(Se cruza de brazos, y fija la vista en el suelo).

Amor.... sueño..... Virtud.... mentira..... Gloria.... palabra que arrebató el viento.... Inmortalidad.... ¡festín de gusanos en el atahud de un cadáver!

¿No hay, pues, nada en la tierra? ¿Es engaño el sol que alumbró nuestros ojos? ¿Es burla la pasión que arde en el alma? ¿La pluma del poeta no es pluma de ala para volar al firmamento? ¿La espada del caballero es fierro inútil ó criminal instrumento de venganza? ¿Sirven tan sólo las manos para asesinar, y el corazón para que nos asesinen?

Huir del mundo..... sí..... ¿Entrar en un claustro?..... ¿Para qué?... Entraría en el claustro con mi corazón.... con este reptil que vive enroscado, aquí, dentro de mi pecho.... y que por las venas hace cundir su venenosa baba.... Sin corazón no es posible la vida.... ¿Y acaso es posible la vida, teniendo corazón?

Corazón, corazón mío, yo te creí perla encerrada en las dos conchas de mis jorobas.... ¡y eres ridículo é infamia por dentro, como por fuera son mis jorobas ridículo é infamia!

(No acoto este monólogo: el talento del actor lo detallará).

ESCENA XI.

ALARCON Y JERÓNIMA.

(Alarcon ha quedado pensativo y sombrío. Jerónima entra cariñosa, aunque presa de la melancolla de su enfermedad. Viene ya en traje de carácter para la comedia).

- JERÓNIMA. Mi D. Juan, ¿me llamabas?
- ALARCON. Señora.....
- JERÓNIMA. ¿Qué tienes? Severo está tu rostro: fría tu mirada como hoja de puñal.
- ALARCON. Sentaos, señora. Quiero consultar vuestro parecer sobre asunto tan grave, que pudiera en ello irme el ánima y la vida. *(Se sienta Jerónima. Alarcon de pie)*.
- JERÓNIMA. Té escucho.

ALARCON. Cuéntase que no ha muchos años había una joven comedianta vencida por las fuerzas poderosas de amor; de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, capaz de atropellar designios buenos, intentos castos y proposiciones discretas. Era la dama algo atrevida, y algun tanto libre y descompuesta. Parece, que cansada de llevar la nave de su ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajo que la destrozase toda. Y dícese que una noche oyó infames coloquios de un gran señor y gran poeta; y en vez de que tales pláticas hicieran brotar indignacion á raudales en su pecho, alzó una gran risa.... y desenvuelta.... y cortesana impúdica.... no levantó á la siguiente mañana su frente de azulejas.... que ocultaba á la luz entre almohadones su rostro mancillado. ¿Sabéis esa historia, señora?

JERÓNIMA. No te comprendo.... no quiero comprenderte....

ALARCON. Más tarde, violó en una alborada de Primavera, un hombre feo de cuerpo.....

JERÓNIMA. Hermoso de corazon.

ALARCON. Parecióle ver salir el sol, tan alegre y regocijado, barriendo el cielo de las estrellas y bordando las nubes con diversos colores, que no se podía ofrecer otra cosa más alegre y más hermosa á la vista.

JERÓNIMA. ¡Ah!

ALARCON. Crédulo era aquel hombre como el amor; ciego como él; niño como él. Con loca adoracion se entregó á aquel ángel; pues ángel, no mujer, se le antojaba. ¿Y cómo pagó ella tanto cariño? Le engañó.

JERÓNIMA. No.

ALARCON. Sí, miserablemente.

Decidme, señora, ¿sabéis quién es la comedianta que abrió las puertas de su cámara y de su honor al Sr. Lope de Vega?

JERÓNIMA. Yo: márame.

ALARCON. ¿Mataros?..... no..... Las venganzas castigan, pero no quitan las culpas.

¿Y conocéis, señora, al hombre engañado, con engaño tal, que creyó cielo el infierno y luz las tinieblas?

JERÓNIMA. ¡Por Dios!..... óyeme.....

ALARCON. Si habéis sido, como farsanta del tablado, farsanta del amor.

JERÓNIMA. (Poniéndose de pie). Óyeme, te digo. Y despues, si mi sangre puede limpiar tu mancha, tómala, que es tuya toda.

ALARCON. Hablad.

(Media pausa).

JERÓNIMA. (Con tristeza y decision). Gloria de los corrales, encanto de los mosquetes, mirábame aplaudida y vitoreada. El peso de mis coronas había levantado mi frente. Ya no podían abajarse mis ojos. Yo necesitaba amar á un rey, á un actor ó á un poeta. Encontré en mi camino mi perdicion. Lascivia en vez de amor. Engaños en lugar de la fe prometida. Vanidad en cambio del misterio de un santo cariño. Como severo juez que condena á muerte al criminal, maté yo mi alma, maté mi corazon. Juré vivir atada al arte, como presidiario á su cadena. La muerta te vió un día, y se animaron de nuevo mi corazon y mi alma. Solamente un Dios puede dar otra vez la vida al cuerpo que se pudre en el sepulcro; y tu mirada, como la de Dios, dijo á mi vida muerta: "levántate y áma." Mi corazon que ya no sonaba sino con el pausado palpitar del toque de difuntos, se movía precipitadamente en mi pecho como repique de alegría. Mi alma despertaba de su sueño, y olvidaba lo pasado, como se olvida una espantosa pesadilla. Parecióme que por primera vez existía. Yo era tinieblas; pero tú eras luz tan inmensa, que mis tinieblas tambien alumbraron. Parecióme mi alma blanca paloma, porque era tu alma pura la que en mí veía. Parecióme el sonar de mi corazon risa inocente de niño, porque era tu corazon sin mancha el que yo oía en mi pecho. Á fuerza de mirarme en los limpidos cristales de tus ojos, me vi blanca y pura.... y te amé con delirio!

(Pausa).

ALARCON. Sigue.

JERÓNIMA. Un día oí decir que te casabas con tu prima Doña Ana Bobadilla.... y sentí celos.... celos horribles.... Fueron el cauterio que me despertó de mi letargo..... Iba á gritar con gemidos de quejas.... y comprendí que ni quejarme podía.... La mujer manchada es raso que no sirve ya para aderezarse.... Y te huí..... ¡Desgraciada de mí!..... No pude llevarme ni mi alma ni mi corazon.... Junto á tí se quedaron..... ¿No sentías á veces á tu lado como suspiros y aleteos?

(Pausa).

ALARCON. Sigue.

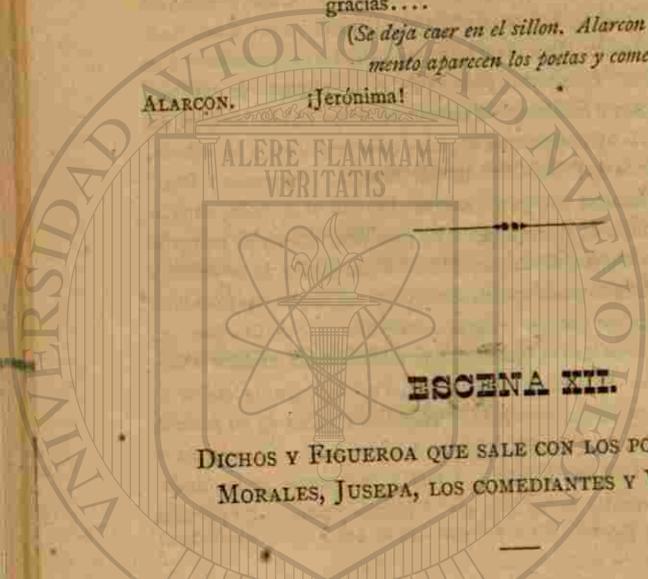
JERÓNIMA. Se representó tu divina comedia *Las paredes oyen*: vine á verla. Aquel fué mi castigo. Tú eras D. Juan: Doña Ana tu prima,

Sali desesperada... llorando.... loca... y no te había vuelto á ver jamas.... Mi cuerpo, que era la infamia, estaba lejos de tí..... ¿Qué más podía yo hacer? ¿Por qué me hiciste venir? ¿Por qué?

Hoy siento ya que la muerte se acerca..... Tú me mátas: gracias.... Al fin volaré libre á otras regiones.... gracias.... gracias....

(Se deja caer en el sillón. Alarcon se le acerca. En ese momento aparecen los poetas y comediantes).

ALARCON. ¡Jerónima!



DICHOS Y FIGUEROA QUE SALE CON LOS POETAS.—DESPUES
MORALES, JUSEPA, LOS COMEDIANTES Y VILLAMEDIANA.

QUEVEDO. ¿En dónde está el poeta?
ALARCON. *(Separándose de Jerónima, y fingiendo alegría).* Señores..... muy agradecido..... á que vengáis..... por aquí.....
MONTALBAN. Pero algo os pása, D. Juan: estáis cadavérico.
MIRA. Contadnos.
BARBEDILLO. Somos vuestros amigos.
CLARAMONTE. Si de algo servimos.
VÉLEZ. Disponed de nosotros.
FIGUEROA. Pálido está nuestro querido D. Juan, de verse engañado de una vil aventurera.
JERÓNIMA. *(Aparte).* Me siento morir.
ALARCON. ¡Callad por los cielos!
FIGUEROA. No: quien os ha engañado, merece no solamente vuestro desprecio, sino el de todos los que os queremos.
JERÓNIMA. *(Poniéndose de pí, con altívez á Figueroa).* ¡Infame!
QUEVEDO. ¿Es ella?
BARBEDILLO. ¡La Jerónima!
MONTALBAN. No es la primera zorra que desuella.

MIRA. ¿Qué dirá Lope?
VÉLEZ. Al fin mujer.
CLARAMONTE. Y comedianta.
ALARCON. *(Aparte).* Me máta la vergüenza.
JERÓNIMA. *(Aparte).* El dolor me asesina.
MORALES. *(Entrando por la derecha).* Despejad: el corral está lleno; el público se impacienta; oidle: va á comenzar la representacion.

(Se oyen dentro ruido y palmadas).

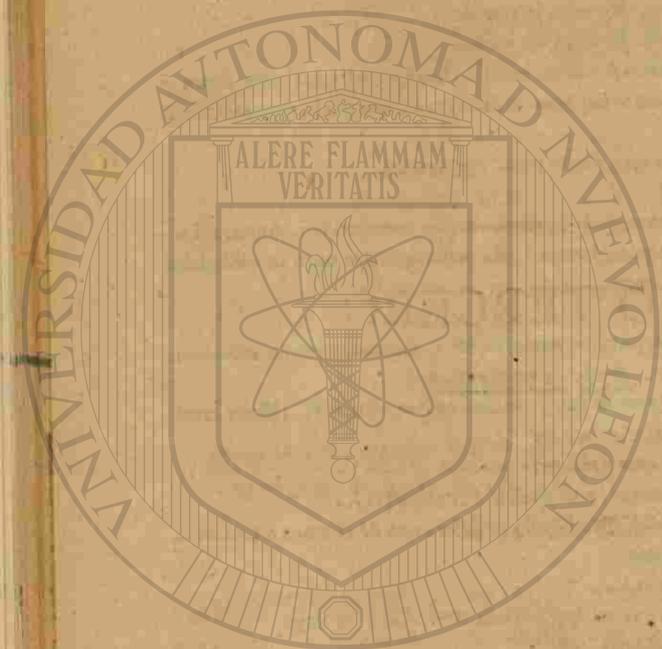
JUSEPA. *(Que entra por la izquierda con los comediantes).* Antes, mi señor esposo, lanzad á esta mujerzuela que provoca escándalos en el corral.

(Los poetas se han acercado á Alarcon, como consolándole).

JERÓNIMA. *(Que se pone de pié, y vuelve á caer en el sillón).* ¡Mujer cruel!
MORALES. Despejad. Se hace tarde.
(Se oyen aplausos).
JERÓNIMA. *(Quiere andar, y no puede).* Por piedad.....
FIGUEROA. *(Con burla).* ¿No hay un caballero que dé el brazo á esta casta doncella?
ALARCON. *(Adelantándose).* Yo.
JUSEPA. Podíais tener un disgusto con el Sr. Lope de Vega.
ALARCON. *(Retrocediendo).* ¡Oh!
VILLAMEDIANA. *(Entrando).* Dadme el brazo, señora.
MONTALBAN. El otro....
FIGUEROA. El apuntador.....
MIRA. El gracioso....
VÉLEZ. Sin gracia.....
QUEVEDO. ¡Un hombre noble!
TODOS LOS POETAS, MENOS FIGUEROA. Es verdad.
ALARCON. *(Aparte).* Más noble que yo.
JUSEPA. *(Aparte).* ¡Oh rabia!
FIGUEROA. *(Con ira).* Bien por vos, que protegéis á la farsanta hundida en el fango de torpes liviandades.
VILLAMEDIANA. No: á la mujer caída, que se redime y levanta á los cielos, por el amor: ¡á la grandeza de la debilidad!

(Todos se hacen á un lado. Alarcon deja caer la frente. Jerónima se va con Villamediana, dirigiéndole una mirada. Se oyen fuera aplausos y ruido).

TELON.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[Faint, illegible text from the reverse side of the page]

ACTO TERCERO.

La misma decoración. Ha concluido la representación de "La verdad sospechosa".

ESCENA I.

TODOS LOS PERSONAJES RODEAN Á ALARCON. SOLAMENTE FALTA JERÓNIMA.

- QUEVEDO. Salve, portentoso ingenio venido del Anáhuac, y que creyérase rico filon de aquellas nuevas y felices regiones, según es vuestra musa veta del oro de la moral, de la galanura del lenguaje y de la inspiración poética.
- MORALES. Jamás se pondrá en zancos en el corral de la Cruz comedia tan levantada como la de vuestra señoría. ¡Pobre Pinedo! ¡Cómo la escuchaba, no con aquel contento que el público entusiasmado, sino con toda melancolía y tristeza!
- FIGUEROA. Verdad es que la comedia tenía por guía y adalid á la hermosura, pues nunca Jusepa se ha presentado más bella y más galana.
- VILLAMEDIANA. Advierto que solamente el poeta está triste, y parece arrancarse el alma.
- ALARCON. No: feliz me encuentro en este instante; que es la gloria pasto de grandes y esforzados pechos, y aliento de empresas poderosas.

rosas. De ver es como el poeta sueña con su creación, la cual en el principio se dibuja en la inmensidad de su cerebro lejano punto negro; así como en la inmensidad de los mares, es nuncio de la tormenta parda nubecilla que desde el horizonte quiere ya iluminar el cielo con luz de relámpagos. Idea y nubecilla vanse extendiendo, y toman forma y colores; y volando veloces con extensas alas, invaden la bóveda de la cabeza y la bóveda celeste. Surgen entónces incendios de luz y de fuego; se escuchan truenos espantosos y gritos de inmensa pasión; y el alma aterrorizada, pero dominada en el mismo punto por sublime recogimiento, mira con asombro que en el firmamento rugen una tempestad y en el teatro un drama. Dios contempla con satisfacción su drama. El poeta observa como en éxtasis su tempestad. Dios y el poeta han creado dos luchas titánicas, la desesperación de los elementos y el combate delirante de las pasiones. ¡El poeta es un Dios!

MORALES. Juzgo, caballeros, que recibiréis gusto en catar algunas botellas jerezanas en honra del vitoreado autor. Preparado está espacioso aposento para ello.

VILLAMEDIANA. Vayan vuestras mercedes á trocar su hambre en hartura y su sed en refrigerio, que comparados y contrapuestos los trabajos de esta vida con los ratos de holganza y de buena ventura, tengo para mí que no queda mucho por que quejarse de la suerte.

JUSEPA. Vamos, señores.
TODOS. Vamos.

(Se van por la izquierda todos, ménos Villamediana).

Léjos de mí, oh tú peluquin más áspero que el mismo doctor D. Cristóbal Suárez de Figueroa. A la tumba. (*Lo arroja en la concha*). Á la tumba también vosotras, gafas tan grandes como las de Quevedo; pero que no habéis visto traspasar vuestros cristales por las miradas de su genio, como relámpagos que atraviesan el vidrio del éter. Á la tumba vosotras, jibas espantosas, que no sois como las de Alarcon, estuche de un corazón magnánimo. Ahora tomemos mi sombrero, mi capa y mi espada que de antemano preparados tenía. (*Se acerca al bastidor, los toma y se los pone*). He aquí al bufon convertido en cortesano; pues es tan fácil como cambiar á un cortesano en bufon. Bien es verdad, que yo soy un maldiciente; es decir, un cortesano bufon. Mentira parecerá que haya yo patrocinado el estreno de *La verdad sospechosa*, y acaso el poeta, que lo ignorará siempre, azote la losa de mi sepulcro con satírica espineña. Horrible es el castigo de los maldecedores, pues en su daño hablan mal hasta los hombres más dignos del premio del bien hablar.

Vámonos. ¿Pero y la Jerónima? No puedo partir sin saber lo que de ella ha sucedido. Mas, hacia aquí vienen Jusepa y Figueroa. Páreceme que traen enredo que debe convenirme el averiguar. Los autores de comedias siempre encuentran en este caso una puerta propicia para escuchar. El apuntador, más afortunado, se entra en su concha, para que á su vez los actores le apunten la comedia. El apuntador nació para que le oyeran. ¡Dichoso el día en que él tiene algo que oír!

(Se entra en su concha).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, SOLO.

¡Así pasan las glorias del mundo! En este tablado, poco ha templo de la poesía y trono del genio, queda solamente el bufon mudándose en cortesano. (*Se va quitando el disfraz*).

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—JUSEPA.—FIGUEROA.

JUSEPA. Pudiéramos ser observados.....
FIGUEROA. No pares mientes en eso, que ocupados están todos en festejar al jorobeta.
JUSEPA. Y ¿qué pretendéis?

- FIGUEROA. Juraste ser mía, si conseguía yo que tú, y no la Jerónima, representaras el papel de la comedia nueva.
- JUSEPA. Juramento loco fué; pero lo cumpliré leal. La envidia y la venganza ciegan y conducen precipitadamente al abismo del delito, y despues se exige el cumplimiento del crimen en nombre de la santidad del juramento y del honor de la palabra empeñada. ¡Santidad y honor cambiados en instrumentos de infamia y villanía! El ladron busca la ganzúa, el asesino el puñal, el calumniador la mentira, el seductor la falsedad: todos los delitos se nutren y viven con medios reprobados y deshonorosos; y la envidia y la venganza, más hipócritas y más infames, arrastran en pos de sí la honra y el juramento, agregando al crimen el escarnecimiento de la virtud, y la profanacion de lo que es más santo y más sagrado. ¡Crímenes que vestís el ropaje del honor, y qué sucio ponéis ese ropaje!
- VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Sábenme á indirectas las sesudas palabras de la farsanta.
- FIGUEROA. Déjate de chismes y melindres; que sabido es que vosotras las comediantas no sois ricas de virtud sino en el hablar, y que así encendéis una lámpara en el altar á la Virgen, como una hoguera en el pecho al deseo.
- JUSEPA. Si habéis llegado á doctor para conocer tan mal el corazon de la mujer, bien podíais haberos ahorrado el trabajo de las aulas. En todo corazon de mujer hay siempre una palpitacion para el amor, y amor, sacrificio y virtud son una misma cosa, un solo palpitir.
- VILLAMEDIANA. (*Aparte*.) Pensativo se ha quedado D. Cristóbal. Ignoraba que el diablo sabe más que un doctor, y la mujer más que el mismo diablo.
- FIGUEROA. Bien, no te exijo que me sigas. Quédate en la farándula con la Jerónima y con D. Juan; que cuando haga con ella las paces, como es de costumbre se tornará más amoroso, y le escribirá comedias más galanas que la misma *Verdad sospechosa*. Quédate; que pudiera ser que el poeta, compadecido de tí, te reserve en alguna de sus obras, un papel chocarrero de dueña cincuentona.
- JUSEPA. ¡Ah! no. Tenéis razon, y que os sobra. Ver á D. Juan amarla con desprecio mío... mirarla aplaudida en comedias para ella escritas con la pluma del genio mojada en la tinta del amor... ¡nunca!... Vámonos.
- FIGUEROA. Espera. Si desde luego, y sin más hacer, nos marchamos, quedarán solos y á sus anchas el poeta y la comedianta: es necesario hacer algo que cause escándalo tal que el corcovado sea del corral para siempre despedido, aunque esto le traiga

- la desgracia lamentable de que dé en tierra con el suntuoso edificio de sus comedias, y no encuentre despues autor que quiera ponérselas de anteojos al público de la coronada villa.
- JUSEPA. ¿Y cómo?
- FIGUEROA. Es necesario ademas, que en lo que de hacer hayamos, encontremos motivo para separarle por siempre de la Jerónima, y que si ya no sea él quien por sus antiguas debilidades la huya, sea ella quien se aleje por las nuevas del poeta.
- JUSEPA. No comprendo.
- VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Justo que á más de doctor es diablo Figueroa, y hasta ya pienso que pudiera tener algo de hembra.
- FIGUEROA. Aquí tienes mesa, papel y tinta, que sirvieron en la comedia, y fueron parte para la gloria de D. Juan: sirvan ahora para su perdicion. Siéntate y escribe.
- JUSEPA. (*Sentándose*). ¿Á quién?
- FIGUEROA. "Á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza."
- JUSEPA. ¿Á él?
- FIGUEROA. Sí.
- JUSEPA. Ya está.
- FIGUEROA. Prosigue. (*Jusepa escribe*). "Dueño mío, te espero en la habitacion que amoroso preparaste para que pasáramos afortunada y feliz nuestra vida. Me he ido, aprovechando la bulla del corral, merced al refresco preparado por el tonto de mi marido, pues parece que de propósito ha dispuesto facilidades para nuestra fuga."
- JUSEPA. ¿Y para qué es esta carta? No comprendo.
- FIGUEROA. Para que se la des á algun mancebo del corral, que no sepa leer por supuesto, con encargo de que se la entregue á tu marido. Él creerá que por equívoco se la dan, y que ha descubierto un gran secreto. Gritará, lo sabrá la Jerónima, y arrojarán al jorobeta; del corral el autor, y de su pecho tu rival. Firma.
- VILLAMEDIANA. (*Aparte*). ¡Si el ojo de la Providencia no viese estas maldades! Muéveme á risa, pensar que el conde de Villamediana está haciendo el papel de la Providencia.
- JUSEPA. Ya está firmada.
- FIGUEROA. Manda el billete, y espérame en una litera, que al efecto está lista en la callejuela.
- JUSEPA. (*Yéndose*). Voy.

ESCENA IV.

FIGUEROA.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. *(Saliedo de la concha)*. Ahora nos tóca á nosotros, señor doctor.

FIGUEROA. ¡El conde de Villamediana!

VILLAMEDIANA. Silencio; mi nombre no debe sonar en corrales ni tablados. Pero ¿me haríais la merced de cambiarme vuestra espada?

FIGUEROA. ¿Mi espada?

VILLAMEDIANA. Sí, doctor; vuestra espada. Creed que no perderéis en el cambio; que es la más riquísima hoja toledana de la fábrica de Tomás Ayala. Mirad la marca de las dos tes con sus puntos encima, que semejan cruces.

FIGUEROA. No comprendo vuestro capricho; pero quiero satisfaceros el gusto.

(Cambian las espadas, y ensainan).

VILLAMEDIANA. Pues vais á saber, querido Figueroa, la razón de capricho tan singular.

FIGUEROA. Con curiosidad os escucho.

VILLAMEDIANA. Anda por las calles y plazas de Madrid, y éntrase por salones y academias, un don Bellaco, que en lo presuntuoso le gana á Lope, en lo necio á Montalban, y en lo maldiciente á mí mismo. Se duda si es lacayo de alguaciles ó alguacil de lacayos; lo que si se deciros es, que en estos momentos está de alguacil alguacilado. Por razones que á vos no se os alcanzan por ahora, prometí azotarle con vuestra espada, y no se librará, por Dios, el don Bellaco.

FIGUEROA. ¿Y quién es él? ¿Cómo se llama?

VILLAMEDIANA. ¿Pues ya no os lo tengo dicho? Llámase don Bellaco, y por mote le dicen el doctor don Cristóbal Sudrés de Figueroa.

FIGUEROA. ¡Señor conde!

VILLAMEDIANA. Calma, señor doctor, que áun no comienzo; y desde ahora tened advertido, que pienso zurraros de lo lindo.

FIGUEROA. Pero es ésta, traicion y villanía

VILLAMEDIANA. No, mi querido don Bellaco: villanía es prender y conducir á la Inquisicion á una infeliz mujer de quien ningun mal habéis recibido: villanía ha sido el deshonrarla ante su amante; vi-

llanía es el perder á la desgraciada Jusepa. Ésta, á lo ménos, merecido lo tiene; y por eso he dejado que escriba y envíe la carta que ha de perderla. No me habléis, pues, de villanías, que á villano y bellaco no hay quien pueda ganaros; y esto me mueve, á mí, conde de Villamediana, á cruzar mi acero con vos, no para heriros como si fuerais caballero, sino para apalearos con vuestra propia espada.

FIGUEROA. *(Alzando la voz)*. Necesito saber.....

VILLAMEDIANA. No deis voces, que os tendré entónces por cobarde, pues los cobardes sólo saben usar las maldicientes lenguas de sus malvadas bocas: los valientes callan, y hablan con lenguas de acero. Vamos, pues, que se acerca gente, y ya tengo prisa de escarmentaros.

FIGUEROA. Pero.....

VILLAMEDIANA. Id delante, ó como á murciélago os ensarto. *(Sale Figueroa)*. ¡Qué trabajo cuesta hacer andar piernas miedosas!

ESCENA V.

MORALES Y JERÓNIMA, QUE SALE APOYADA EN SU BRAZO.—
UN CRIADO DESPUES.

JERÓNIMA. *(Sentándose)*. No puedo andar. Si lo hubiera podido, no habría visto saeta más veloz que yo saliendo del corral. ¡Qué horas han pasado para mí, y cómo he derramado lágrimas en el encierro de mi aposento, mientras duró la representación! ¡Y yo sentí que el corazón se me saltaba del pecho, cuando al salir de mi prision vi en las esquinas grandísimos cartelones, en que con letras rojas de almagro, decía. "Juan Morales Medrano representa hoy la famosa comedia de D. Juan Ruiz de Alarcon en el Príncipe!" ¡Más me hubiese va-

lido que las letras de su nombre se hubieran escrito con la sangre de mis propias venas!

(Se oyen carcajadas dentro).

Ojdlas, Morales: en su loca algazara de mí se olvidan... ¡y yo siento morir! Mal hice en rendirle mi corazón, fortaleza de diamante, donde tenía su voluntad cautiva en grillos de oro. Alarcon, ¿de qué te sirve la gloria, si es laurel entrelazado con la ortiga de la ingratitud? Era el mirarle como alegría del cielo; y no pudiendo reprimir el alborozo del alma enamorada, fiábalo al fuego de mis ojos y al arrullo de mis besos. ¡Ingrato, que dió vida á mi sér para darme hoy la muerte!

DENTRO. "¡Vitor D. Juan de Alarcon,
Por su comedia famosa
De *La verdad sospechosa!*"

JERÓNIMA. Sacadme de aquí, Morales: sacadme, por la Virgen del Pilar.
MORALES. Voy á mandaros preparar una silla de manos; y á buscar á Jusepa, que inquieto estoy de no verla.

UN CRIADO. *(Entrando)*. Me encargaron que entregase á vuesa merced este billete.

MORALES. ¿Á mí? ¿quién?
CRIADO. Una dama encubierta, que si se ha de juzgar por lo diminuto del pié, lo torneado de la pierna que descubrió al entrar en la litera, y lo blando de la mano, debe ser de perlas.

MORALES. *(Abriendo la carta)*. Veamos.

(Se va el criado. Jerónima está cada vez más decaída, y pierde poco á poco las fuerzas de la vida.)

MORALES. *(Demudado)*. ¡Cielo santo! ¡Y qué infamia me ha descubierto el error de ese hombre!

JERÓNIMA. ¿Qué os sucede?

(Se oyen nuevas carcajadas y gritos de alegría, oyéndose el nombre de Alarcon.)

MORALES. Reíd, festejadle, vitoreadle. ¡Mal perjeñado poeta, ladrón de mi honra!

JERÓNIMA. ¿Qué decís?

MORALES. Leed la carta que Jusepa le escribe. *(Mientras sigue hablando*

Morales, Jerónima lee la carta, y hace una escena muda en que manifiesta su dolorosa situación. ¿Dónde estará? Daría mi vida por saberlo. Fuérala á matar. La mataría al encontrarla. Sí, la mataré. ¿Os burláis, señores poetas, de los celos de Juan Morales? Yo haré tambien mi comedia; ¡pero la mía terminará con sangre!

JERÓNIMA. *(Después de una desgarradora aflicción, muestra en su semblante resignación sublime)*. Gracias, Dios del cielo. Si él me engaña, nada le debo, y todo el amor que le tengo, es como dádiva y merced que mi cariño pone á sus plantas.

MORALES. *(Fuera de sí, con voz sombría, y llevando la mano al puñal)*. ¡Ah! el cielo me le envía. Justicia me pide mi honra, ¡y tremenda justicia será hecha!

(Morales se para observando, y Jerónima se levanta con dificultad, pero con la violencia de la inquietud).

ESCENA VI.

JERÓNIMA.—MORALES.—ALARCON.

(Alarcon atraviesa por el fondo, embozado en su capa, y sin mirar. Morales se lanza sobre el puñal en mano. Jerónima se precipita, y le detiene.)

MORALES. ¿No ves que te engaña?

JERÓNIMA. ¿No sabéis que le amo?

(Alarcon se ha vuelto, descubriéndose. Morales deja caer el puñal. Jerónima no puede sostenerse en pié; y se apoya en Morales.)

ALARCON. ¡Jerónima! ¡Morales! ¿Por qué empuñabas el acero traidor? ¿Por qué tiemblas al mirarme?

MORALES. Os quería matar.... ¿Qué digo, os quería....? Lo quiero....
Jerónima me detuvo.... ¡Mal hayan los pechos enamorados
que no saben de venganzas!

ALARCON. *(Acercándose á Jerónima, que ha ido á apoyarse en la mesa). Te
he dado la muerte, y con la vida me págas?*

JERÓNIMA. *(Con severidad, dándole la carta que toma de la mesa). Leed,
D. Juan. (Este la toma, y lee).*

MORALES. Sí, leed; y decidme entonces si no es mía toda vuestra sangre.
Decidme si con Jusepa no ibais á reuniros.

ALARCON. *(Con tranquilidad). Huyendo del bullicio, pues estoy más para
lágrimas que para risas, me retiraba á mi solitaria vivienda;
y ni entiendo este billete, ni jamas de amores bable con Ju-
sepa. Hueleme á traicion tu carta, pobre Morales.*

JERÓNIMA. *(Argüiéndose). Más me huelen á traicion vuestras palabras. Fá-
cil es decirle amores á un corazón desamorado, y ya muerto
por la pena. Fácil es decirle á una alma: revive y ama. Y el
alma resucita á una vida nueva. y parece que nace sin haber
vivido jamas, y es pura, sí, pura como los ángeles del cielo;
y como es niña otra vez, otra vez es confiada y se entrega, y
otra vez la engañan ¡y la matan!*

ALARCON. Pero tu falta.....

JERÓNIMA. Poetas, que no sabéis mirar más que el cuerpo, que no cono-
céis el amor del alma, que sois como los gusanos que dejan
escapar el espíritu para alimentarse de la podredumbre del
cadáver, ¡por Dios, no os llaméis poetas: llamaos hombres!
¡No es de vosotros la divinidad!

*(Se siente desfallecer; Alarcon va á sostenerla; ella se yergue,
se adelanta á la silla, y le dice): No.*

(Cae en la silla, y Alarcon á sus pies de rodillas).

ALARCON. ¡Jerónima!

JERÓNIMA. Así..... ¡la calumnia á los pies del martirio!

(Morales, cruzado de brazos, los contempla sombrío).

ALARCON. ¡Una palabra, Jerónima: dime una sola palabra!

JERÓNIMA. *(Fuera de sí, y abrazándole el cuello). ¡Te amo!*

ESCENA VII.

DICHOS.—JUSEPA DENTRO.—DESPUES VILLAMEDIANA,

MORALES. *(Ve hacia los bastidores de la derecha). ¡Ella! ¡Jusepa!*

*(Precipitadamente se baja, alza el puñal, y con rostro ira-
cundo se dirige adentro. Por los bastidores de la derecha se oyen
carcajadas de alegría y aplausos).*

JUSEPA. *(Dentro). ¡Perdon!*

MORALES. *(Dentro). ¡Miserable!*

JUSEPA. *(Dentro). ¡Ay! (Lanza un grito de muerte).*

*(Alarcon se levanta violentamente. Jerónima observa con
espanto. Morales sale sin el puñal, llvido, con el rostro desen-
cajado y erizado el cabello).*

ALARCON. ¿Qué has hecho?

MORALES. Me he vengado.

JERÓNIMA. ¡Infeliz Jusepa!

VILLAMEDIANA. *(Entrando con una espada en el cinto y otra desenvainada en la
mano, y el rostro cubierto con antifaz). He llegado tarde.*

MORALES. *(Avanza á él, y le dice con voz sombría): ¿Quién sois?*

VILLAMEDIANA. *(Aparte á Morales). Soy Villamediana. Silencio. Que no se-
pan mi nombre. (Alto). Testigo fui de la infamia que Jusepa
y su amante tramaron para perderos, D. Juan. El amante,
por envidia: Jusepa, por celos. Ardiendo en ira, y dejando
lo de la carta para despues, pues creía tener tiempo de llegar
á punto de aclarar todo, cuidéme de castigar ántes al amante.
Cambiamos espadas, y á la luz del farol que alumbraba al Ecce
Homo, comencé por arrancarle de las manos la mía, que hu-
yó de ellas veloz, por no tener costumbre de ser empuñada
por villanos; y despues con la suya le di de palos hasta po-
nerle más Ecce Homo que el alumbrado por el farol. Corro
entonces en busca de Jusepa, que cansada tal vez de esperar,
volvió en busca de su amante.*

MORALES. Y encontró al marido vengador. Señor, decidme el nombre de
ese infame.

VILLAMEDIANA. Sabes que no soy hombre de delatar á nadie: jamas te lo diré. Guarda su espada, que te la dono, por ser propia para algun cobarde deslenguado, que tenga que hacer en entremes ó comedia el bufon de tu farsa.

MORALES. *(Tomando la espada)*. Señor, decidme quién es.

VILLAMEDIANA. Te he dicho que no.

MORALES. *(Yéndose por la derecha)*. Yo lo sabré.



JERÓNIMA.—ALARCON.—VILLAMEDIANA.—DESPUES LOS POETAS
Y LOS COMEDIANTES.

ALARCON. Gracias, señor; me habéis justificado.

JERÓNIMA. Ya mi amor lo habla hecho; pero siempre lo agradezco á este caballero.

ALARCON. ¿Me podrá decir el de Santiago su nombre?

VILLAMEDIANA. En ocultarle tengo empeño. Disfrazado de Alarcon he tenido la honra de apuntar vuestra comedia.

JERÓNIMA. ¡Ah! ¿sois vos? Noble debéis de ser, pues noble es vuestra alma.

VILLAMEDIANA. Jamas me descubriré. Al portalon hay una litera en que podéis iros. Yo quedo aquí al cuidado de que entierren á la infeliz Jusepa, y de que no prendan al celoso Morales.

JERÓNIMA. ¡Oh! gracias, gracias. *(Levantándose)*. Vamos, mi D. Juan: ya no nos separaremos nunca.

(Quiere andar, no puede, y vuelve á caer en el sillón).

Se nubla mi vista.... Se me oprime el corazon.... D. Juan, siento morirme.....

ALARCON. Jerónima, no te acobardes..... Apóyate en mi brazo.

JERÓNIMA. *(Levantándose y apoyándose)*. Sí, vamos.... la dicha, una feli-

cidad infinita, eterna, nos espera. Vamos. *(Cayendo en el sillón, dice desesperada)*: ¡Pero si no puedo!

VILLAMEDIANA. *(Acercándose)*. Lívida está su faz. Alarcon, esto es la muerte.

ALARCON. *(Con angustia)*. ¡Esto es que la he matado!

JERÓNIMA. *(Tendiéndole la mano)*. Mi D. Juan, no te alejes..... quiero verte á mi lado.... mirar tus ojos.... sentir tu aliento.... así..... así.....

(Alarcon se ha arrodillado, y le toma Jerónima la cara con las manos).

VILLAMEDIANA. *(Aparte)*. ¡Misterios del destino! Encuentra el amor el primer rayo de felicidad, luchando y apagándose entre las sombras de la muerte.

ALARCON. Alienta, mi Jerónima: inefable fortuna nos espera.

JERÓNIMA. Me siento ya sin vida.

(Se oyen carcajadas dentro).

VILLAMEDIANA. *(Indignándose al oirlas)*. ¡Oh!

JERÓNIMA. *(Comenzando á delirar)*. Estaba á oscuras..... y ya miro la luz.... Sí.... allí veo á mi D. Juan, coronado de gloria y de laureles..... ¡á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza!.... Bátenle palmas en el corral los mosqueteros.... Las damas con sus pañuelos desde sus aposentos le saludan.... *(Se va levantando, sostenida por Alarcon)*. Los poetas le traen coronas de laurel..... muchas..... muchas coronas..... Y él.... para que yo repose.... me forma blando lecho con los lauros de su gloria.....

VILLAMEDIANA. Valor, D. Juan: es el dolor temple de almas grandes.

JERÓNIMA. ¡Cuánta luz!.... ¡Cuánta luz!.... Es el templo de la inmortalidad..... Son sus columnas..... no de mármol..... sino de estrellas..... Es su cúpula..... no de bronce..... sino de soles.... En su frente.... hay inscripcion grandiosa.... escrita con rayos de luna.... que dice..... "Al autor de *La Verdad Sospechosa*..... admirados..... dos..... mun..... dos....."

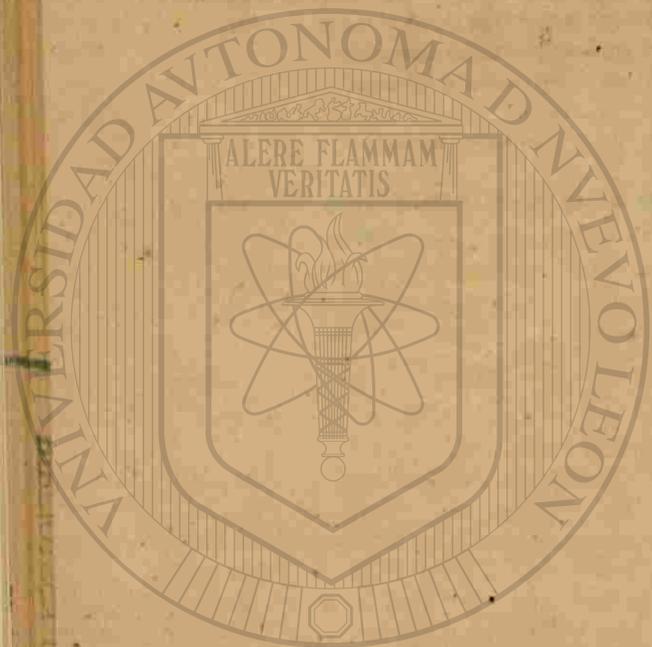
(Cae muerta en brazos de Alarcon que se arrodilla).

(Entran los poetas y los comediantes).

BARBEDILLO. ¿Dónde está D. Talegas, que nos ha abandonado?

CLARAMONTE. ¿Qué es de Corcovilla?

QUEVEDO. ¿En dónde se esconde D. Juan?



EL AVISO

EN

EL PUÑAL

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ALFREDO CHAVERO

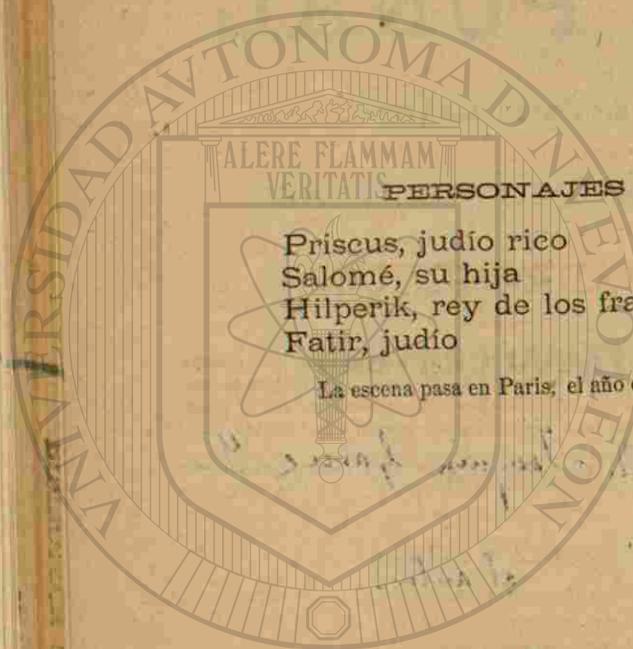
*M. S. D. Joaquín García y
Cabrera,
el autor.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO: 1879.
Imprenta de J. F. Jens, calle de San José el Real núm. 22.



Priscus, judío rico
Salomé, su hija
Hilperik, rey de los francos
Fatir, judío

La escena pasa en París, el año de 582.

Esta obra es propiedad del autor, y nadie puede representarla ni reimprimirla sin su consentimiento; y en los dominios españoles, sin el de la Sociedad intitulada PROPAGANDA LITERARIA.

CUADRO UNICO.

Sala de la casa de Priscus. Puerta á la izquierda, que conduce al interior. Puerta de salida á la derecha. En segundo término, ventana cuyas puertas se abren hacia dentro. En el fondo un armario. Sillon y una mesa con un mechero encendido.

ESCENA I.

PRISCUS. — FATIR.

PRISCUS.

Dicen que hiel atesoras
En tu pecho contra mí.

FATIR.

Si fuera cierto, ¿las horas
Pasara cerca de tí?

Cuando en prision estuviste

Por no querer abjurar,

¿No siempre amigo me viste,
Y cuidando de tu hogar?

PRISCUS.

Verdad es; mas me contaron,
Que en odio á que no abjuré,

El matarme concertaron

Los que violaron su fe;

Que decidieron por suerte

El que me hiciera morir,

Y que para darme muerte

Fuiste el electo, Fatir.

FATIR.

Patrañas, Priscus, patrañas

De los que nos quieren mal:

Muy antiguas son sus mañas;

Mas no seré tu rival.

No lo fui cuando mi hacienda
Toda á tus manos pasó.

PRISCUS. Me la entregaste por prenda,
Y por la ley me quedó.

FATIR. Despues, el pecho sin calma,
A Salomé te pedí.

PRISCUS. Fuera dejarme sin alma.

FATIR. ¿No callé, y obedecí?

PRISCUS. Verdad es. Que nunca exija

Nadie, en insensato ardor,

El tierno amor de mi hija,

Pues sólo mio es su amor.

Ella dejarme pudiera

Por su edad y por la ley;

Mas si el rey me la pidiera,

Se la negara yo al rey.

Escucha atento la historia

De cómo al mundo nació:

Este recuerdo es mi gloria;

No puedo perderla, no.

Pausa.

Pobre aún, jóven judío

Despreciado por dó quier,

Cabe la margen del rio

Marchaba al anoecer.

Pasaba frente al castillo,

Llena el alma de pesar:

Se abrió de pronto el rastrillo,

Y crugió el puente al bajar.

Negra vision misteriosa

Temblando se adelantó,

Y mirando atras medrosa,

En el arrabal entró.

Sin saber por que seguía

A la mujer, la seguí.

El muro pasó, y corría

Casi: yo tambien corrí.

En un lugar solitario

Junto al rio se paró:

Como toque funerario

Mi corazon resonó.

Alzó la mujer el velo:

Has mirado á Salomé;

Figúrate ya qué cielo

Al mirarla contemplé.

Frente surcada de enojos,

Faz lívida, sepulcral,

Perlas de llanto en los ojos:

¿Soflaste vision igual?

Velóz como el pensamiento

Al agua se adelantó;

Un gemido lanzó al viento,

Y á las ondas se tiró.

Al verla, tambien al rio,

Y sin pensar, me arrojé;

Fué mayor mi poderio,

Y del agua la saqué.

Al amor de mis abrazos

Calor y vida le dí;

Y al despertar en mis brazos,

Fijó sus ojos en mí.

¿Qué locura, qué embeleso

Nuestros séres incendió,

Que en el éxtasis de un beso

Nuestras vidas confundió?

No sé. . . . Diez meses pasaron;

Vino al mundo Salomé;

Al nacer me la entregaron;

Y á mi lado la guardé.

Se abrió despues el rastrillo,

Y crugió el puente al bajar;

Y un féretro del castillo

Salió en la noche.

FATIR. Fué azar

El no morir en tal paso.

PRISCUS. Pues será azar el vivir

En tí, si cuentas acaso

Tan triste historia, Fatir.

ESCENA II.

Dichos.—SALOMÉ.

SALOMÉ. Padre. Fatir.

PRISCUS. Hija mia.

FATIR. Con bien vengas, Salomé.

Sé testigo de mi fe

Y de mi amistad.

SALOMÉ. Las fia

Mi corazon. ¡Es tan bueno

Fatir! Si mucho nos quiere.

PRISCUS. Ap. Rayo de luz que prefiere

Al límpido lago el cieno. . . .

Tal vez se aman... Alto. ¿De hermano
Es, Salomé, tu cariño?

SALOMÉ. ¿Pues cuál otro?

PRISCUS. Soy un niño.

¿Cómo no, si soy anciano?

FATIR. Priscus, pienso que la hora

Es ya de ir al castillo:

El rey espera.

PRISCUS. Sencillo

Es el caso: mi demora

No será larga.

SALOMÉ. Adios, padre:

Vuelve pronto.

Sale Priscus, y detras Fatir que al irse, da un pergamino enrollado á Salomé,
mostrando inteligencia con ella.

FATIR. Ap. á Salomé. Salomé,
Toma.

ESCENA III.

SALOMÉ.—PRISCUS despues.

Salomé se dirige á leer á la luz del mechero.

SALOMÉ. Leyendo. "Mi bien, llegaré,

Aunque á tu gusto no cuadre,

Hasta tí por el balcon:

Prepara al punto la escala,

Mata la luz en la sala,

Que voy por tu corazon."

Si no puedo resistir....

Si amor es esclavitud....

Mas yo sabré mi virtud

Defender hasta morir.

Ato la escala. La mecha

Apago. Lo hace.

PRISCUS. Entrando. ¿Estás, hija?

SALOMÉ. ¿Qué,

Padre?

PRISCUS. Dime, Salomé:

¿Se apagó la luz?

SALOMÉ. Estrecha

Es la candelija, y tiene

Poco aceite.

PRISCUS. Bien, escucha.

Luz no he menester, que mucha

Luz al caso no conviene.

SALOMÉ. Ap. ¿Y si llega? ¿y si se encuentra

Con mi padre?

PRISCUS. Con Fatir

Al palacio voy á ir:

Allí á ocasiones se entra,

Y no se sale.

SALOMÉ. Ap. Y no puedo

Detenerle: se hallaría

Con él.

PRISCUS. ¿Tiemblas, hija mia?

SALOMÉ. De que vayas tengo miedo.

PRISCUS. Si no vuelvo al despuntar

El sol, abre el pergamino

Que conoces: tu destino

Debes en él encontrar.

Con oro todo se alcanza,

Y si muero....

SALOMÉ. ¡Padre miot!

PRISCUS. Nunca olvides que á tí fio

De mi muerte la venganza.

Adios, que Fatir espera.

¿Oyes ruido en la ventana?

SALOMÉ. No, padre....

Va temblando á la ventana.

Fué ilusion vana.

PRISCUS. Saltando. El aire.

SALOMÉ. Sí; el aire era.

ESCENA IV.

SALOMÉ.—HILPERIK.

HILPERIK. Saltando por la ventana. Vida mia, mi paloma.

SALOMÉ. Calla, que mi padre aun va

Por la escalera.

Asomándose á la ventana. Ya está

En la calle.... veloz toma

Por el baluarte.... se fué....

Ya no le veo.

Hilperik ha entrado enmascarado; pero se ha quitado el antifaz.

HILPERIK. Alma mia.

SALOMÉ. Esta atmósfera sombría

Me da miedo: encenderé

La luz.

HILPERIK. Pues nadie me vió

Subir, puedes encenderla.

Salomé toma el mechero y va á encenderlo á la otra pieza.

Pues sí pude convencerla,

Y al fin la escala me echó

Para subir hasta ella,
Es que del amor vencida,
Une su vida á mi vida,
Une su estrella á mi estrella.
Sí, de aquí la sacaré
Esta noche: sí.

Sale Salomé con el mechero encendido, y lo pone sobre la mesa. Hilperik la toma en sus brazos.

¿En mis brazos
Tiembas? ¿con tan fuertes lazos
Tienes pavora?

SALOMÉ. Temblé
Primera vez, al mirarte
Una tarde en tu corcel
Pasar airoso doncel.
¿Cómo verte, y no adorarte?
Temblé también la mañana
Que en una barca pasaste,
Y por mirarme fijaste
Tus ojos en mi ventana.
Temblé cuando bellas flores
Me arrojaste, y yo tomé
Como prenda de tu fe,
Y señal de tus amores.
Temblé una noche al oír,
Del laúd acompañado,
Tu cantar enamorado;
Y ya no pude dormir.
Y cuando en amante exceso,
Tras mi verde celosía
Tu boca uniste á la mía
En un delirante beso,
Temblé hasta el fondo del alma
Que se me partió en pedazos:
Y hoy que me miro en tus brazos,
Tiemblo perdida la calma!
¿Por qué si amor es placer,
Yo no sé más que temblar?
¿Y por qué en vez de gozar,
No sé más que padecer?

HILPERIK. Nace el arroyo, y gimiendo
Surca campiñas de flores,
Y ya río, sus dolores
Va entre peñascos rugiendo.
Y no cesa de llorar,
Y no deja de rugir,
Hasta que llega á morir

En las ondas de la mar.
Truena la nube, y retumba
El trueno en la soledad,
Y la negra tempestad
La destroza y la derrumba.
Mas sale brillante el sol,
Y ornamento de los cielos,
Son las nubes blancos velos
Bordados con arrebol.
Ruge la montaña altiva,
Y hace retremblar la tierra,
Que en sus entrañas encierra
Raudales de lumbre viva.
Lanza sus lavas que van
Formando mares de fuego,
Y en nieve cubierto luégo,
Tranquilo queda el volcan.
Vierte en mi pecho, amor mio,
A torrentes tu pasión,
Y calma tu corazón.
Que es nube, volcan y río.
Tu padre salió.

SALOMÉ. Temores
Siento por él.

HILPERIK. Salomé,
Nada temas, que yo sé
Que volverá. Tus amores
Son mi luz, son mi existencia;
Sin tí no puedo vivir,
Y aquí los siento morir.
Flores que pierden su esencia,
Han menester otro cielo.

SALOMÉ. Si no acierto á comprenderte.
Mi padre....

HILPERIK. Podrá la muerte
Encontrar.

SALOMÉ. Si lo recelo.

HILPERIK. Huye conmigo, y te fio
Que conservará la vida.

SALOMÉ. ¿Quién sois entonces?

HILPERIK. Su egida.
Inmenso es mi poderío,
Y mi fuerza de tal ley
En el bien y en la maldad,
Que mi sola voluntad
Es la voluntad del rey.
Cumple pues con tu destino:

SALOMÉ. Sígueme. Lecho de flores
Preparan nuestros amores.
¿Qué tienes que me fascino?
¿Por qué aunque á mi honra no cuadre,
Me mandan al deshonor

La inmensidad de mi amor
Y la vida de mi padre?

HILPERIK. Traidor pudiera ó falaz
Alguno espíarnos al paso:
Permíteme, por si acaso,
Que me ponga el antifaz.
Se embre.

SALOMÉ. Se me quiebra el corazón.

HILPERIK. Vamos: tu inquietud es vana.

Salgamos por la ventana.

Hilperik ha ido llevando á Salomé hacia la ventana. Al decir su último verso, aparece Priscus por la puerta.

ESCENA V.

Dichos.—PRISCUS.

PRISCUS. El camino del ladrón.

HILPERIK. ¡Ira del cielo!

¡Mi padre!

SALOMÉ. Noble sois según percibo,

PRISCUS. Pues lleváis joyas al cuello,
Y portáis espada al cinto.

Muy noble debéis de ser
Pues cometéis tal delito,

Que á los grandes se conoce
Por sus crímenes.

HILPERIK. Judío,

Ni jamás así me hablaron,

Ni tal ultraje concibo

Sin arrancarte la lengua.

SALOMÉ. ¡Por piedad!

PRISCUS. Habréis tenido,

Pues no escuchasteis jamás

Nobles palabras, amigos

Que os vendan á sus mujeres,

Pero no que tengan hijos,

Porque los padres son padres

Desde el rey hasta el judío,

Y hasta la salvaje hiena

Defiende á sus cachorrillos.

HILPERIK. ¡Paso!

PRISCUS.

Aquí yo soy el amo,

Y yo mando. En este sitio

Se hará justicia tremenda

De tan tremendo delito.

Es en vano el intentar

Salir, pues mis siervos listos

Guardan puertas y escaleras.

Hilperik se dirige á la ventana.

¿Por la ventana? Este piso

Es alto, y quité la escala.

Noble, el honor de un judío

Hará que mañana vean

De ese hueco suspendido

El cuerpo del hombre alevé

Que robar mi dicha quiso.

Con la escala que subisteis

Haré un nudo corredizo;

Por donde subió la infamia,

Justo es que baje el bandido;

Y que la cuerda del crimen

Sirva de cuerda al castigo.

SALOMÉ.

¡Padre!

HILPERIK.

¡Villano!

PRISCUS.

¿Villano?

Si el noble aquí es el judío.

Descubre el noble su rostro,

Y vos no osáis descubrirlo,

De miedo que la faz muestre

La vergüenza del delito.

Se dirige á la puerta.

A mí, fieles servidores.

Pues aunque fuera el rey mismo,

Le matara.

SALOMÉ.

Padre, calla.

PRISCUS.

A mí pronto.

HILPERIK.

Ap. Estoy perdido.

PRISCUS.

Llegan ya.

SALOMÉ.

Arrebatando el puñal del cinto á Hilperik.

Si un solo paso

Dan; si no dejan tranquilo

Salir al hombre que adoro;

De este acero con el filo,

Mi corazón en pedazos

Te arrojaré, padre mío.

PRISCUS.

A Hilperik. Salid; pero salid pronto.

Hacia afuera. Dadle paso, que es mi amigo.

HILPERIK. Yéndose. Salvas la vida por ella.
 PRISCUS Cayendo en el sillón. Ábrete á mis piés, abismo.
 Salomé deja caer el puñal, que queda en la mitad de la escena.

ESCENA VI.

PRISCUS.— SALOMÉ.

SALOMÉ. Padre, perdon; mas te juro
 Que lo hacía por salvarte;
 Querían, padre, matarte;
 Y era remedio seguro,
 Segun me dijo, el huír.
 Verdad es que siento amor;
 Pero iba al deshonor
 Por no mirarte morir.

PRISCUS. ¿Y quién es?

SALOMÉ. Si no lo sé:
 Si sólo sé que le amo,
 Que le busco, que le llamo,
 Que lo sueño.

PRISCUS. Salomé,
 Noble parece. ¿Te dijo?... .

SALOMÉ. Que su voluntad es ley
 Aún para el mismo rey.

PRISCUS. Estoy perdido de hijo.

SALOMÉ. Padre.

PRISCUS. Hija mia,
 Oye una historia lúgubre, sombría:
 Ha llegado la hora
 De que te la revele. Seductora
 Era tu infeliz madre,
 Y con ciega pasión amó á tu padre.
 Pero yo era judío,
 Y fué cuerdo ocultar el amor mio.
 Por dama de la corte,
 No pudiera jamas ser mi consorte;
 Y en la noche callada,
 La miraba en mi seno enamorada.
 Una vez, le vi rojos
 Y preñados de lágrimas los ojos;
 Y temblando me dijo:
 "Va ya á nacer el adorado hijo
 De tus tiernos amores,
 Y siento de la muerte los dolores.
 Tan pronto como vida

Tenga, huye con él; y en escondida
 Mansion, que ignore el mundo
 Que es mi hijo: pudiera furibundo
 El cruel asesino
 Matarle. Toma: en este pergamino
 Mi nombre verdadero
 Está: si le oculté, no justiciero
 Maldigas mi memoria;
 Recuerda que este amor fué nuestra gloria.
 Pero, Priscus, te exijo
 Que sólo en gran peligro de mi hijo
 Se lea mi escritura.
 Priscus, tómale y cumple, y ántes jura."
 Juré, gritó tu madre,
 Y naciste en los brazos de tu padre.
 ¿Y mi madre?

SALOMÉ.

PRISCUS.

Un momento

Despues, escuché voces: ¡qué tormento!
 Escapar no podia....
 Guardé el pliego.... en mis brazos, hija mia,
 Te oculté contra el pecho
 Detras de las cortinas de aquel lecho.
 Un hombre entró furioso.
 "Dame á ese niño, con gritar rabioso
 Le decía á tu madre;
 Muera al instante, yo no soy su padre;
 Y á tí tambien, perjura,
 Mis manos abrirán la sepultura."
 Y tu madre callaba,
 Y el hombre aquel rabioso la increpaba.
 El grueso cortinaje
 No me dejaba verle. Su coraje
 Por momentos crecía,
 Y juraba matarte, vida mia.
 Pero tú no llorabas,
 Y sin aliento contra mí temblabas.
 Por salvar tu existencia
 Ni respiraba yo. Ya sin paciencia,
 Se lanzó sobre el lecho
 El malvado; rugidos de su pecho
 Lanzaba; y la garganta
 De tu madre oprimió con fuerza tanta,
 Que le arrancó la vida.
 ¡Madre del alma!
 ¡Madre del alma!
 Sola allí, y tendida
 En su lecho de muerte,
 No la osaba mirar por no perderte.

SALOMÉ.

PRISCUS.

Quedó la estancia oscura;
Sali del escondite; por ventura
Estaba el aposento
Solo: besé á tu madre; y al momento
Huí precipitado
De aquel negro palacio endemoniado;
Y al traspasar la puerta,
Que en mi fuga encontré, por dicha, abierta,
Ya lloraste, hija mia,
Y yo tambien al fin loco rugia.

SALOMÉ. Padre....

PRISCUS. Hoy tu destino

Va á descubrir al fin el pergamino:
Sobre nuestra cabeza
Sus alas á batir la muerte empieza;
Y oigo, al gemir el viento,
Que gime ya con funerario acento.
Voy á traerle, espera:
Sé tú feliz, y que tu padre muera.
Se va por la puerta de la izquierda.

ESCENA VII.

SALOMÉ.—FATIR.

Al mismo tiempo que se va Priscus, entra Fatir por la derecha.

FATIR. ¿Estás, Salomé, sola?

SALOMÉ. Entra.

FATIR. Tu faz contemplo

Lívida.

SALOMÉ. Llegó padre.

FATIR. No pude detenerlo:
Al mirar el palacio,
Con el semblante avieso
Hayó veloz.

SALOMÉ. Y vino
En el triste momento
En que huíamos.

FATIR. Todo
Lo sé. Mas cuenta; luego....

SALOMÉ. Yo no sé lo que intenta,
Y ni saberlo quiero.
En el mundo ya nada
Me importa, que es infierno

Para mí de desdichas.

FATIR. Volverle puedes cielo.

SALOMÉ. Dí á la noche que alumbre.

FATIR. Espera; y de su seno
Al sol verás brotando

En ráfagas de fuego.

SALOMÉ. Dí al hielo que caliente.

FATIR. Espera; y ese hielo,
Ya roto en la alta cumbre,

Será camino abierto

De llamas y cenizas,

De lavas y de incendios.

SALOMÉ. Jamas volveré á verle.

FATIR. Le matarás no viéndolo.

SALOMÉ. Es primero mi padre.

FATIR. ¿Quién niega que es primero?

Pero por tí perdiera

La vida el pobre viejo.

SALOMÉ. ¿Por qué, Fatir, lo dices?

FATIR. Lo callo: es un misterio.

SALOMÉ. Tambien él me lo dijo.

FATIR. Ya miras como es cierto.

SALOMÉ. ¿Mas qué remedio encuentras?

FATIR. Huir es el remedio.

SALOMÉ. La puerta está guardada.

FATIR. El oro hace portentos.

SALOMÉ. ¿Y si no basta el oro?

FATIR. Entonces abre el hierro.

SALOMÉ. Mi padre está conmigo.

FATIR. Que duerma en dulce sueño.

SALOMÉ. ¿Y si dormir no quiere?

FATIR. Sacando un pomo. Un néctar aquí tengo.

SALOMÉ. Fatir, ¿qué cosa intentas?

FATIR. Lo juro: no es veneno.

SALOMÉ. ¿No morirá mi padre?

FATIR. Se dormirá contento.

SALOMÉ. ¿Despertará mañana?

FATIR. Al alumbrarse el cielo.

SALOMÉ. Fatir, dame ese pomo.

FATIR. Dándoselo, y yéndose. Me marchó: ruido siento.

ESCENA VIII.

SALOMÉ sola.

¿Qué lucha en mi corazon!....

Siento como tempestad....

Relámpagos de piedad....

Huracanes de pasion.

De lágrimas un turbion
 Que aprisiona mi garganta....
 Mi padre... mi madre santa....
 Celos, delirios, enojos....
 ¡Y por llanto de mis ojos
 Ola de sangre que espanta!
 Si por salvar su existencia,
 Con esto le doy la muerte....
 Si por luchar con mi suerte,
 No le doy la pura esencia
 Del pomo, y en mi demencia,
 Por mí le arrancan la vida....
 Sin mi padre, estoy vendida....
 Conmigo, muere mi padre....
 Date desde el cielo, madre,
 Luz á mi razon perdida.
 Pueden llegar, y yo muero....
 Pueden llegar, y él morir....
 Si nada sé decidir....
 Si ya no sé lo que quiero....
 ¿A resolverme que espero?
 Y resolverme es preciso.

En este instante el viento abre con estrépito la ventana: Salomé hace un movimiento de pavor, y suelta el pomo que cae y se rompe junto al puñal que está en el suelo.

Ese ruido de imprevisto...
 ¡Roto el pomo de cristal,
 Y en el suelo este puñal!...
 ¡Madre, comprendo tu aviso!
 Alza el puñal.

ESCENA IX.

SALOMÉ.—PRISCUS.

Sale Priscus con un pergamino atado con un cordón rojo.

SALOMÉ. Padre mío.

PRISCUS. De tu madre

Vas á oír la voluntad.

Espantosa tempestad

El techo sacude.

Hasta el fin de la obra se está oyendo la tempestad.

SALOMÉ. Padre,

Cierra bien, que tengo miedo.

PRISCUS. Echa los cerrojos á las puertas de salida y de la ventana

Y yo en el alma pavor.

Blanca sombra de mi amor,

Del mismo cielo remedo,
 Te me vas á aparecer
 En mi horrible desventura,
 Como si la sepultura
 Te pudiera devolver.
 Abre el pergamino.
 Escritura que me espanta
 Con sus caracteres rojos:
 Leer no pueden mis ojos,
 Ni articular mi garganta.
 Al mechero. Llama de sangre maldita,
 Tu luz no alumbrá; oscurece.
 Con lágrimas me parece
 Que está la escritura escrita.
 Los caracteres de fuego
 A mi vista miro arder.
 ¡Si no los puedo leer!
 ¡Si no puedo! ¡si estoy ciego!
 Padre, cálmate.

SALOMÉ.

PRISCUS.

¡La amaba

Tanto!

SALOMÉ.

Sería muy bella.

PRISCUS.

Si te pareces á ella.

SALOMÉ.

¿Puedes leer? Padre, acaba:

Que tengo el alma pendiente

De esa escritura.

PRISCUS.

Ya veo.

Temblando estoy, porque creo

Que está tu madre presente.

Leyendo. "Arrojada por mi esposo,

Que llevó al lecho nupcial

A mi hermana"....

SALOMÉ.

Sin igual

Crímen.

PRISCUS.

Crímen espantoso.

Leyendo. "Quise quitarme la vida:

Salvóme un noble judío,

A quien rendí el albedrío

En pago."

SALOMÉ.

Madre querida.

PRISCUS.

Leyendo. "En cinta estoy: la criatura

Que va á nacer es su hija"....

Pausa.

SALOMÉ.

Padre, sigue aunque te aflija.

PRISCUS.

Leyendo. "Nacida en la desventura,

Desciende de regia grey.

Y firmo para constancia.

Ingonda, reina de Francia."
¡Mujer de Clotario! El rey
Es tu hermano; amparará
Tu desgracia; le veremos
Mañana; hija, esperemos
Con confianza en Jehová.

SALOMÉ. Es tarde, padre.
PRISCUS. ¿Qué dices?

SALOMÉ. El viento en su raudó giro,
Se llevó como suspiro
Mis verdes años felices.
Escucha: hace poco, padre,
Pedí al cielo una señal,
Y me mandó este puñal
Desde los cielos mi madre.
¿No sabes? Ya va á venir
En mí busca el seductor,
Y por no darle mi amor
Es necesario morir.

PRISCUS. Calla: huyamos.
SALOMÉ. Es ya tarde.

Oye sus voces: ya llegan.
PRISCUS. Ojos que en llanto se ciegan,
Pobre corazón cobarde,
Frente que no da consejo,
Brazo sin fuerzas ni brío,
¿Pero qué puede, Dios mio,
Sino morir este viejo?

SALOMÉ. Dándole el puñal. Traspasa mi corazón
Con el puñal, pues lo quiere
Mi madre, porque prefiere
Mi virtud á mi pasión.

Y pues que de regia grey
Desciendo, no he de vivir
Infame; que ántes morir
Debe la hermana del rey.

PRISCUS. Oye espadas.
SALOMÉ. El acero

Se abre paso hasta mi honor.

PRISCUS. ¿Pero morir tú, mi amor?
No, Salomé, no lo quiero.

SALOMÉ. Lo manda mi santa madre:
Mátame.

PRISCUS. Si no pudiera.

SALOMÉ. Cumple mi fortuna fiera.

PRISCUS. ¿Y cómo, si soy tu padre?

SALOMÉ. Será la infamia el vivir:
Oye crugir el acero.

PRISCUS. Aun no lo puedo, y ya quiero.

¡Oh! sí: preciso es morir.

SALOMÉ. Se oyen pisadas; ya vienen;
Ya sube; pronto abrirá.

PRISCUS. ¿Pero qué las nubes ya
Fúlgidos rayos no tienen?
Mátate tú. Le tiende el puñal.

SALOMÉ. Padre, no;

Que yo matarme no puedo:
No, padre, no; tengo miedo.

PRISCUS. ¿Y no tengo miedo yo?

SALOMÉ. Allí están: la dura puerta
Sacuden; ya van á entrar;
Y yo le voy á mirar.
Padre, que me encuentre muerta.

Salomé arrastra á Priscus hacia la puerta de la izquierda.

PRISCUS. Cúmplase el hado fatal.

SALOMÉ. Padre, hiere; se hace tarde.

PRISCUS. Yéndose con Salomé. Alienta, pecho cobarde,
Y salve la honra el puñal.

En el momento que Priscus y Salomé desaparecen, cae la puerta de la derecha y entran Hilperik y Fatir.

ESCENA FINAL.

HILPERIK.—FATIR.—PRISCUS *después*.—SALOMÉ *dentro*.

SALOMÉ. Lanza dentro un grito de muerte. ¡Ay!

HILPERIK. Dirigiéndose adentro. ¿Nadie, y un grito dentro?

FATIR. Detente, señor.

PRISCUS. Saliendo descompuesto. ¡El rey!...

¡El amante!... Infame grey

De los Clotarios, te encuentro

En mitad de mi camino

Por todas partes. ¡Maldita

Raza! Tu obra precita

Ven á mirar, asesino.

Toma á Hilperik y lo lleva á la puerta.

HILPERIK. Retrocediendo. ¡Ah, muerta!

PRISCUS. Sombrío y ap. Amaba á su hermana:

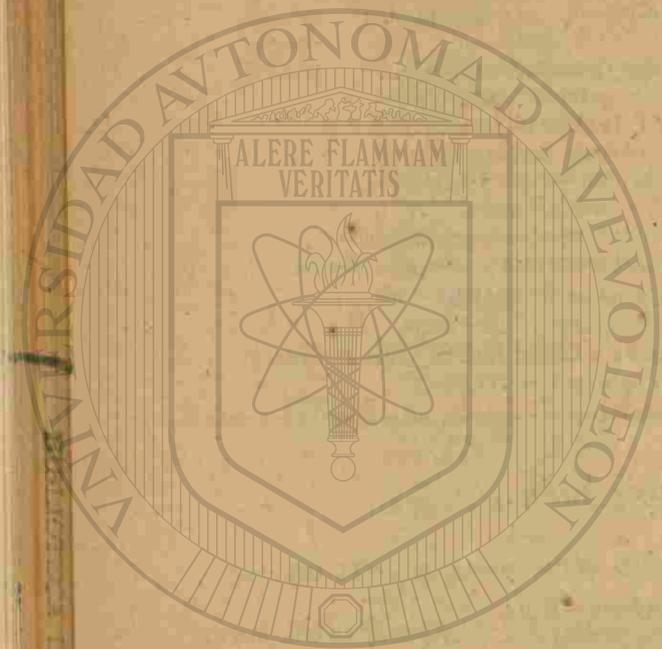
En su ignorancia le dejo.

HILPERIK. A Fatir. Vámonos de aquí.

FATIR. ¿Y el viejo?

HILPERIK. Fatir, mátaale mañana.

TELON MUY RÁPIDO.



¡EL HURACÁN DE UN BESO!

Drama en dos actos

y en prosa, precedido de una introducción, original de

Alfredo Chavero.

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de México,
la noche del 11 de Agosto de 1881.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO
IMPRESA DE GUILLERMO VERAZA
CALLE DE LA CANOA NÚMERO 64

1886

REPARTO EN SU ESTRENO EN MÉXICO,

GENOVEVA.....	SRIITA. MARÍA DE JESUS SERVÍN.
EL MARQUÉS, SU PADRE.....	SR. CANTÓ.
HIPÓLITO.....	„ ESCANERO.
GUSTAVO.....	„ MONTOTA.
KARNAC.....	„ J. SEGARRA.
CRIADO.....	N. N.

REPARTO EN SU ESTRENO EN ESPAÑA.

HIPÓLITO.....	SR. D. PEDRO DELGADO.
GENOVEVA.....	SRA. MALLÍ.
EL MARQUÉS, SU PADRE.....	SR. CONTRERAS.
GUSTAVO.....	„ TABERNAR.
KARNAC.....	„ GÓMEZ.
CRIADO.....	N. N.

LA ESCENA EN PARÍS.—ÉPOCA ACTUAL.

INTRODUCCIÓN.

Salón elegante en la casa del marqués: puerta de entrada al fondo; balcón á la derecha del actor, y puerta á la izquierda. Muebles de lujo, cortinajes, pinturas, etc. Sofá á la derecha; sillón y velador á la izquierda.

ESCENA I.

MARQUÉS—CRIADO.

(El criado presenta al marqués, cerca de la puerta del fondo, una carta en una bandeja de plata)

CRIADO. Señor marqués, han traído esta carta de parte del señor Gustavo.

MARQUÉS. (Tomándola y haciendo señas al criado de que se retire.)—Bien.—(Se va el criado, y el marqués adelanta al proscenio á leer la carta.)

(Leyendo.)—“Señor marqués: Hipólito está conforme en recibir las libranzas en pago de su vapor: enviéme las vd. en seguida, endosadas á mi favor. Le he asegurado á nuestro marino, que no habrá ningún

inconveniente para su matrimonio con Genoveva; y dentro de una hora irá á pedir su mano. He recibido magníficos informes sobre su fortuna: es más rico de lo que yo creía.....—(*Suspendiendo la lectura y meditando.*)—Bien..... así todo se arregla..... me salvo haciendo feliz á mi hija..... Decididamente Dios, como siempre, sigue protegiendo á los Montferrand..... voy á mandar las letras endosadas.....

(*Se dirige al fondo, y se encuentra con Genoveva que sale por la izquierda.*)

ESCENA II.

MARQUÉS—GENOVEVA.

MARQUÉS. Hoy no te había visto.

GENOVEVA. Saliste sin duda muy temprano.

MARQUÉS. Sí..... los negocios.....

GENOVEVA. (*Con tristeza.*) Tampoco he visto hoy á mi madre.....

MARQUÉS. Ya sabes que la marquesa no pierde diversión: profana ó sagrada, poco le importa; lo mismo la ópera que una misa de *requiem*. ¡Feliz ella que tiene tal genio! Se fué á no sé qué funcion solemne que hacen en la Magdalena.

GENOVEVA. ¡Y yo me quedo tan sola!..... ¿por qué me han dejado siempre sola?..... ¿por qué?

MARQUÉS. Y ahora desearía que estuviese aquí la marquesa... voy á recibir una visita.... y deberíamos estar los dos.....

GENOVEVA. ¿Una visita?

MARQUÉS. Sí. Pero vuelvo á hablar contigo: antes tengo que mandar unas letras.....

(*Dice esto yéndose por el fondo.*)

ESCENA III.

GENOVEVA sola.

(*Se adelanta y se apoya en el respaldo del sofá.*)

¡Qué tristeza! ¡sola, siempre sola! ¡y pensar que sola he de vivir eternamente!... El hombre únicamente está solo en el sepulcro..... ¿pues qué es entonces el mundo para mí, sino inmenso sepulcro de un cadáver vivo!..... ¿Por qué me dejaron siempre sola, si la soledad es amparo de criminales y guarida de fieras! (*Se adelanta, se deja caer en el sofá, y la tristeza de su rostro se cambia en melancolía.*) ¡Qué raro! siempre que en mis tristezas pienso, y en mis tristezas pienso siempre, preséntase á mi imaginación, como evocada, la figura de ese marino, Hipólito. ¿Será que deba influir en mi suerte futura? Dos veces le he visto. La primera me repugnó, pues vino con Gustavo. ¿Por qué vino con él? ¿por qué volvió Gustavo despues de tanto tiempo de no verle, y cuando yo le había prohibido que se presentase ante mí? ¡Infame..... si no quiero pensar en él..... que siquiera un instante ha de salir mi alma de este infierno de pensamientos!..... Pero la segunda vez Hipólito vino solo... .. Es extraño... me agradó su rostro porque no es bello..... su rostro tostado por el sol, como cubierto con barniz de oro de sus rayos..... su cerrada barba como negro cuadro de enérgica fisonomía, coronada por sus cabellos en desorden, como bandera que en pliegues irregulares estruja el viento sobre la popa de una fragata en una noche de combate... ¡y sus ojos, negros como abismo que atrae!..... ¡cómo los fijaba en los míos, queriendo leer en el fondo de mi alma! ¡ojos que están acostumbrados á ir á buscar con sus miradas de fuego, las tormentas en el fondo del mar y los huracanes en el fondo del cielo!..... (*Pausa.*) Y tam-

bién ha pasado su vida en la soledad como yo..... el mar es la soledad..... pero allí el marino estaba con Dios..... ¡y yo aquí de Dios huía!..... No sé por qué me figuro que por mí viene Hipólito..... su mirada no era de amor..... ¡pero por qué me veía tanto?..... Las mujeres conocemos siempre estas cosas..... está un hombre creyendo leer en nuestro corazón, y en vez de conseguirlo nos está abriendo el libro de su alma..... ¡Pobres hombres!..... sabios tontos..... lo pienso y risa me da..... ¡sí al fin me río!..... ¡Pero por qué me río?..... ¡porque los hombres son tontos!..... pues que reír tenía entonces toda la vida..... Río porque en Hipólito estaba pensando..... (*Levantándose precipitadamente.*) Locura..... (*con amargura*) locura nada más..... hay otros hombres que no son tontos..... ¡esos son infames! (*Pausa. Se dirige al balcón.*) ¡Qué día tan triste!..... la nieve al caer parece lluvia de lágrimas..... creyérase que la ciudad está muerta y que algún genio del mal la envolvió en un blanco sudario..... la bóveda del cielo está gris como bóveda de cerebro poblada de negros pensamientos..... ¡Pobre mujer la que allí va!..... pisando en la nieve..... bajo su manto lleva un bulto cuyo peso le impide andar de prisa y llegar pronto á su caliente hogar..... Y yo tengo una habitación abrigada..... un salón confortable..... yo soy menos desgraciada..... ¡Ah, no!..... se detiene sonriendo..... abre su manto..... el bulto que lleva es un niño rubio como los angeles de Rubens..... ¡y lo besa!..... y sigue contenta sobre la nieve..... y qué feliz es!..... ¡Y yo?..... maldecido salón..... y sedas y carruajes!..... Siento morirme..... (*Se deja caer en el banquillo del piano, que está cerca del balcón, y oculta sus lágrimas y su rostro entre las manos. Después de una*

pequeña pausa y como distraída, deja caer la mano derecha sobre el teclado, y fija maquinalmente la vista en el libro que está sobre el atril. Suenan algunas notas de la romanza Spirto gentil de Favorita. Genoveva las oye como sorprendida de tocarlas. Se levanta, y con la frente doblada y meditabunda, se dirige lentamente al sillón y se sienta. Pequeña pausa.) La Favorita..... Hermosa estaba la sala de los Italianos aquella noche... allí conocí á Hipólito..... me pareció verle llorar en el duo final..... cantaba Gayarre con voz de ángel..... ¿y cómo no llorar con ese final?..... Leonor está manchada..... muy manchada..... pero el amor la redime..... ¡y la mata!..... Si el amor redime ¡qué importa que dé la muerte!..... Moribunda llega..... muriendo sabe que Fernando la ama..... y muere..... y qué feliz es!..... ¡y qué energía de dicha en ese canto de cielo del duo final!..... Sí..... puede haber felicidad después de la desgracia, como hay luz después de la noche y sol tras la tormenta..... Pero es locura..... ¡si nadie puede ser feliz sin un pedazo de su alma! Lágrimas, lágrimas mias, ya no hay más dicha para mí en el mundo que vosotras..... os siento revolver en oleadas golpeando mi corazón dentro de mi pecho..... siento que subís como tromba con furia vertiginosa hasta mis ojos..... y ya brotáis, como tormenta... brotad, brotad, lágrimas mias..... y ahogadme en vuestro mar, como me ahogan también mis sollozos, y me ahoga este tenaz dolor que estruja mi corazón ¡y que lo rompe en mil pedazos! (*Pequeña pausa. Se oye adentro la voz del marqués.*) Mi padre... que no vea este llanto que mancha... que no oiga estos sollozos que silban vergüenzas..... que no sienta este corazón que golpea infamias..... Así..... ya mis lágrimas se secaron..... ya mis ojos brillan..... ya se apagaron mis sollozos y mis labios sonrían..... mi seno está tranquilo y mudo como

ataúd de cadáver..... alcemos la frente serena..... pongámonos la máscara otra vez..... los espectadores se acercan... y hay que continuar la comedia... Así está bien la víctima..... actriz consumada, ya se ríe otra vez..... ¡mundo infame, aplaude, aplaude con furor! *(Se deja esta escena al talento de la actriz).*

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
ESCENA IV.

GENOVEVA—MARQUÉS—CRIADO, después.

MARQUÉS. Hija, pálida estás como la muerte: ¿te sientes mal?

GENOVEVA. No son extrañas en mí estas tristezas.

MARQUÉS. Es verdad: tu naturaleza es delicada, romántica como se decía en mis buenos tiempos. Pero todo varía. Cuando éramos novios, la marquesa, por estar de moda, se daba no sé qué sahumerios á fin de tener el rostro lívido como una heroína de Chateaubriand: y ya ves que luego ha resultado la mujer más alegre del mundo; siempre en paseos, en bailes, en diversiones de todas clases.

GENOVEVA. *(Con amargura.)* Es cierto: y yo mientras he estado aquí sola, como palma del desierto que sirve de ludibrio al huracán desencadenado.

MARQUÉS. Razón tienes de quejarte: y precisamente trato de que concluya esa soledad.

GENOVEVA. No comprendo.

MARQUÉS. Voy á hablarte de algo muy serio: sentémonos. *(Se sientan en el sofá: Genoveva á la derecha.)*

GENOVEVA. Te escucho.

MARQUÉS. Tú comprendes, pues sangre de Montferrand corre por tus venas, cuánto vale la honra de nuestro nombre, y que es preferible darse mil veces la muerte á verle manchado.

GENOVEVA. *(Incorporándose con espanto)* Padre ¿por qué dices eso? ¿por qué lo dices?

MARQUÉS. Cálmate: no se trata de una desgracia irremediable.

GENOVEVA. *(Aparte.)* Me siento sin vida.

MARQUÉS. Como hemos tenido tan pocas ocasiones de hablar de cosas serias, tú no has podido saber cuánto he luchado para sostener el nombre que nos legaron nuestros ilustres abuelos. El vulgo se burla de este afán por conservar en todo su esplendor nuestras glorias aristocráticas, cuando el único anhelo de todos es formarse un nombre: ¡y quieren que despreciemos el nuestro ilustrado por veinte generaciones! Mi nombre pues exigía le diese todo el brillo con que yo lo había recibido de mis antepasados. Desgraciadamente las revoluciones mermaron nuestra vieja fortuna; y á despilfarros de mi juventud vinieron á seguir despilfarros mayores de la marquesa. En vano emprendí toda suerte de negocios, compatibles por supuesto con mi educación y mis antecedentes; nada me bastaba.

GENOVEVA. Hubieras disminuido el fausto de nuestra casa; el lujo de nuestros trenes.

MARQUÉS. Y habría rebajado mi posición... y la marquesa, que se unió á mí confiado en que jamás descendería del puesto que le di al casarme con ella, me habría dirigido reproches justísimos. Así es que hice cuanto hacerse podía para evitar la ruina que nos amenazaba, y que al fin...

GENOVEVA. Pues más vale descender á una posición humilde, que á infamias. Vende nuestros trenes, las pinturas, mis alhajas.

MARQUÉS. Sería inútil: no bastaría.

GENOVEVA. Pues entonces vende todo. Nos iremos á provincia; yo trabajaré: lo que he aprendido me basta para ser una buena instructora: sí, trabajaré, no sólo para mí; para mis padres... y tal vez...

MARQUÉS. Es tarde, hija mía.

GENOVEVA. ¿Tarde para ser buenos? Siempre es tiempo, padre mío.

MARQUÉS. He cometido una mala acción... he endosado unas

letras que no pueden pagarse... y la consecuencia pudiera ser un presidio...

GENOVEVA. ¡Padre!

MARQUÉS. Sin duda te avergüenzas de mí que he cometido una acción infame... de mí que he manchado mi nombre...

GENOVEVA. ¡Avergonzarme de tí porque cometas una infamia... porque deshonres nuestro nombre... cuando yo!... ¡Oh, padre, calla, calla! ¿no ves que me estoy muriendo?

MARQUÉS. Tú puedes salvarnos.

GENOVEVA. ¿Yo?

MARQUÉS. Sí. Pero antes dime: ¿amas á algún hombre?

GENOVEVA. (*Levantándose y con energía*) A nadie.

MARQUÉS. Pues bien, Gustavo...

GENOVEVA. (*Alterada*) ¿Por qué me hablas de ese hombre?

MARQUÉS. Hemos tratado de un amigo suyo que quiere casarse contigo, y á quien él garantiza.

GENOVEVA. (*Con dolorosa ironía*) ¡Él!

MARQUÉS. Ciertamente el fiador no es muy bueno, pues he descubierto que Gustavo es casado ha más de siete años, y que abandonó á su mujer y á sus hijos. Parece imposible que haya quien abandone á un hijo...

GENOVEVA. Pues hay quien los abandona, padre. ¿Qué mucho si el cielo manda estos castigos?

MARQUÉS. Pero volvamos á tu pretendiente: es Hipólito.

GENOVEVA. (*Conmovida*) ¿Hipólito!

MARQUÉS. Sí, hija mía. Dentro de poco vendrá á pedir tu mano. Este matrimonio nos salva, salva mi nombre, salva nuestra honra. Con él serás feliz.

GENOVEVA. (*Aparte y con angustia*) ¡Feliz!

MARQUÉS. Yo no te hubiera sacrificado nunca: por eso te pregunté antes si amabas á otro hombre; no amas á nadie, pues puedes, tienes que ser feliz con Hipólito. Me dirás que tampoco le amas á él; pero cuando una joven tiene el corazón limpio de toda pasión y la conciencia limpia de toda mancha, y se une á un hombre lleno de cualidades como Hipólito, acaba por amarle mucho y por ser muy feliz. Ya ves, te

pido que salves á tus padres, que salves nuestra honra; y en cambio te ofrezco la felicidad. ¿Crees que Hipólito no hará feliz á la mujer que tenga la dicha de ser su esposa? ¿acaso no reúne las cualidades necesarias para ello?

GENOVEVA. Cualidades... todas: hermosura varonil, no belleza afeminada; alma franca que por sus negros ojos se le ve noble y clara; y corazón inmenso como el mar en que ha vivido.

MARQUÉS. Entonces ¿aceptas?

GENOVEVA. (*Con decisión*) Nunca.

MARQUÉS. Pues no te comprendo.

GENOVEVA. Ni intentes comprenderme.

MARQUÉS. Capricho parece.

GENOVEVA. Pues no lo es.

MARQUÉS. Explicame entonces...

GENOVEVA. Padre, debo callar.

MARQUÉS. ¿Me condenas á la ruina?

GENOVEVA. ¿Qué es la fortuna?

MARQUÉS. Me hundes en la deshonra.

GENOVEVA. Padre, por piedad no hablemos de honra.

MARQUÉS. Me sentencias á muerte.

GENOVEVA. (*Con espanto*) ¿Á muerte?

MARQUÉS. Sí: antes que ver arrastrado mi nombre á los tribunales; antes que ver á tu madre arrastrada á la miseria; antes que verme yo mismo arrastrado á un presidio, me daré la muerte.

GENOVEVA. ¡Me espantas!

CRIDO. (*Desde la puerta del fondo*) El Sr. Hipólito está en la antesala, y pregunta si el señor marqués le puede recibir.

MARQUÉS. Dile que pase. (*A Genoveva*) Retírate un momento: ya lo sabes, tu matrimonio ó mi muerte. (*La lleva hacia la puerta de la izquierda. Dos voces hace Genoveva un movimiento mudo de súplica. El marqués con severidad la hace entrar. En el momento que se va, y estando todavía el marqués cerca de la puerta, aparece en el fondo Hipólito.*)

ESCENA V.

MARQUÉS—HIPÓLITO—CRIADO, después.

HIPÓLITO. Señor marqués...

MARQUÉS. *(Con amabilidad afectada.)* Amigo Hipólito... *(Se sientan.)*

HIPÓLITO. Señor marqués, yo soy ajeno á todas las fórmulas del gran mundo: ni siquiera las conozco. Criado en el mar, y acostumbrado á hablar con Dios y con el Océano, no he aprendido más lenguaje que el de la verdad, y digo con franqueza lo que siento.

MARQUÉS. *(Siempre con afectación.)* Hermoso carácter.

HIPÓLITO. Por eso vengo con total falta de cumplidos á un asunto serio y grave.

MARQUÉS. Ya Gustavo me ha enterado; y siento no haberlo sabido antes, para que la marquesa no hubiese salido.

HIPÓLITO. He pensado que ya era tiempo de establecerme, de formarme una familia, de ser algo más que una cifra aislada en el mundo. Los hombres son como los números: su valor aumenta poniéndose al lado de otros. Necesito una familia que no tengo; en la soledad de mi vida ansío una compañera; quiero un lazo que me una á la sociedad y á la patria; acaso un ángel que me conduzca al cielo. Señor marqués, vengo á pedir la mano de su hija Genoveva.

MARQUÉS. Amigo Hipólito, como usted decía, este es asunto muy grave. El lustre de nuestra casa ha exigido siempre que nuestros bienes permanezcan... incólumes.

HIPÓLITO. Soy bastante rico.

MARQUÉS. Sin embargo, no daríamos á nuestra hija sin una dote respetable, que llevase á su marido para auxiliarlo...

HIPÓLITO. *(Interrumpiendo.)* Perdone usted: yo quiero nada más á Genoveva, no quiero dote.

MARQUÉS. Pero debemos darla... En fin, éstas son cosas que tratará usted con la marquesa.

HIPÓLITO. Es decir, que usted consiente.

MARQUÉS. No negaré á usted que la marquesa y yo hemos hablado ya de esto: los padres adivinamos siempre á los pretendientes. Con franqueza: creemos que hará usted la felicidad de nuestra hija.

HIPÓLITO. A hacerla dedicaré mi vida.

MARQUÉS. Pero yo no quiero forzar la voluntad de Genoveva. Ella es feliz en su estado. Goza de todas las comodidades y de todos los placeres que da la riqueza; es la niña mimada de sus padres: como es nuestra única hija, á ella dedicamos todos nuestros cuidados y todo nuestro cariño. Así es que á ella es á quien toca con-
testar á usted.

HIPÓLITO. Señor marqués, gracias: no hubiera yo querido que Genoveva se casase conmigo obligada por sus padres.

MARQUÉS. *(Suena un timbre: al criado que se presenta)* Avise usted á la señorita. *(Se va el criado)* Hipólito, quiero que hablen ustedes con toda franqueza. *(Se levanta y va á encontrar á Genoveva que sale por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VI.

EL MARQUÉS—GENOVEVA—HIPÓLITO.

MARQUÉS. *(Adelantándose á encontrar á Genoveva.)* A tu negativa, me doy la muerte. *(Genoveva se adelanta dominándose, pero se comprende que es presa de horrible lucha.)*GENOVEVA. *(Tendiendo la mano á Hipólito.)* Hipólito.HIPÓLITO. *(Con respeto afectuoso.)* Genoveva. *(Genoveva se sienta, ó más bien se deja caer en el extremo izquierdo del sofá. Hipólito toma la silla volante, y se sienta á respetuosa distancia, de manera que quede de espaldas á la puerta de la izquierda.)*MARQUÉS. *(Con intención y viendo fijamente á Genoveva.)* De-

seo que ustedes traten un asunto tan serio con completa libertad. Mientras, voy á mi gabinete; aquí á la pieza inmediata. No será la conversaci3n de ustedes tan secreta, que no deba yo 3irla. Lo digo porque..... desde all3 todo se oye. Hoy limpi3 mis pistolas, y voy á entretenerme en cargarlas. Un gentil hombre no debe confiar á nadie este cuidado.

GENOVEVA. (*Levantándose precipitadamente.*) Padre, quedate.

HIP3LITO. Señor marqués, ¿por qué no permanece usted aquí?

MARQUÉS. Amigo Hip3lito, deseo que mi hija resuelva con entera libertad. No quiero que pese sobre ella ni mi presencia. (*Dice esta última frase yéndose por la izquierda, y mirando fijamente á Genoveva.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA—HIP3LITO—EL MARQUÉS
y GUSTAVO, al final.

(*Genoveva, p3lida é inquieta queda en el sof3, y en la silla volante Hip3lito.*)

HIP3LITO. Genoveva, he tenido la honra de pedir la mano de usted al señor marqués, y me ha contestado, que tanto él como la señora marquesa aceptan mi pretensi3n; pero quieren dejar á usted en completa libertad para resolver. Así obran los buenos padres. Ahora, mi suerte y mi porvenir est3n en las manos de usted. Acaso carezco de todos los atractivos que hoy da la civilizaci3n á la juventud: ni sé tocar el piano, ni bailar, ni rizarme el cabello, ni tantas cosas que se estilan en tierra; pero sé ser hombre honrado, sé luchar con las contrariedades, y si es preciso sé morir en mi puesto.

GENOVEVA. (*Aparte, con angustia.*) ¿Qué debo hacer? ¿Engañar á este noble coraz3n, ó dejar morir á mi padre?

HIP3LITO. La seriedad de usted me hace comprender que no me cree digno de ser su esposo.

GENOVEVA. (*Con tristeza.*) No, Hip3lito: muy digno es usted del amor de la mujer mas altiva.

HIP3LITO. Entonces habré llegado tarde: amaré usted á otro.

GENOVEVA. (*Con altivez.*) A nadie.

HIP3LITO. Pues no entiendo.....

GENOVEVA. Tal vez..... no pueda yo... ..hacer á usted feliz... usted merece una mujer que valga más.....

HIP3LITO. ¿Más que usted?

GENOVEVA. Muy bella.....

HIP3LITO. ¿Más bella que usted?

GENOVEVA. (*Aparte.*) Él..... mi padre..... ¿qué hacer? (*Vuelve con inquietud los ojos hacia la puerta de la izquierda.*)

HIP3LITO. (*Levantándose y con voz humilde.*) Conozco que usted, por exquisita delicadeza, no quiere lastimarme con una negativa franca. Me retiro.

GENOVEVA. (*Oyendo ruido en el gabinete, se levanta con angustia apoyándose en el respaldo del sof3; y viendo la puerta de la izquierda, dice rapidamente*) No.

HIP3LITO. (*Acercándose y tendiéndole la mano.*) Es decir, ¿que me acepta usted por esposo, Genoveva?

GENOVEVA. (*Dejando caer su mano sobre la de Hip3lito, con voz débil y expresando sublime resignaci3n.*) Sí, Hip3lito.

(*En este momento aparecen, Gustavo en la puerta del fondo, y el marqués en la de la izquierda. Hip3lito se inclina á besar la mano de Genoveva que baja los ojos llorosos: Gustavo dirige desde el fondo una mirada de interrogaci3n al marqués, y éste le contesta satisfecho, desde la puerta, con un signo afirmativo de cabeza.*)

TELÓN.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante. Al fondo una puerta con cortina. A la derecha (la decoración debe ser cerrada), en primer término un bufete; en segundo término, puerta sin cortinas. A la izquierda, en primer término chimenea con fuego, y sobre ella una panoplia; y en la chimenea dos candelabros con velas encendidas. En segundo término, puerta sin cortinas. Por únicos muebles, un sillón á cada lado de la puerta del fondo, dos cerca de la chimenea, y otro delante del bufete.

ESCENA I.

HIPÓLITO—KARNAC.

(Hipólito usa barba cerrada negra y peinado descuidado. Su rostro está tostado por el sol. Su aspecto es dulce pero severo. Está irrefragablemente vestido de rigurosa etiqueta. Aparece de espaldas á la chimenea, apoyándose en ella con las manos. Enfrente de él y descubierta respetuosamente, está Karnac, viejo marino, con su traje bretón.)

HIPÓLITO. Tardaste mucho en llegar.

KARNAC. Nos entretuvo cuatro días, á la altura de Terra nova, el temporal más fuerte que he corrido en el Atlántico; y además la niebla era tan espesa, que desde la pasadera de proa no se podía ver la casa del timonel en la popa. Había que andar con pies de plo-

mo. Pero el *Combate* es un vapor que no se arredra por tan poco, y hoy hemos anclado en el Håvre sin traer una cuerda rota.

HIPÓLITO. Me hubiera contrariado mucho un día más de tardanza.

KARNAC. ¿Pasa algo grave?

HIPÓLITO. No, Karnac; pero he vendido el vapor, y hoy debía firmar la escritura; la cual firmé al recibir el parte de tu llegada al puerto.

KARNAC. ¿Vender el *Combate*? ¿un vapor de esa clase?

HIPÓLITO. En un millón de francos.

KARNAC. No es maleja la suma..... pero los vale. ¿Y en qué buque navegaremos? ¿nada más en nuestro viejo pailebot la *Esperanza*?

HIPÓLITO. Yo me despido del mar.

KARNAC. ¡Imposible! ¿un marino domador de los océanos, camarada de las tempestades! ¡imposible!

HIPÓLITO. Ya estoy cansado de luchas. Tú me has acompañado en todas ellas, mi viejo lobo: en el castillo de proa rechazando con nuestras hachas el abordaje, en mi buque mercante salvando los escollos, en nuestros continuos viajes de San Francisco al Japón buscando la riqueza y la fortuna. Tú has sido quien me ha hecho millonario.....

KARNAC. Señor.....

HIPÓLITO. Y hoy es justo que recompense tus servicios. ¿Ves esta casa engalanada de fiesta? ¿ves mi traje de ceremonia? Al fin llego al puerto: esta noche me caso, Karnac. (*Asombro de Karnac.*) Tú vas á seguir la vida de marino, libre como el aire; pero antes deja que premie tus servicios, más bien tu cariño. Para eso te he hecho venir inmediatamente que supe tu llegada. Aquí tienes la escritura de propiedad del pailebot *Esperanza*, en el cual comenzamos nuestros trabajos; y aquí tienes también cinco letras de á cien mil francos, es decir medio millón: son letras giradas por mi futuro suegro contra la casa Roberts de Nueva York á la orden de mi amigo Gustavo,

endosadas por éste á mí, y ahora por mí en tu favor.
(*Le da una cartera que ha tomado de encima de la chimenea.*) Ya he cumplido este último deber de gratitud: ya puedo dedicarme tranquilo á mi felicidad.

KARNAC. (*Que ha tomado la cartera con timidez, pero que tiene aún tendido el brazo.*) Pero, señor...

HIPÓLITO. (*Con severidad.*) ¿Desde cuando no obedeces á tu capitán?

KARNAC. Le obedezco, y sea mil veces bendecido del cielo.

HIPÓLITO. Ahora vas á asistir á mi boda.

KARNAC. ¿Yo? No es posible. Soy un marino rudo que no conoce las formas y en este traje..... Se reirían de nosotros dos.

HIPÓLITO. Es verdad: así es el mundo. Entonces hasta mañana, mi viejo camarada. (*Le tiende á Karnac la mano: éste la aprieta con efusión con las dos manos.*)

KARNAC. Hasta mañana. Que sea usted muy feliz, señor. Aunque la mujer es más hermosa que el mar en calma; pero más falsa que él, y encierra en su seno más tormentas! (*Se va por la puerta el fondo.*)

ESCENA II.

HIPÓLITO—MARQUÉS.

MARQUÉS. (*Sale por la puerta de la izquierda.*) ¿Ese marino que se va ¿es acaso el famoso contramaestre de que nos hablabas anoche, y que creías llegara hoy?

HIPÓLITO. El mismo.

MARQUÉS. ¿Conque debes tu fortuna á sus consejos?

HIPÓLITO. Y á su amistad.

MARQUÉS. Supongo que estarás contento de tu habitación. No he querido separarme de mi única hija, que es toda mi vida; pero he procurado dejarte á tus anchas. Ahí tienes (*Señalando la puerta de la derecha.*)

tus cuartos enteramente independientes; este gabinete común á tí y á mí; por esta puerta (*Señala la del fondo*) se va al salón de ceremonias; y por esta otra (*Señala la de la izquierda*) á la sala de familia. Así estamos juntos y separados.

HIPÓLITO. Señor, estoy muy complacido.

MARQUÉS. Y luego, vas á tener por esposa á una de las mujeres más bellas y más elegantes de París: á un ángel, créeme.

HIPÓLITO. Así lo espero.

MARQUÉS. Y además, puedes decir que no tienes suegros: yo estoy siempre en mis negocios, y la marquesa en sus diversiones. Y no te quitará á tu esposa; nunca la ha llevado en su compañía, por no parecer vieja con una hija tan grande. Es una debilidad.

HIPÓLITO. Muy disculpable cuando conserva aún tanta hermosura.

MARQUÉS. Adulador. Di pues, ¿qué te falta? Eres rico. Antes de ahora no he querido hablar de tu fortuna, por no parecer interesable.

HIPÓLITO. Y yo la he callado, por temor de que me creyesen vanidoso. Todas mis ganancias están en el Banco de Inglaterra, y suben á cuatrocientas mil libras.

MARQUÉS. ¡Diablo! bonita fortuna.

HIPÓLITO. Hecha con mi honrado trabajo.

MARQUÉS. ¡Soberbio!

HIPÓLITO. Tenía además el millón de francos de las letras de usted contra la casa Roberts, las cuales me dió Gustavo como precio del vapor que le vendí.

MARQUÉS. (*Con inquietud*) ¿Y ya no tienes... ese millón?

HIPÓLITO. Ya no: quinientos mil francos le di á Karnac en premio de sus servicios, que valian mucho más.

MARQUÉS. Has hecho muy bien.

HIPÓLITO. En cuanto á los otros quinientos mil francos, había yo ofrecido dar á Genoveva medio millón como regalo de boda, y he entregado esas letras al notario.

MARQUÉS. (*Muy contrariado.*) Has hecho mal... eran letras mías... siendo yo su padre... ¿qué dirán?... Harás

mejor en sustituirlas con otros valores... con letras tuyas sobre el Banco de Inglaterra...

HIPÓLITO. Bien; lo haré mañana.

ESCENA III.

DICHOS—GUSTAVO.

GUSTAVO. *(Entra por la puerta izquierda; también de etiqueta.)* Aquí me tienes, después de saludar á las señoras, y de haber recorrido los salones: todo está espléndido. ¿Que tal, Hipólito? ¿estarás contento? Dime ahora que el hombre no es más que un judío errante.

MARQUÉS. ¿Qué es eso del judío errante?

GUSTAVO. Un Ahasverus de una balada alemana de Schubert. Locuras que nos decía éste hace algunas noches.

HIPÓLITO. No son locuras. La humanidad es ese judío errante, que jamás puede detenerse, que nunca tiene reposo, que camina y camina sin cesar, sin esperar descanso: la humanidad es Ahasverus. Lo mismo es el hombre, y mi historia lo demuestra. Niño casi quedé sin padres, y al verme huérfano, fué inmenso mi afán por estudiar para ser un día oficial de marina. Oía yo en el cielo constantemente la misma voz que le dice al judío errante: anda. Fuí oficial, y entonces ambicioné los grados, ambicioné la gloria; me llamó mi patria á luchar por ella, y la misma voz me gritaba: anda, anda sin descanso. Y en cien luchas navales conquisté lauros, y alcancé á ser capitán de fragata. Pero no pude descansar. Había caído el imperio, y yo debía mi carrera á esa situación política; me separé del servicio, compré un pailebot, y la misma voz me repetía sin cesar: anda, anda. Y diez años surqué mares, y desafié tempestades,

y burlé escollos; sin descanso, sin tregua, sin aliento siquiera. Nieguen ustedes ahora que el hombre es el Ahasverus, el judío errante de la balada.

GUSTAVO. Lo niego y lo pruebo. Después de esos diez años, hace dos meses que llegaste á París en busca de ese descanso por que tanto has suspirado: te encontraste conmigo, tu antiguo camarada de la Escuela militar; me contaste tus aspiraciones; te aconsejé que te casaras, y te traje á esta casa; y dentro de algunos minutos vas á ser enteramente feliz, uniéndote á Genoveva. Ya ves, querido judío Ahasverus, que vas á descansar en medio de las mayores delicias de la tierra.

MARQUÉS. Muy bien dicho.

HIPÓLITO. ¡Ojalá!

GUSTAVO. Por cierto que todo el día me he estado ocupando en arreglar los documentos del vapor.

MARQUÉS. Y yo he estado esperando á usted para que escriba la circular de que hemos hablado... y para evitar pérdida de tiempo he comprado un polígrafo. Mira, Hipólito, que prodigiosa invención. *(Le muestra un cuaderno que hay sobre la mesa.)* Escribes en la primera hoja, y lo escrito se reproduce en las veinte hojas que hay debajo.

HIPÓLITO. *(Viendo el cuaderno.)* Magnífico.

GUSTAVO. Pero, señor judío errante, los convidados comienzan á llegar: ve á hacerles los honores.

HIPÓLITO. Voy, amigo mío. Si alcanzo el reposo de mi vida, no olvidaré nunca que á tí te lo debo. *(Se va por el fondo.)*

ESCENA IV.

EL MARQUÉS—GUSTAVO.

MARQUÉS. Pues hemos quedado solos, escriba usted la circular, Gustavo.

GUSTAVO. Hay noticias muy graves, y he cambiado de plan.

MARQUÉS. Explíquese usted.

GUSTAVO. Tengo que tomar las cosas desde el principio. Hace algo más de cinco años, sabiendo que era yo corredor... de usureros, me llamó usted, señor marqués...

MARQUÉS. Sí; los gastos de mi esposa y el esplendor del nombre de Montferrand exigían.....

GUSTAVO. Bien. Tuvimos dinero de pronto, fuimos dos íntimos amigos; pero la usura acabó de arruinar á usted, y á mí me dejó tan pobre como antes. Se presentó entonces un negocio alucinador; podían comprarse al tres por ciento acciones del ferrocarril de Roberts; esta casa había fingido una gran depreciación en esos valores, para hacer una soberbia especulación; supe á tiempo el secreto por mi hermano que es dependiente de ella; é hipotecando aun esta casa, adquirimos acciones por un millón de francos.

MARQUÉS. Es cierto: era mi salvación.

GUSTAVO. Al hacer su operación la casa Roberts, se encontró conque había recogido todas las acciones menos nuestro millon, y eso la contrarió. Nos propuso entonces cambiarlos por una imposición en su caja: yo me opuse...

MARQUÉS. Y yo acepté porque creía seguro.....

GUSTAVO. Y caímos en la trampa: la casa Roberts ha fingido una venta del ferrocarril, y desde hace dos meses supimos, también por mi hermano, que se presentaría en quiebra. Quisimos vender los giros; pero ya el público sospechaba. Entonces encontré á Hipólito, arreglé el casamiento, y le di por su magnífico vapor el millón de la casa Roberts que no vale diez francos.

MARQUÉS. Yo tenía remordimientos; pero ahora sé que es rico, y que no le hace falta ese dinero. Pero convinimos en mandar á los corresponsales de América una circular, explicando que he entrado como socio de us-

ted con propiedad en las tres cuartas partes del vapor.

GUSTAVO. Hay que cambiar de plan: la casa Roberts ha quebrado, y se sabe ya en París.

MARQUÉS. ¡Cómo!

GUSTAVO. Pero vamos á mi nuevo plan. He encargado inmediatamente á Joliby, el corredor de buques, que mañana mismo venda el vapor aunque sea en la mitad de su precio; pero que se vaya al Hâvre á venderlo: es una precaución. Mañana nos repartimos el dinero, y yo me voy al extranjero, también por precaución.

MARQUÉS. Podría alguno de los convidados saber la noticia y contarla: voy á apresurar la ceremonia. Sabe el cielo que obro solamente por salvar de la miseria y del oprobio el nombre de Montferrand. (*Se va por el fondo.*)

ESCENA V.

GUSTAVO—GENOVEVA.

(*Sale por la puerta izquierda, con traje de desposada, el cual debe ser de elegante sencillez.*)

GENOVEVA. (*Viendo á Gustavo.*) ¡Ah! eres tú?

GUSTAVO. ¿Pues á quien buscabas?

GENOVEVA. Á Hipólito.

GUSTAVO. ¿Y para qué?

GENOVEVA. Para decirle que no puedo consentir en esta infamia.

GUSTAVO. Y contarle que hace cinco años tú y yo tuvimos amores, y de esos amores nació una niña bella é inocente como los ángeles. ¿No es eso?

GENOVEVA. Sí.

GUSTAVO. Y tu padre se arruinará: de tu casamiento depende la honra de su casa. Conoces al marqués: ese golpe

le mataría; y moriría también tu madre. Te asusta el traje de desposada: pues bien, cámbialo por el de verdugo de tus padres.

GENOVEVA. Yo no sé cómo mi matrimonio puede salvar á mis padres; pero es una villanía engañar á un hombre tan noble como Hipólito. Puede saber algún día que existe nuestra hija, y entonces...

GUSTAVO. Eso es imposible. Ocupados, tu padre en sus negocios y tu madre en sus diversiones, nuestros amores no tuvieron testigos. Cuando descubriste con espanto que ibas á ser madre...

GENOVEVA. Sí, con espanto.

GUSTAVO. Concertamos irnos al castillo de tu tía, cerca de Orleans, pretestando que necesitabas el aire del campo. Tu tía te acogió en tu desgracia.

GENOVEVA. Sí, desgracia tremenda.

GUSTAVO. Por fortuna la marquesa no pensó en acompañarte: no podía dejar una magnífica temporada de Salvini. Y así, solamente supieron nuestro secreto tres personas: tu tía, la vieja Juana y el doctor Ollivier; y hemos sido tan afortunados, que los tres han muerto: no puede haber un solo testigo que nos condene.

GENOVEVA. ¡Y yo no he vuelto á ver á la hija de mis entrañas! No le he dado ni un beso; que al nacer ella, yo caí como muerta, y tú, cruel, me la arrebataste.

GUSTAVO. Era necesario. Y para tomar todas las precauciones, la presenté usando del nombre de Juan Falconet, no del mío, y declarando que la madre había muerto. Ves que no hay que temer.

GENOVEVA. ¿Pero por qué nunca me has dejado verla?

GUSTAVO. La he tenido... lejos.

GENOVEVA. ¿Y cuándo la veré?

GUSTAVO. De tí depende.

GENOVEVA. ¿De mí?

GUSTAVO. ¿Todavía estás dispuesta á revelárselo todo á Hipólito?

GENOVEVA. Estoy resuelta.

GUSTAVO. Entonces nunca verás á tu hija.

GENOVEVA. ¡Infame! ¿y me lo dices tú que me has deshonrado? ¿tú que has fraguado este matrimonio no sé con qué propósito criminal? Has visto que no me he muerto de vergüenza con ser madre, ¿y quieres ver si al fin me muero al ser esposa despreciable!

GUSTAVO. Lo he hecho por tu bien, por el de nuestra hija, por el de tus padres. Tengo en París á nuestra hija.

GENOVEVA. ¿En París? ¿tan cerca?

GUSTAVO. Mañana te traeré un documento para que te la entreguen. Yo parto muy lejos. Fingirás que has recogido á una huérfana: sabes que es imposible probar su procedencia. Y vivirá á tu lado, y serás feliz: mientras que yo.....

GENOVEVA. Gustavo.....

GUSTAVO. Ahora decide: el matrimonio y tu hija, ó.....

GENOVEVA. El matrimonio, la infamia, el infierno; pero con mi hija.

ESCENA VI.

DICHOS.—HIPÓLITO.

HIPÓLITO. (*Sale por la puerta izquierda.*) Genoveva, todo está listo: vamos. (*Le tiende la mano.*)

GENOVEVA. (*Reponiéndose y apoyándose en la mano de Hipólito.*) Vamos.

HIPÓLITO. ¿No vienes, Gustavo?

GUSTAVO. Tengo que disponer todo por ahí dentro.....

HIPÓLITO. Aquí tienes, Genoveva, á un ingrato: se ha rehusado á ser uno de los testigos de mi boda.

GUSTAVO. Tú necesitas tener de testigos á hombres de pro: yo soy un humilde corredor.

HIPÓLITO. Veo en tí no sé que sonrisa burlona.

GUSTAVO. Naturalmente; al contemplar al judío errante, á Ahasverus, que va á casarse.

HIPÓLITO. Tienes razón. ¿Pero qué tienes, Genoveva? Tiembla tu mano?

GENOVEVA. (*Aparte.*) Me muero.
 GUSTAVO. ¿No está pálido el arrogante marino? ¡Y no quieres que Genoveva desfallezca!
 GENOVEVA. (*Aparte.*) Es verdad que desfallezco.
 HIPÓLITO. Tienes razón. Reponte, vida mía. Dentro de pocos instantes, será la vida un cielo para nosotros. Vamos.
 GENOVEVA. (*Lúgubrementemente.*) Vamos.
 HIPÓLITO. (*A Genoveva, yéndose.*) Me ha hecho mal su sonrisa.
 GENOVEVA. (*Casi sin aliento.*) ¡Y á mí!

(*Se van por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

GUSTAVO—KARNAC, después.

GUSTAVO. Ya van á la ceremonia. Mañana Joliby venderá el vapor, y me traerá los quinientos mil francos.....
 ¿Para qué darle su parte al marqués? Como á él, se me quitan los escrúpulos al saber que su yerno es muy rico. Hipólito mantendrá el brillo del ilustre nombre de Montferrand. No tengo que temer: no es posible que me descubran en veinticuatro horas; y mañana en la noche, estaré con mi medio millón surcando el océano rumbo á los Estados Unidos, ó á México ó al Brasil, ó rumbo al infierno; pero libre y rico al fin.

KARNAC. (*Entrando por la puerta del fondo.*) ¿No está aquí mi capitán?

GUSTAVO. Un marino. ¿Qué capitán?

KARNAC. El Sr. Hipólito.

GUSTAVO. Amigo mío, es imposible verle: en este momento está en la ceremonia de su matrimonio.

KARNAC. Y no puedo esperarme.....

Ven por mí dentro de unos instantes..... para que te devuelva tu beso.

GENOVEVA. (*Yéndose por el fondo.*) Sí..... vuelvo..... por tu beso.....

ESCENA X.

HIPÓLITO, solo.

¡Soy feliz, muy feliz!..... y sin embargo tengo miedo..... La sonrisa de Gustavo..... ¡Y qué fríos estaban los labios de Genoveva!..... Me pareció que me besaba la muerte..... ¡Bah! soy un loco. En el primer beso de amor debe escaparse toda el alma: y su cuerpo delicado, al sentir que el alma se le escapaba, doblóse sin vida y sin fuerzas. ¡Oh! ¡qué hermosa existencia puedo formarme! ¡qué hermoso paraíso con ese ángel por compañera, y sin que en él se oculte tentadora serpiente! ¡Vivir para amar! Es como tener algo de Dios. Es ser como sol que se levanta sobre la montaña para dar luz y calor á la tierra. Es ser como luna que baña de caricias de plata la inmensa soledad del océano. Ó como lluvia consoladora en las abrasadas arenas del desierto. Ó como iris en la tormenta. ¡Ó como Dios en el cielo!
 (*Se deja caer en el sillón que está delante del bufete.*) Sí, soy feliz; y tanta felicidad me agobia, y desfallezco. (*Pone el codo sobre la mesa, y deja caer la cabeza sobre la mano; lo que hace que sus ojos tropiecen con los pliegos del polígrafo.*) ¡Genoveva! (*Toma un pliego.*) ¿Mas qué veo? ¡imposible, imposible! Debo estar loco. (*Arroja el pliego, y al volver á fijar la vista sobre el polígrafo, dice:*) Pero no, aquí está otro pliego que dice lo mismo. (*Lo separa.*) Y otro..... y otro..... Es el infierno que me escribe su maldición en todo lo que veo..... (*To-*

mando un pliego y leyendo.) "Gustavo: tengo miedo de que partas, y te olvides de traerme el documento con que me han de entregar á mi hija. Por ese ángel desventurado, ve á traérmelo esta misma noche.

—Genoveva." ¡Si es imposible!..... y por lo mismo que es imposible, es cierto. (Pausa.) Ahora comprendo aquella sonrisa de demonio..... ¡ahora comprendo aquel beso de muerte! ¡Y yo, pobre judío errante, había creído llegar á mi sitio de descanso! ¡Ah! la voz del cielo, no, la voz del averno me grita nuevamente: "en marcha, desgraciado, de nuevo en marcha; pero ya no luchando por la gloria ó por la fortuna, ya no luchando entre las tempestades del tormentoso mar; no, ahora, judío errante, sigue tu camino sin descanso ¡por el piélagos sin fondo de la deshonra y de la infamia!" (Pausa.)

(Se deja caer sobre el sillón, se cubre el rostro con las manos, y lanza un gemido sordo.)

ESCENA XI.

HIPÓLITO — GENOVEVA

(Genoveva entra por el fondo, en donde se detiene á decir su primera frase.)

GENOVEVA. (Aparte.) Se había ido..... ¿por qué? (Viendo á Hipólito.) Hipólito, ¿qué tienes?

HIPÓLITO. (Alzando el rostro) Nada..... siéntate.... tenemos que hablar.

GENOVEVA. (Sentándose en el sillón inmediato á la chimenea.) Me espanta tu cara: lívida está como de cadáver.

HIPÓLITO. Peores son las almas muertas: hay tambien almas que son como cadáveres, como cadáveres en corrupción.

GENOVEVA. ¿Por qué me hablas así? tengo miedo.

HIPÓLITO. Asustadiza eres al lado de tu esposo.

GENOVEVA. Tienes el rostro severo como rostro de juez.

HIPÓLITO. ¡Hay quien tiene la conciencia como conciencia de criminal!

GENOVEVA. (Queriendo levantarse.) Hipólito.....

HIPÓLITO. Siéntate, Genoveva..... esposa mía.

GENOVEVA. Me has asustado.

HIPÓLITO. ¿No tienes nada que contarme?

GENOVEVA. ¿Yo?..... ¿que contarte?..... nada..... Vine porque te ofrecí.....

HIPÓLITO. Sí; cuéntame algo de tus pasados amores. Yo no puedo distraerte con esa conversaci6n: tú has sido el primer amor de mi vida. Y tú ¿no has amado antes?

GENOVEVA. (Aparte.) ¡Qué tormento! (Alto.) No.

HIPÓLITO. Haz memoria. ¿No recuerdas besos impuros dados en tus labios húmedos y palpitantes?

GENOVEVA. Hipólito.....

HIPÓLITO. ¿Caricias de deshonra?..... ¿dolores de madre?.....

GENOVEVA. ¡Gran Dios! ¿quién te ha podido decir?.....

HIPÓLITO. Tú misma.

GENOVEVA. ¿Yo?

HIPÓLITO. Una carta que hace un momento escribiste aquí.

GENOVEVA. Imposible; si la tengo en el pecho, quemándome el corazón.

HIPÓLITO. (Tomando los pliegos del polígrafo.) Desdichada, mira: se ha reproducido tu carta veinte veces. Una sola bastaría para probar mi deshonra y tu infamia: con todas éstas, hay para arrojar infamia y deshonra por los cuatro vientos. (Arroja las hojas del polígrafo, que van á caer esparcidas delante de Genoveva.)

GENOVEVA. (Cayendo en el sillón.) ¡Miserable de mí! (Pequeña pausa.) Pero pueden entrar, ver estos papeles. Ya tú conoces mi crimen, y es bastante. Deja que los arroje en el fuego. (Se inclina á recogerlos, y los va arrojando á la chimenea.)

HIPÓLITO. Así está bien la víbora; arrastrándose por el suelo.

GENOVEVA. Ahora dispón de mí.

HIPÓLITO. Ahora no: mañana. No quiero que conozcan mi desgracia: vamos al baile.

GENOVEVA. No puedo.

HIPÓLITO. Pudiste llegar con pie firme hasta el altar de mi sacrificio, ¿y no tienes fuerzas para ir á la fiesta de mi ignominia? No lo comprendo.

GENOVEVA. ¡Por piedad!

HIPÓLITO. ¿La tuviste de mí? Vamos.

GENOVEVA. Siento morirme.

HIPÓLITO. *(Tomándole la mano para llevarla.)* ¡Si la vergüenza matara!

ESCENA XII.

DICHOS—EL MARQUÉS.

El marqués se presenta por la puerta del fondo.

MARQUÉS. Yo buscando á ustedes: el baile va á empezar; y aquí requebrándose de amores.

GENOVEVA. *(Fingiéndose alegría.)* ¡Ah! sí; vamos.

HIPÓLITO. *(Reprimiéndose.)* Vamos; el mundo nos reclama.

MARQUÉS. El primer vals me corresponde: es la etiqueta. No te enceles, Hipólito; te tocará el segundo lugar.

HIPÓLITO. Ya sé que ése es el mío.

GENOVEVA. *(Aparte.)* ¡Qué sufrir!

MARQUÉS. *(Tomando á Genoveva del brazo.)* En marcha. Es preciso estar muy alegres; no hay dos días como este en la vida.

GENOVEVA. *(Con angustia.)* No los hay.

HIPÓLITO. ¿Que ha de haber?

MARQUÉS. *(Yéndose con Genoveva.)* Pues á estar muy contentos.

HIPÓLITO. *(Ya en la puerta.)* Sí; ¡con una alegría que raye en delirio y en fiebre!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración. Es de día: se supone que son las tres de la tarde. Las velas se han consumido en los candelabros, mostrando que han ardido toda la noche. El fuego de la chimenea se ha apagado, y entre las cenizas blancas de la leña se ven claramente las cenizas negras de los papeles quemados. Las dos puertas laterales están cerradas. La luz del gabinete es débil:

ESCENA I.

HIPÓLITO, solo.

(Aparece sentado en el sillón inmediato á la chimenea. Su actitud es entre feroz y meditabundo. Su peinado está en desorden. Su sombrero está sobre el bufete.)

Ahí están aún las cenizas de esas infames cartas; cenizas negras como la negra traición que encerraban. Yo buscaba un hogar, y está apagado y frío. Todo lo he arreglado para mi viaje: esta noche partiré, á caminar siempre, á marchar sin descanso. ¿Pero donde estará Karnac? *(Se levanta.)*

GENOVEVA. No puedo.

HIPÓLITO. Pudiste llegar con pie firme hasta el altar de mi sacrificio, ¿y no tienes fuerzas para ir á la fiesta de mi ignominia? No lo comprendo.

GENOVEVA. ¡Por piedad!

HIPÓLITO. ¿La tuviste de mí? Vamos.

GENOVEVA. Siento morirme.

HIPÓLITO. *(Tomándole la mano para llevarla.)* ¡Si la vergüenza matara!

ESCENA XII.

DICHOS—EL MARQUÉS.

El marqués se presenta por la puerta del fondo.

MARQUÉS. Yo buscando á ustedes: el baile va á empezar; y aquí requebrándose de amores.

GENOVEVA. *(Fingiéndose alegría.)* ¡Ah! sí; vamos.

HIPÓLITO. *(Reprimiéndose.)* Vamos; el mundo nos reclama.

MARQUÉS. El primer vals me corresponde: es la etiqueta. No te enceles, Hipólito; te tocará el segundo lugar.

HIPÓLITO. Ya sé que ése es el mío.

GENOVEVA. *(Aparte.)* ¡Qué sufrir!

MARQUÉS. *(Tomando á Genoveva del brazo.)* En marcha. Es preciso estar muy alegres; no hay dos días como este en la vida.

GENOVEVA. *(Con angustia.)* No los hay.

HIPÓLITO. ¿Que ha de haber?

MARQUÉS. *(Yéndose con Genoveva.)* Pues á estar muy contentos.

HIPÓLITO. *(Ya en la puerta.)* Sí; ¡con una alegría que raye en delirio y en fiebre!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración. Es de día: se supone que son las tres de la tarde. Las velas se han consumido en los candelabros, mostrando que han ardido toda la noche. El fuego de la chimenea se ha apagado, y entre las cenizas blancas de la leña se ven claramente las cenizas negras de los papeles quemados. Las dos puertas laterales están cerradas. La luz del gabinete es débil:

ESCENA I.

HIPÓLITO, solo.

(Aparece sentado en el sillón inmediato á la chimenea. Su actitud es entre feroz y meditabundo. Su peinado está en desorden. Su sombrero está sobre el bufete.)

Ahí están aún las cenizas de esas infames cartas; cenizas negras como la negra traición que encerraban. Yo buscaba un hogar, y está apagado y frío. Todo lo he arreglado para mi viaje: esta noche partiré, á caminar siempre, á marchar sin descanso. ¿Pero donde estará Karnac? *(Se levanta.)*

ESCENA II.

HIPÓLITO—EL MARQUÉS.

(El marqués entra por la puerta de la izquierda en traje de calle, dispuesto á salir.)

HIPÓLITO. El marqués.....

MARQUÉS. ¡Ah, perillán! al fin te echo la vista encima. Desde que me levanté, no era muy temprano, serían las doce, pregunté por tí; y me dijeron que tan luego como acabó el baile habías salido á la calle, y aun no volvías; encargué me avisaran de tu llegada.....

HIPÓLITO. Acabo de llegar.

MARQUÉS. Ya comprendo: un recién casado tiene todavía que saldar sus últimas cuentas de soltero.

HIPÓLITO. (Vacilando.) ¿Y..... Genoveva?

MARQUÉS. ¡Qué niña tan delicada! Verdad que eso de casarse emociona mucho á las mujeres. Á las primeras vueltas del vals que bailaba conmigo, cae sin sentido en mis brazos, y es necesario traerla á su lecho. Sin duda habría acabado la fiesta, si tú, haciendo comprender á la gente que aquello era solo una ligera indisposición, no hubieses animado á la concurrencia bailando como un mozo de veinte años, galanteando á las damas, obsequiando á los amigos, y dando extraordinaria vida á la reunión. ¡Si me parecías un loco!

HIPÓLITO. (Con amargura.) Es verdad; ¡un loco!

MARQUÉS. Pero donde estuviste sublime fué en la mesa. ¡Qué elocuencia la de tus brindis! ¡cómo pintabas las delicias del matrimonio! ¡cuánta alegría se desbordaba en tus palabras!

HIPÓLITO. Sí; ¡mucha alegría!

MARQUÉS. Todos te proclamaban el más feliz de los hombres: todas las jóvenes solteras envidiaban á mi hija.

HIPÓLITO. Eso quería yo.

MARQUÉS. En fin; siempre estas fiestas acaban á hora intempestiva, poco despues de la escapatoria de los novios; y la nuestra, gracias á tí, ha durado la noche entera, y todo el mundo se ha retirado contento y satisfecho. Sólo ha habido una persona que se ha fastidiado de lo lindo.

HIPÓLITO. ¿Quién?

MARQUÉS. Mi esposa, la marquesa. Las conveniencias sociales la obligaban á pasar la noche al lado de su hija enferma. Y á propósito: me ha dicho la marquesa que no entraste siquiera á preguntar por mi hija.

HIPÓLITO. Temí incomodar..... y como tuve que salir.....

MARQUÉS. Pues bien incomodada que se ha ido contigo mi esposa.

HIPÓLITO. ¿Ha dejado á su hija?

MARQUÉS. Bonita ella para perder la *matinée* que da hoy la Patti en el Teatro Lírico. Pero yo también me voy; tengo que ver urgentemente á Gustavo. Hasta la vista, pues.

(Se va por el fondo.)

ESCENA III.

HIPÓLITO—GENOVEVA

(Sale Genoveva por la puerta de la derecha. Su semblante expresa su sufrimiento. Viste un *matinée* oscuro.)

GENOVEVA. (Deteniéndose al ver á Hipólito.) ¡Hipólito!

HIPÓLITO. Adelante, señora; tenemos que hablar.

GENOVEVA. (Andando vacilante, hasta llegar á un sillón en que se sienta.) Sí.

HIPÓLITO. He meditado mucho sobre esta situación espantosa.

GENOVEVA. ¡Espantosa!

HIPÓLITO. He querido saber como protege la ley á un marido

tan infamemente engañado como yo: la ley no le protege. No es el adulterio. Los derechos del marido comienzan desde el instante del matrimonio; y sin embargo su nombre y su honra se manchan con las faltas anteriores de su esposa. He querido saber qué hace la sociedad en estos casos; y supe con indignación que se ríe del marido engañado. No hay remedio ni en la ley ni en la sociedad: hay que buscarlo en nosotros mismos. La muerte.....

GENOVEVA. Si; la muerte.

HIPÓLITO. No es sin embargo una solución. Yo quiero que mi nombre quede sin mancha; la honra de mi nombre ha sido la preocupación de toda mi vida, mi sólo orgullo. ¿Matarme yo? El suicidio me repugna; yo no diré que sea una cobardía, pero sí que es una estupidez. Además, matarme yo sería castigar al inocente, puesto que tú eres la culpable.

GENOVEVA. Entonces yo moriré.

HIPÓLITO. Sería publicar mi deshonor. Y hay necesidad de separarnos: la víctima y el verdugo no pueden vivir juntos. No encuentro más que un medio. ¿Estás dispuesta á hacer lo que yo disponga?

GENOVEVA. Juro hacer lo que me mandes.

HIPÓLITO. Bien: siéntate ahí, en el mismo lugar en que descubriste tu infamia. *(Le señala el sillón del bufete).*

GENOVEVA. *(Yendo vacilante al bufete).* Obedezco.

HIPÓLITO. Escribe.

GENOVEVA. ¿Qué escribo?

HIPÓLITO. Lo siguiente: "Hipólito: hoy Gustavo, que es mi mejor amigo, el amigo más fiel de mi casa..."

GENOVEVA. *(Deteniéndose en la escritura.)* No comprendo; pero ya está.

HIPÓLITO. Dime: ¿cómo se llama tu hija, qué edad tiene, y donde está ese inocente obstáculo de mi dicha, esa pequeña mancha en el sol de mi nombre?

GENOVEVA. Esa niña desgraciada no es, no puede ser un obstáculo para nada, porque por desdicha nadie puede probar que es mi hija, ni yo misma. Los testigos de su na-

cimiento han muerto todos, y... ese hombre... hizo poner en el acta, que la madre había muerto, y que el padre se llamaba Juan Falconet: así consta en el registro de Orleans desde hace cuatro años que nació mi hija.

HIPÓLITO. Bien: continúa "me ha revelado que tienes una hija de cuatro años llamada..." ¿Cómo se llama?

GENOVEVA. *(Suspendiendo la escritura)* ¿Qué pretendes hacer?

HIPÓLITO. ¿Cómo se llama?

GENOVEVA. María.

HIPÓLITO. Continúa. "María, en cuya acta de nacimiento, cambiando tu nombre, pusiste el de Juan Falconet. He visto la partida de nacimiento fechada en Orleans."

GENOVEVA. Ya está.

HIPÓLITO. Agrega: "Ha sido una infamia tuya el engañarme .."

GENOVEVA. Si mi mano se resiste...

HIPÓLITO. Escríbelo.

GENOVEVA. Ya está.

HIPÓLITO. Continúa: "Y por lo mismo te arrojé de mi casa."

GENOVEVA. ¡Hipólito!

HIPÓLITO. Escribe. Ahora firma. Bien: dame esa carta. *(Se la da Genoveva).*

GENOVEVA. ¿Y qué intentas?

HIPÓLITO. Obedecerte: me arrojas de tu casa, y me voy para siempre.

GENOVEVA. ¡Pero esto es horroroso!

HIPÓLITO. ¿Y dónde está esa niña?

GENOVEVA. No lo sé: al nacer me la arrebató Gustavo, é ignoro donde la tiene.

HIPÓLITO. Bien: Gustavo lo sabe. Ahora voy á saldar mis cuentas contigo. En cuanto á mí, el mundo dirá que soy un malvado; pero no despreciará mi nombre, no se reirá de mí. Si me creyera inocente, sería yo su burla y su befa.

GENOVEVA. Eso es horrible.

HIPÓLITO. Así es el mundo. Por eso te exijo que sostengas esta mentira aun ante tu mismo padre.

GENOVEVA. Es indigno, pero lo haré. ¡Una indignidad más!...

HIPÓLITO. Dos deudas tengo contigo.

GENOVEVA. ¿Conmigo?

HIPÓLITO. La una era una donación de quinientos mil francos, á la cual me obligué por nuestro contrato de matrimonio: ya la he pagado; he entregado al notario el medio millón en letras firmadas por el marqués. La otra deuda es un beso.

GENOVEVA. ¡Un beso!

HIPÓLITO. Anoche, aquí mismo, de rodillas ante tí, me diste un beso en la frente; y quedaste en volver á que te lo pagase. No quiero partir dejando una deuda pendiente.

GENOVEVA. ¿Qué pretendes hacer?

HIPÓLITO. Besarte en la frente.

GENOVEVA. Sería como suplicio afrentoso.

HIPÓLITO. ¿Y no viene bien la afrenta sobre tu rostro?

GENOVEVA. ¿Quieres matarme?

HIPÓLITO. No, matarte es poco: quiero con mis labios poner sobre tu faz el sello de la vergüenza y del remordimiento.

GENOVEVA. *(Balbuciente.)* ¡Si no puedo!

HIPÓLITO. Pues hay que poder.

GENOVEVA. *(Con desesperación.)* ¡Si no quiero!

HIPÓLITO. Pues hay que querer.

GENOVEVA. *(Arrodillándose.)* Te lo pido de rodillas.

HIPÓLITO. Así estaba yo cuando recibí tu beso: así debes recibir el mío. *(Se adelanta á besarla: Genoveva se levanta y retrocede con espanto.)*

GENOVEVA. Ten piedad: la inquisición inventó el tormento del agua, de la rueda, del plomo hirviente; y tú.....

HIPÓLITO. ¡Y yo el tormento del beso! *(Se acerca á ella y la toma entre sus brazos.)* Ven á mis brazos, mujer impura; ¡y que este beso quede en tu frente como la marca del verdugo!

(Hipólito la besa, y despues la suelta como quien arroja de sí á un reptil. Genoveva cae sin fuerzas y de rodillas, apoyándose en un sillón y lanzando un gemido sordo.)

GENOVEVA. ¡Ah!

ESCENA IV.

DICHOS—KARNAC.

(Al entrar por el fondo, Karnac ha visto á Genoveva caer, y grita:)

KARNAC. ¡Señor!

HIPÓLITO. Karnac.

KARNAC. *(Adelantándose.)* Los marinos no ultrajan á las mujeres: matan á los hombres.

HIPÓLITO. Tienes razón: vamos.

GENOVEVA. ¡Hipólito!

KARNAC. Señor, tenemos que hablar un momento de algo muy grave.

HIPÓLITO. Bien. *(A Genoveva que se ha levantado.)* Señora, retírese usted á su habitación. *(Le señala la puerta.)*

GENOVEVA. *(Con espanto.)* ¡Allí no!

HIPÓLITO. *(Mostrando la puerta.)* Allí, señora. *(Genoveva da algunos pasos, y se detiene mirando suplicante á Hipólito; éste repite:)* Allí. *(Genoveva se detiene aún en la puerta; Hipólito le hace un ademán imperativo de que entre, y entra.)*

ESCENA V.

HIPÓLITO—KARNAC. ®

KARNAC. Comprendo.

HIPÓLITO. *(Con precipitación.)* No, Karnac; no comprendes.

KARNAC. Esa mujer, al día siguiente de su matrimonio, ya deshonoró el nombre de su marido.

HIPÓLITO. No, no lo creas; mi nombre brilla puro, nadie lo ha infamado. Sabes que mi honra es todo mi orgullo: no la han manchado, no pueden mancharla, es imposible.

KARNAC. Pero escuché palabras de venganza.

HIPÓLITO. Pero no de deshonra. Mira, Karnac; tú no conoces el mundo de la tierra. Aquí, cuando una mujer se envilece y se arrastra por el lodo, con ese lodo salpica la frente de su esposo. Mientras más honrado es él, la mancha es más grande. Mientras mayor es su fidelidad, es mayor el ridículo. Ella se infama, y la infamia es para él. Ella le burla, y la sociedad se burla de él en espantoso coro, primero de miradas sarcásticas, luego de sonrisas burlonas, después de estridentes carcajadas: y esas miradas brillan más que relámpagos; y esas sonrisas silban más que huracanes; y esas carcajadas atruenan más que tempestades!

(Hipólito se deja caer en el sillón inmediato al bufete, oprimiéndose la frente con las manos.)

KARNAC. Es más hermosa la justicia del mar. ¿Recuerdas usted, mi capitán? Durante nuestras largas expediciones, yo tenía que dejar á mi esposa en tierra. Una vez llegamos antes de que nos esperasen. Era oscura y avanzada la noche, y á nado gané la playa para ir á abrazar á mi Mariana. Antes de entrar en mi cabaña, quise verla por el ventanillo; y la contemplé en los brazos de Roberto, el hermoso pescador.

HIPÓLITO. Hasta á mí callaste tu desdicha.

KARNAC. Para obrar, callar es preciso. El viaje inmediato era corto: llevé á Mariana. Ni ella ni Roberto sospecharon. Una noche, el mar estaba recio, el cielo lóbrego: se oyó entre los olas un gemido de muerte; pero se confundió y apagó en el retumbar de espantoso trueno.

HIPÓLITO. Á mí mismo callaste tu venganza.

KARNAC. Las venganzas se callan. Un mes después se supo que Roberto se había ahogado en el arrecife de las Garzas. Nadie sabe que mano empujó sobre las rocas su débil embarcación. ¡Tal ves la mano de Dios!

HIPÓLITO. Pero yo, mi viejo amigo, no tengo afrenta que vengar. Si estuviera yo infamado, mi frente se doblegaría ya bajo el peso de la infamia y del ridículo. Mírame, Karnac: ¿no levanto bastante mi frente?

KARNAC. Entonces ¿por qué ultrajar á esa mujer?

HIPÓLITO. Porque me arroja de su casa: lee. *(Le muestra la carta.)*

KARNAC. Pero entonces también, ¿por qué el quererse vengar de un hombre? ¿quién es ese hombre?

HIPÓLITO. *(Con vacilación.)* Gustavo, el amigo infiel, el único que sabía mi secreto, el que me ha delatado.

KARNAC. ¡Un amigo infiel! hay que matarle. Y bien infiel que es: si otra maldad suya me trae aquí.

HIPÓLITO. Vamos en su busca: me contarás esa maldad en el camino.

KARNAC. Vamos á encontrarle. ¿Y morirá?

HIPÓLITO. *(Yéndose por el fondo con Karnac.)* Si.

ESCENA VI.

GENOVEVA, sola.

(Saliendo.) Me parece que se han ido..... sí, estoy sola..... ¡Qué espanto el de aquella cámara todavía engalanada con los azahares de la pureza!..... No me atreví á abrir las persianas, de miedo de mirar mi misma sombra.... En esa media oscuridad, los blancos ramos que adornan las paredes, parecíanme descarnadas dentaduras que se reían de mi ignominia..... y el blanco pabellón de mi lecho de desposada se erguía como gigantesco fantasma, que me arrojaba de la estancia que estaba yo profanando..... Aquello era un infierno..... pero no un infierno de fuego..... era un infierno helado..... Siquiera el fuego da luz..... el hielo da frío solamente..... Y sin embargo, en ese hielo había un

punto, un solo punto que ardía, que me arde como incendio..... ¡este espantoso beso! (*Sigue con sus ademanes lo que va diciendo.*) ¡Quisiera yo borrarlo de mi frente, aun cuando fuese necesario lavarla con toda mi sangre y con todas mis lágrimas! ¡Quisiera yo arrancármelo con garras de fiera! Pero me arrancaría yo la piel, y brotaría en la carne; me arrancaría yo la carne, y se esculpiría en mi cráneo; haría pedazos la bóveda de hueso, y le encontraría más adentro, en mi alma, ¡como estigma imborrable y eterno! ¡Qué inmensidad de martirios pueden encerrarse en un latigazo dado por dos labios honrados sobre una frente impura!

(*Se deja la expresión al talento de la actriz.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA—GUSTAVO.

GUSTAVO. (*Entrando por el fondo.*) Te encuentro sola: me alegro.

GENOVEVA. ¡Gustavo!

GUSTAVO. Ya ves que vengo á cumplirte mi palabra. Se feliz con tu hija: aquí tienes el documento, con el cual te la han de entregar. Que nunca lo sospeche Hipólito. (*Le da un pliego cortado de esquina á esquina.*)

GENOVEVA. Hipólito ya lo sabe.

GUSTAVO. ¿Se lo has dicho, desgraciada?

GENOVEVA. Antes de que yo se lo contara, ya lo sabía.

GUSTAVO. En fin; tengo que irme. Con ese papel.....

GENOVEVA. (*Interrumpiéndole.*) ¡Y tú, la causa de mi desgracia, me abandonas cuando mi marido la ha descubierto! ¡Qué bien haces!

GUSTAVO. No hay tiempo que perder. Ese papel es la mitad

de su acta de nacimiento: presentándolo, te entregarán á la niña en la casa de expósitos.

GENOVEVA. (*Con exaltación y amargura.*) ¿En la casa de expósitos has dicho?

GUSTAVO. Sí..... al traerla á París..... era el mejor medio de que no sospecharan.....

GENOVEVA. Eres un miserable. Si el mayor castigo que puede tener una mujer que falta á sus deberes, es comprender lo poco que valía el hombre que la perdió. Oye, ladrón de honras, oye todo el mal que me has hecho; y horrorízate, si puedes, de tu infamia.

GUSTAVO. Genoveva.....

GENOVEVA. Oye. Hipólito es noble y leal, tan noble y tan leal como eres tú villano y fementido: tiene un corazón tan grande como grande es tu maldad, y una alma tan esplendorosa como lóbrega es tu conciencia. Con él habría sido yo la esposa más feliz de la tierra, y tú has hecho de mí la más miserable de las mujeres. Si mi hija, si mi idolatrada hija hubiera nacido de este santo matrimonio, la habría yo ostentado con orgullo sobre mi pecho, como sobre un cielo azul se ostenta el esplendoroso sol; y tú has arrojado á ese pedazo de mis entrañas, como á girón de vergüenza y de ignominia, al abismo de amargura de una casa de expósitos.

(*Genoveva está cerca del bufete, y al decir las últimas palabras, arroja en él el papel que le dió Gustavo.*)

GUSTAVO. Estás muy exaltada.....

GENOVEVA. Pues di: ¿qué hiciste de la virgen cándida y pura á quien encontraste en día fatal engalanada con todos los encantos de la virtud? Aquí me tienes: ¿quésos ahora? Madre sin hija, mujer sin esposo; y tan infame ya, que casi soy tan infame como tú que eres el más infame de los hombres. (*En este momento aparece y se detiene Hipólito, en la puerta del fondo.*) ¿Y con qué contestas á todo esto? Con ese papel que me traes, (*Señalándolo.*) ¡para que

me entreguen á mi hija en la casa de expósitos!
(*Se adelanta á la mitad de la escena, separándose del bufete.*) Pues bien, ¿cómo serás tú, cuando yo, la más despreciable de las mujeres, me avergüenzo de que estés cerca de mí, y te arrojo de mi presencia? Vete.

ESCENA VIII.

DICHOS—HIPÓLITO.

(*Hipólito avanza, y se pone junto al bufete: hasta que llega, no le ven.*)

- HIPÓLITO. Todavía no, pues tenemos que hablar.
GUSTAVO. (*Con temor.*) Es que..... un negocio urgente.....
HIPÓLITO. Es inútil que vayas á buscar á Joliby: no te espera. (*Geneveva ha pasado del otro lado, y se apoya sin fuerzas en un sillón.*)
GUSTAVO. ¿Sabes también?.....
HIPÓLITO. Joliby le vendió á Karnac el vapor, y Karnac.....
GUSTAVO. ¿No le entregó el dinero?
HIPÓLITO. Karnac tenía quinientos mil francos que yo le había dado como una corta muestra de lo mucho que le debo; y entregó los quinientos mil francos.
GUSTAVO. ¿Y Joliby se ha fugado?
HIPÓLITO. No; pero al volver hoy á París supo que la casa Roberts había quebrado, y los quinientos mil francos estaban en las libranzas que tú me diste.
GUSTAVO. Estoy arruinado.....
HIPÓLITO. Negocio es éste por el cual te puedo mandar á presidio; pero voy á proponerte otra solución. Aquí (*Señala la panoplia.*) tengo dos magníficas espadas de duelo. (*Pasa á tomar las espadas.*)
GENOVEVA. ¡Hipólito!
HIPÓLITO. Silencio, señora. (*Pone las espadas sobre el bufete, y toma el papel que dejó Geneveva.*) Piénsalo: el

- presidio ó el duelo. (*Yendo á la puerta del fondo.*) Karnac. (*Aparece Karnac, habla precipitadamente con él, y le da el papel.*)
GENOVEVA. ¿Qué va á hacer? (*Notando que le ha dado el papel.*) Hipólito: ¿qué has hecho?
HIPÓLITO. (*Con mucha calma.*) Como puedo morir, le encargo á Karnac que recoja á mi hija, la lleve inmediatamente al Hâvre, y se embarque con ella en seguida.
GENOVEVA. ¿Tu hija!
HIPÓLITO. Tengo aquí la carta en que me dices que soy su padre: soy su padre, y dispongo de ella.
GENOVEVA. (*Dejándose caer en un sillón.*) ¡Infeliz de mí!
HIPÓLITO. (*Tomando las espadas.*) ¿Te has decidido?
GUSTAVO. ¿Y si no temiera el presidio, porque pudiese alcanzarle también al marqués? ¿y si rehusara el duelo?
HIPÓLITO. (*Acercándose á él.*) Entonces, miserable, te pondría la mano en el rostro como te la pongo ahora. (*Trata de darle una bofetada.*)
GUSTAVO. (*Fuera de sí, y tomando una espada.*) Vamos. (*Se va de prisa por la puerta de la derecha.*)
HIPÓLITO. (*Siguiéndole.*) Ya sabía yo que los bribones tienen el honor en las mejillas.
GENOVEVA. (*Levantándose y corriendo tras ellos.*) ¡Hipólito! ¡por Dios! (*Al salir Hipólito cierra la puerta, y Geneveva la encuentra cerrada.*) Cerrada..... cerrada..... ¿no puedo abrirla!..... (*Se dirige á la puerta del fondo, cuando aparece en ella el marqués, y se detiene.*) ¡Mi padre!

ESCENA IX.

GENOVEVA—EL MARQUÉS.

- MARQUÉS. ¿Qué tienes? Lívida estás.....
GENOVEVA. (*Interrumpiéndole.*) Hipólito y ese hombre.....

Gustavo..... han ido á batirse..... Padre..... es necesario impedirlo.....

MARQUÉS. ¿Á batirse?..... ¿y por qué causa?..... ¿Acaso?.....

GENOVEVA. (*Mostrando la puerta.*) Han cerrado..... es necesario que no se batan.....

MARQUÉS. (*Yendo á la puerta.*) Ah, sí..... es necesario..... pero la puerta no cede.....

GENOVEVA. Sería una infamia que Gustavo le matase..... él es el criminal..... Si Hipólito muere..... yo tendría ante Dios la culpa de su muerte.....

MARQUÉS. ¿Tú?..... ¿pero como salvarle?

GENOVEVA. Y es preciso que se salve..... por él..... tan noble..... tan leal..... por mí, causa de su desdicha..... por el mismo Gustavo..... por ese miserable.....

MARQUÉS. ¿Gustavo?.... ¿tú?..... ¿qué abismo de deshonra se abre á mis pies? Habla.....

GENOVEVA. Padre..... esto es horrible.....

MARQUÉS. Pero no hables..... si todo lo adivino..... si todo lo comprendo....

GENOVEVA. (*Cayendo de rodillas.*) Perdón..... ah, no..... no me perdones..... pero salva á Hipólito..... por él..... por mi hija.....

MARQUÉS. (*Levantándola con fuerza.*) ¿Tu hija?..... ¿y fué Gustavo?

GENOVEVA. ¿Padre..... se están dando la muerte!

MARQUÉS. (*Tratando nuevamente de forzar la puerta.*) No es él..... soy yo quien debe arrancarle la vida..... Pero no puedo abrir..... (*Se retira con desesperación.*)

GENOVEVA. ¡Sálvale, Dios mío!

MARQUÉS. Si tengo fuerzas para vivir..... ¿cómo no las tengo para despedazar esa puerta?..... ¿y despedazar después al infame!

GENOVEVA. (*Con espanto.*) ¡Padre..... se oyen pasos!

MARQUÉS. ¡Ay de él si viene vivo!

(*En este momento aparece Hipólito en la puerta.*)

ESCENA X.

DICHOS—HIPÓLITO.

GENOVEVA. ¡Hipólito!

MARQUÉS. ¿Y Gustavo?

HIPÓLITO. Muerto.

(*Pausa. Queda Hipólito á la izquierda; Genoveva y el marqués á la derecha.*)

HIPÓLITO. Ahora, adios. Pobre judío errante, vuelvo á emprender mi marcha sin descanso. Aquí soñé para mí un lugar de reposo y de consuelo. Aquí pensé calentar mis miembros ateridos, no tanto al fuego del hogar como al calor del cariño. Aquí me forjé no sé qué ventura inmensa en la paz y en la alegría de la familia. No tenía padres, y los había encontrado. Estaba solo, muy solo en el mundo, y al fin había hallado una compañera de toda mi vida. Y hoy, ¡adios calor del hogar, adios paz y alegría, adios padres, adios esposa, adios felicidad y dicha para siempre!

GENOVEVA. Pero no puedes irte así. Mi padre sabe, ha sorprendido, ha adivinado mi deshonra. Tú no puedes irte, sin que antes me perdones. Mucho mal te he hecho: mayores serán mis dolores. Mucho vas á sufrir; ¿pero cómo comparar tus penas con las de un corazón en que se enrosca la sierpe de las maldades? Yo necesito tu perdón.

HIPÓLITO. Perdonarte: nunca.

GENOVEVA. ¿Tan implacable es tu odio?

HIPÓLITO. Sí más que odio, si más que ira, siento por tí compasión. ¿Acaso pudo suceder otra cosa, niña abandonada de sus padres? Pobre mujer, hija sin padres, madre sin hija, esposa sin esposo: si yo no te puedo perdonar, ¡que el cielo te perdone!

GENOVEVA. (*Cayendo de rodillas, y tomándole una mano.*) Gracias, gracias por esa noble compasión.

MARQUÉS. (*Aparte.*) Se me destroza el alma.

HIPÓLITO. Alza.

GENOVEVA. No; que de rodillas tengo que pedirte una gracia. Mira: yo comprendo que soy una infame; comprendo que haces bien en abandonarme porque soy indigna de tu amor; conozco que has sido justo en quitarme á mi hija, que merezco ese espantoso castigo; veo que no debes perdonarme; pero yo seré buena, viviré llorando, haré de mi casa un claustro, de mi vida un martirio, de mi corazón un calvario; y cuando tú sepas que he sufrido mucho, tanto que más no pueda sufrirse en la tierra, ¿me traerás á mi hija, verdad?

HIPÓLITO. No.

MARQUÉS. ¡Pobre Genoveva!

GENOVEVA. Sí; tienes razón, es mucho pedir. Pero llegará un día en que mis lágrimas hayan formado hondos surcos en mis mejillas; en que mis horribles pensamientos, á fuerza de estrujar mi frente, la hayan arrugado; en que mis cabellos se hayan encanecido al calor del volcán de dolores de mi cerebro; en que mi cuerpo parezca cuerpo de cadáver; y entonces una vez, una vez sola, harás que me vea mi hija, y le dirás: "esa infeliz mujer, esa mujer la más desdichada de las mujeres, es tu madre." Esto sí lo harás: ¿verdad, Hipólito?

MARQUÉS. ¡Horrible sufrimiento!

HIPÓLITO. *(Después de vacilar.)* No.

GENOVEVA. Tienes razón: todavía es mucho pedir. Pero tanto padecer me matará; llegará un día en que yo esté moribunda; estaré ya en la hora de mi muerte; y entonces traerás á mi hija; no le dirás que soy su madre, ni yo le diré que es hija mía; la veré en silencio, sin más voz que mis gemidos; tomaré con mis manos descarnadas su cabecita de ángel, y le daré para morir un beso en la frente. *(Arrastrándose hacia atrás espantada, y pasándose con precipitación las manos por la frente, como si quisiera arrancarse algo.)* No, no, en la frente no. Me arrojare de mi

lecho, para caer á sus pies: y moriré besándole las plantas.

HIPÓLITO. *(Con dolor.)* ¡Genoveva!

(En este momento aparece Karnac por la puerta del fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS—KARNAC.

HIPÓLITO. ¡Karnac!

GENOVEVA. *(Levantándose y con voz de espanto.)* ¡Karnac! ¿qué ha sucedido?

HIPÓLITO. ¿Como no has salido para el puerto? ¿No estaba la niña?

KARNAC. Sí.

HIPÓLITO. ¿Se negaron á entregártela?

KARNAC. No.

HIPÓLITO. Pues habla.

(El marqués queda apoyándose en el bufete, y sombrío. Genoveva con inmensa agitación á su lado. Hipólito en el centro. Karnac á la izquierda.)

KARNAC. Llegué á la casa de expósitos, y le manifesté á una respetable hermana de la caridad el objeto que me llevaba. "¿Es usted su padre?" me preguntó. "No, le contesté; pero vengo de su parte." "¿Porqué no han mandado antes?" continuó la hermana. "La niña se había criado alegre y sana. Pero hace seis meses que un día vinieron por otra niña, y oyó decir que el señor que había venido por ella era su papá. Desde entonces la pobre criatura se puso muy triste."

(Genoveva vacila: el marqués la sostiene, y ella se repone con un supremo esfuerzo.)

KARNAC. *(Continuando.)* "Comprendimos que estaba enferma, y fué preciso llamar al médico. Hoy la ha visto, y ha movido la cabeza sin decir palabra."

MARQUÉS. (*A Genoveva que desfallece.*) Ánimo.

KARNAC. "Vamos á verla," me dijo entonces la hermana: "á veces es piadoso decir una mentira; le diremos á la niña que es usted su padre; esto tal vez la animará, la salvará."

HIPÓLITO. (*Sombriamente.*) ¡Su padre!

KARNAC. Subimos una escalera, atravesamos un corredor, y entramos en el dormitorio. Allí estaba la niña en su camita, pálida y demacrada, triste y muda.

GENOVEVA. (*Ahogando un gemido.*) ¡Oh!

MARQUÉS. ¡Dios mío!

KARNAC. Nos acercamos á ella. "Vienen por tí," le dijo la hermana. La niña abrió mucho sus grandes ojos azules. La hermana continuó: "Este señor es tu papá." Me arrodillé ante el lecho: ella se levantó impulsada por una inmensa alegría, que inundó su cuerpo y su rostro con luz de gloria.

GENOVEVA. ¡Me muero!

MARQUÉS. Valor.

KARNAC. De repente, cayó lívida sobre la cama... su cuerpecito se puso rígido... ¡el ángel había volado al cielo!

GENOVEVA. (*Lanzando un gemido, y arrojándose sobre el seno del marqués.*) ¡Padre mío!

MARQUÉS. (*Abrazándola.*) ¡Desventurada!

HIPÓLITO. ¡Qué terrible es la justicia de Dios! (*Haciendo movimiento de salir con Karnac.*) Marchemos, Karnac, mi fiel compañero en las tormentas de la vida como en las tormentas del Océano: vamos á cruzar sin descanso, con nuestro buque por un mar de tempestades, con el alma por un mar de lágrimas; luchando sin cesar, sobre el puente con los deshechos temporales, ¡en el corazón con el huracán de un beso!

TELÓN.

